

La impostora

ANA M. LUJÁN
PAULA SERRANO

Selecta

La impostora

Paula Serrano y Ana M. Luján

Selecta

Mamá, gracias por apoyar
cada uno de mis sueños, por muy locos que sean
(y por compartir conmigo al señor Cavendish)

Prólogo

El espejo le devolvió la imagen de una joven hermosa, demasiado para tratarse de una institutriz, tal y como había apostillado alguien días atrás.

Pero lo cierto era que Lenore no veía el fulgor que arrancaba la seda color marfil de su vestido ni los encajes de las mangas que dejaban entrever sus brazos. Tampoco le llamaba la atención el entalle del corpiño que resaltaba su cintura ni el recogido perfecto de su cabello dorado.

No. Era incapaz de percibir toda aquella hermosura que el espejo le mostraba, porque ella solo alcanzaba a ver la verdad que se escondía tras la imagen de su propio reflejo.

La de una impostora.

Cuando escuchó de nuevo golpear la puerta, supo que debía salir antes de que la excitación de lo que estaba por suceder se apoderase de él y entrase a buscarla. Suspiró profundamente, se armó de valor y adoptó la identidad falsa que tan útil le había resultado durante las últimas semanas y de la que ya no podía desprenderse.

Había mentido a todos, y ahora eso le oprimía el pecho hasta

dejarla sin aliento.

Lenore se giró para dar la espalda a esa imagen que le revolvía el estómago, se acercó a la puerta y compuso una sonrisa forzada en sus labios. Mientras lo hacía, sintió cómo su corazón la acusaba de traidora por primera vez desde que decidió tomar las riendas de su propia vida.

Capítulo 1

Tres meses antes

El carruaje traqueteaba balanceando el cuerpo de Lenore de un lado a otro mientras ella sostenía entre sus manos el camafeo que colgaba de su cuello.

Ya ni siquiera las lágrimas pujaban por brotar de sus ojos, porque sabía que hacía lo correcto, que no había otra salida. Su tía Augusta tenía razón, huir era su única opción.

Y lo había hecho.

Repasó mentalmente las instrucciones que le dio antes de su partida. Lo había cumplido todo al pie de la letra. Se había hospedado en los lugares indicados, se había registrado con ese apellido que ya empezaba a hacérsele familiar y había dejado atrás todo cuanto conocía.

Suspiró por enésima vez, dejando caer el camafeo de su madre sobre el pecho. Sabía que debía esconderlo, pues no era propio de su nueva identidad, pero esperaría hasta el último momento para hacerlo. Necesitaba que la fuerza que aquel objeto tan preciado le otorgaba se mantuviese todo el tiempo que fuese posible.

Desvió la vista para admirar el paisaje que se extendía detrás de

los cristales y descubrió que no se diferenciaba, tanto como había creído, de su hogar. Ese al que había dado la espalda. El mismo al que jamás volvería. La tristeza le oprimió el corazón una vez más, pero la seguridad de que hacía lo correcto volvió a imponerse de nuevo, acallando las dudas que la asaltaban cada vez con menos fuerza.

Cuando el carruaje se detuvo, Lenore se inclinó hacia la ventana. Habían atravesado un hermoso jardín y estaban en la parte lateral de la mansión Rosegate Manor. Su tía la había informado del cuantioso patrimonio de los Cavendish, pero aquello superaba con creces sus expectativas.

La soberbia casa se alzaba hasta cuatro pisos sobre el suelo, con elegantes columnas de mármol enmarcando la entrada e incluso una pequeña torre puntiaguda a la derecha. Los jardines que habían atravesado se extendían hasta donde alcanzaba la vista, divididos por todo tipo de flores en pequeñas parcelas multicolor.

—¡Hemos llegado, señorita! —farfulló el cochero con desgana y ella ocultó el camafeo bajo su vestido a toda prisa.

Después, estuvo a punto de solicitarle que la llevase a la puerta principal cuando recordó el lugar que ocupaba ahora en la escala social, y se mordió la lengua.

Descendió del carruaje con cuidado y descubrió que el hombre había depositado su equipaje en el suelo de grava.

—¿No podría acercar las maletas hasta la puerta?

El cochero la miró de arriba abajo.

—Sí, por supuesto. Y si quiere también le sirvo un té, ya puestos.

Y lanzó una risotada a la que Lenore respondió con un bufido.

No le quedó más remedio que cogerlo ella misma y dirigirse a la puerta de servicio, donde la recibió un elegante hombre con librea.

—La institutriz, supongo. —Lenore asintió con un ademán de

cabeza—. Llega tarde, la esperábamos hace más de una hora.

—El camino era muy abrupto; y el cochero, parco en pericia.

—No es a mí a quien debe dirigir sus excusas —dijo el hombre con el rostro contraído—. Y le aseguro que al señor Cavendish poco le van a importar. Así que le recomiendo que no gaste saliva y apremie sus piernas, señorita, o su estancia en esta casa será la más corta que haya tenido como institutriz.

Sin añadir nada más, giró sobre sus talones y se internó en la mansión.

Lenore sintió cómo la sangre arrebolaba sus mejillas. Era la primera vez en toda su vida que alguien le hablaba con tanta insolencia, pero no se vio capaz de llevarle la contraria a aquel hombre. A juzgar por su porte autoritario, supuso que se trataba del mayordomo. Tenerlo en su contra sería un mal comienzo en su nuevo hogar, desde luego.

Agradeciendo que la prisa le hubiese hecho empaquetar solo lo imprescindible, arrastró su equipaje hacia el interior. Lo único que deseaba era encerrarse en su nueva habitación y dar rienda suelta al peso que le oprimía el pecho desde que se había subido al carruaje esa mañana.

—Deje eso ahí mismo y acompáñeme —habló el mayordomo sin girarse siquiera—. Los señores deben de estar a punto de llegar.

Lenore frenó en seco y bajó la mirada. Su vestido, cuidadosamente elegido de un discreto azul marino, estaba arrugado tras horas de viaje y tenía el dobladillo manchado de barro. No podía presentarse así ante nadie.

El hombre se detuvo al ver que ella no lo seguía.

—¿No solo es impuntual sino también torpe?

—Me gustaría cambiar mi atuendo antes de presentarme. Si pudiera indicarme dónde están mis aposentos...

—El ama de llaves lo hará tras la recepción. —Echó a andar de nuevo y, en un murmullo hastiado, añadió—: Si es que no deciden antes prescindir de sus servicios.

Las botas de Lenore repiquetearon sobre el reluciente mármol del pasillo lateral cuando echó a andar con presteza tras él, procurando no quedarse atrás. Una puerta discreta los condujo de súbito a la solemnidad de la entrada principal. Allí, a la sombra del pórtico, todo el servicio aguardaba en rigurosa formación, inmóvil como un regimiento. En otras circunstancias, la institutriz habría ocupado el lugar de honor junto al ama de llaves, en la parte superior de la escalera; pero siendo tan tarde, no tuvo más remedio que descender de forma atropellada la escalinata y buscar un hueco tras la última doncella, una muchacha de constitución débil cuyo temblor apenas lograba contener.

—Respire hondo y suelte el aire muy despacio —murmuró Lenore, aproximándose a ella—. Verá cómo le ayuda.

La muchacha volvió la cabeza y la miró como si acabara de cometer el mayor de los ultrajes. Después, dirigió un vistazo rápido a la que parecía el ama de llaves y volvió a clavar su vista en algún punto del inmenso jardín que se extendía frente a ellos.

Lenore suspiró. No había ido hasta allí para hacer amigos, pero le habría venido bien tener alguien con quien conversar de vez en cuando. Tal vez los pequeños que tuviese a su cargo acabasen siendo su única fuente de diálogo.

De pronto, uno de los criados se acercó con paso ligero y susurró unas palabras al oído del mayordomo. Este carraspeó y todo el servicio enderezó la espalda y elevó el mentón. Lenore trató de imitarlos, sin poder evitar pensar que aquella imagen se asemejaba demasiado a un escuadrón de soldados a punto de entrar en batalla.

Un instante después, un elegante carruaje apareció frente a la

entrada principal. En cuanto se detuvo, un hombre de aspecto elegante aunque furibundo salió de la casa y se situó en lo alto de la escalinata de mármol, dejando al servicio perfectamente alineado a ambos lados. El mayordomo y el ama de llaves se situaron flanqueándolo, exactamente a un paso por detrás de él.

Estaba claro que se trataba del señor Cavendish, Bernard Cavendish. Se decía de él que era un bloque de hielo, a pesar de que su tía Augusta se empeñaba en asegurar que hubo un tiempo en que fue un caballero amable y generoso con cuantos le rodeaban, especialmente con su esposa.

No obstante, lo único que Lenore pudo distinguir desde donde se hallaba era la espalda recta y el semblante serio de un hombre ya entrado en años.

—Terrible, padre, ha sido un viaje terrible —iba lamentándose una mujer joven mientras subía la escalinata de piedra que conducía al pórtico principal.

A ambos lados, el servicio se mantenía en rigurosa formación, con las manos entrelazadas al frente y la mirada baja, aguardando la entrada de sus señores. El señor de la casa, erguido en el centro, se mantenía firme como si de un general se tratase.

—¿De veras, Marguerite? —respondió al fin Cavendish padre, con una calma distante que rozaba la indiferencia.

—Estoy convencida de que el continuo traqueteo del camino habrá descompuesto por completo a los niños. ¿No estás de acuerdo, querido?

—Insufrible —respondió el aludido sin mirar siquiera a su esposa.

—Sí, esa es la palabra exacta. Ha sido insufrible. —La mujer depositó un beso en la mejilla de su padre, aunque este no se movió un ápice—. No sé por qué insiste todos los años en que pasemos aquí los meses de verano. Este cambio de clima no les sienta nada

bien a mis pequeños, y lo sabe. ¿Cierto, querido?

—Totalmente.

Lenore dejó escapar una sonrisa ante el descaro con el que aquel hombre ignoraba a su mujer. Si en algún momento se le pasaba por la cabeza dudar de la decisión que había tomado, rememorar aquella escena la reafirmaría en que había sido la correcta. Jamás podría soportar un matrimonio sin amor.

—¿Y mis hermanos? ¿No han llegado todavía? —inquirió la hija del señor Cavendish—. Entiendo que Frankie no lo haya hecho aún, pero Edmund... Debería estar aquí ya y habernos recibido. Es su deber como primogénito.

Su padre no tuvo tiempo de responder nada, pues el griterío de dos niños inundó por completo la entrada de la mansión una vez que el cochero logró sacarlos del carruaje.

—Es mío —gritaba el niño, que no debía tener más de cuatro o cinco años.

—No —replicaba su hermana mayor—, es mío. Lo he visto primero.

La niña mantenía el puño cerrado mientras su hermano intentaba, en vano, hacer que abriese la mano. Cuando estuvo seguro de que no lo conseguiría, llamó a su madre entre llantos, lo que hizo que esta se llevara una mano a la cabeza.

—No puedo soportarlo ni un minuto más. Se han pasado todo el viaje discutiendo por ese ridículo botón dorado. —Se volvió hacia el ama de llaves y le suplicó—: Por favor, Edith, ocúpese de ellos.

La mujer pareció tensar todos sus músculos, pero no abrió la boca, sino que se limitó a dirigir la mirada a Cavendish padre. Este asintió de forma leve y ella bajó los escalones para acercarse a los chiquillos, que continuaban su disputa ajenos al resto de las personas que los observaban.

Lenore se preguntó quién se ocuparía de aquellos niños, pues no pareció ver a nadie en el servicio dispuesto a hacerlo. A ella la habían contratado como institutriz, no como niñera. Además, no tenía ni idea de cómo hacerlo, pues su único trato con pequeños había sido el que había tenido con el hijo de la vecina de su tía, y eso fue un día puntual. No podía arriesgarse a que descubrieran su escasa destreza en aquel asunto. Lo mejor sería hablar con el señor Cavendish cuanto antes para aclarar aquella cuestión.

En el momento en que los gritos de los niños se fueron perdiendo entre las paredes de la mansión, un nuevo carruaje se detuvo a los pies de la escalinata. De este descendió un hombre de porte regio y ropas elegantes. Llevaba puesto un sombrero de copa y mantenía el ceño fruncido, como si alguien acabara de decirle algo inapropiado. Por los rasgos de su rostro estaba claro que se trataba del hijo del señor de la casa y, por las palabras de la señora Marguerite, Lenore supuso que debía ser el mayor.

—Padre —saludó el joven quitándose el sombrero de copa e inclinando levemente la cabeza.

Sin embargo, a Lenore no le pasó inadvertido el tono cortante que utilizó.

—Edmund —respondió su padre con la misma dureza.

—Debo suponer que Francis llegará pronto, tal y como me aseguró. No me gustaría...

—Así es —lo interrumpió Cavendish padre.

Dicho esto, le dio la espalda y empezó a caminar. Su hijo lo siguió.

Sin embargo, no se adentraron en la casa, como había supuesto Lenore que harían, sino que comenzaron a descender para pasar delante del servicio mientras lacayos y doncellas bajaban la mirada al suelo, sin duda intimidados por la proximidad de aquel hombre. Sin embargo, él no mostró pudor alguno en inspeccionarlos uno a

uno. Cuando se detenía frente a alguno, este bajaba aún más la cabeza y encogía los hombros, como si con ello pudiera desaparecer de forma inmediata, a lo que el dueño de aquella mansión respondía con un bufido.

El mayordomo que la había conducido hasta la puerta caminaba detrás de ellos, corrigiendo cada detalle que veía fuera de lugar y dejando en evidencia al desdichado que había osado llamar la atención del dueño y señor de aquel lugar.

Lenore se miró las arrugas y el barro adherido al bajo del vestido. Estaba claro que no iba a causar buena impresión.

Cuando Cavendish padre se detuvo frente a ella, la arruga de su frente se hizo más profunda. Chasqueó los dedos y el mayordomo se acercó al instante.

—Es la nueva institutriz —murmuró en un hilo de voz—, acaba de llegar.

Resultaba curioso ver como aquel mayordomo, que minutos antes la había recibido con amenazas veladas, se mostraba ahora encogido y servil ante los señores de la casa. Cavendish hijo, en cambio, la recorrió con la mirada como quien evalúa una mercancía defectuosa.

—¿Para qué necesitamos una institutriz? —increpó a su padre.

—Se nota que hace tiempo que no ves a tus sobrinos. Esos niños precisan de disciplina y mano dura.

Las últimas palabras las dijo clavando los ojos en Lenore, y ella se reafirmó aún más en la idea de hablar con aquel hombre.

—Padre, espero que no se le haya ocurrido contratar a esta... mujer para Francis.

Lenore alzó las cejas, le parecía imposible que estuvieran hablando de ella en aquellos términos y con esa falta de consideración. Estaba allí, delante de ellos, y ni siquiera le dirigían la mirada.

—Esta es mi casa —afirmó el hombre volviéndose hacia su hijo—, y ni tú ni nadie me dirá cómo debo gobernarla.

Dicho esto, subió las escaleras y atravesó las puertas de la mansión sin volver la vista atrás. Su hijo lo siguió con paso firme, y Lenore aún tuvo tiempo de escuchar las últimas palabras que dirigió a su padre.

—No permitiré que ponga a una institutriz para que se haga cargo de mi hermano. No si quiere que pase el verano en esta casa. Es ella o yo. Usted decide, padre.

Un portazo lejano fue el detonante final para hacer que la doncella que Lenore tenía a su lado comenzase a temblar de nuevo.

Capítulo 2

Un chasquido de dedos del mayordomo fue suficiente para que tanto doncellas como lacayos rompiesen la alineación perfecta que habían mantenido hasta el momento y se dispersaran en silencio como laboriosas hormigas. Estaba claro que conocían exactamente cuál era su lugar y lo que se esperaba de ellos. No como Lenore, que permaneció impasible viendo cómo desaparecían uno a uno los miembros del servicio.

—¿Piensa quedarse ahí todo el día como un pasmarote? —La voz del ama de llaves la sacudió por la espalda como un latigazo—. ¿Acaso no le parece suficiente que haya tenido que hacer yo su trabajo?

Lenore se giró para hacer frente a aquella mujer cuyo tono habría bastado por sí solo para desagradarle, y se dio cuenta de que las facciones de su rostro tampoco ayudaban. El moño, tirante en lo alto de su cabeza, mantenía estirada la piel de su frente, lo que achicaba sus ojos y afilaba su mirada. A ello se sumaban unos labios finos y una nariz aguileña que bien podrían pertenecer a un halcón a punto de lanzarse sobre su presa. No, no podía decirse de ella que fuese una mujer atractiva ni a la vista ni en el trato.

Se obligó a recordar, una vez más, quién era y el lugar que ocupaba ahora, y bajó la vista en señal de sumisión.

—Si tuviese a bien indicarme dónde se encuentra mi alcoba y...

—Sígame —la interrumpió sin miramientos la mujer, que a cada instante se le antojaba más odiosa.

Siguió sus pasos y se adentraron en la impresionante mansión.

La puerta daba acceso a un amplio *hall* cuyo suelo de mármol estaba cubierto por una elegante alfombra roja que llegaba hasta la escalinata central. Un par de columnas bajas marcaban el inicio de los escalones y sobre ellas se podían ver dos centros de flores que proporcionaban un agradable aroma y un ambiente acogedor que nada tenía que ver con el carácter que mostraba el dueño de la casa.

A la derecha de la entrada, pudo notar un sombrero de copa sobre el busto de algún antepasado de los Cavendish. El ama de llaves meneó la cabeza al verlo, pero se limitó a pasar de largo. Lenore supuso que sería del joven que acababa de entrar increpando a su padre. Estaba claro que sus modales dejaban mucho que desear.

El ama de llaves la condujo hasta el primer piso, y Lenore acarició el pasamanos dorado mientras ascendía los peldaños uno a uno, sintiéndose como el reo que va directo a la horca.

Desde que tomó aquella decisión supo que no iba a resultar nada fácil llevarla a cabo, pero nunca imaginó que se vería abocada al fracaso antes de empezar siquiera. Se esforzó por imaginar las palabras que le diría en ese momento su tía Augusta: «Si una mujer se deja vencer antes de emprender la batalla, querida, más le valdría no haberlo intentado nunca. El valor consiste en enfrentarse, no en esconderse». Casi podía escuchar su voz, perfilada por una media sonrisa altiva y la ironía brillando en sus ojos.

Sí, eso es lo que diría su tía. Y tenía razón. En cuanto se cambiase

de ropa y se asease un poco, iría a hablar con Cavendish padre y aclararía aquel asunto.

Sus aposentos estaban, como era de suponer, junto a los de los dos pequeños que había visto hacía solo un momento. Por suerte, el ama de llaves le indicó que los niños estaban tomando su almuerzo y que, de manera excepcional, la cocinera se ocuparía hoy de ellos. Después, la mujer arrugó la nariz y le solicitó, o mejor dicho, le exigió, que se asease cuanto antes. Lenore tuvo que volver a hacer acopio de todas sus fuerzas para no despacharla con una orden, recordándose a sí misma que ya no era quién para darlas.

Una vez que se hubo lavado con el agua de la jofaina y puesto un vestido limpio, se enfrentó al espejo que había apostado en un rincón. Terminó de entrelazarse el cabello y se sujetó las trenzas con varias horquillas a la parte baja de la nuca, tal y como le había enseñado a hacer su tía hacía tan solo un par de días. Examinó su reflejo y asintió, satisfecha.

El vestido era de un gris tan oscuro que más bien parecía negro, como todos los que había en su equipaje. Tan solo el cuello y los puños, de un blanco inmaculado, rompían la monotonía de aquella severa prenda. Se sintió asfixiada por las mangas, que le llegaban hasta las muñecas, y no pudo evitar pasarse un dedo por el cuello en un vano intento por encontrar algo de alivio. Echaba de menos la frescura de sus vestidos de muselina, con sus escotes ligeros y las mangas de farol que parecían flotar sobre sus hombros.

Sacudió la cabeza y le dio la espalda a su propio reflejo. Compadecerse de sí misma no era un lujo que pudiera permitirse; esta era la primera vez que lo hacía, y sería también la última.

Abandonó su alcoba y recorrió el pasillo con la firme intención de hallar a algún criado que le indicase dónde podía encontrar al señor de la casa.

—Está en su despacho, en la parte de abajo, junto al salón principal y la biblioteca —le dijo uno de los lacayos sin detenerse apenas.

Lenore descendió hasta el *hall* y vio varias puertas cerradas. Las contempló con detenimiento preguntándose cuál de ellas conduciría al despacho. De pronto, una voz estalló tras la que tenía justo enfrente. La reconoció al instante.

—Esta vez no pienso ceder, padre. Francis ya no es un niño, lo acepte o no. No precisa de una institutriz.

La voz del heredero resonó firme, cargada de un desdén apenas disimulado. Desde su escondite, Lenore reconoció de inmediato el tono: aquel joven estaba acostumbrado a imponer su voluntad. No pudo evitar acercarse un poco más a la puerta.

—Lo que precisa o deja de precisar lo decido yo —replicó Cavendish padre con una calma implacable—. Y mientras viva bajo este techo, Francis obedecerá.

Un silencio espeso se interrumpió con la carcajada amarga de su hijo.

—¿Bajo este techo? —replicó con un tono cargado de ironía—. ¿No recuerda, padre, que ya se encargó de que Francis no viviera bajo él cuando lo desterró a ese internado?

Lenore contuvo el aliento. Si ese tal Francis ya estaba recibiendo educación, y los únicos niños que había eran demasiado pequeños aún como para instruirse... ¿para qué estaba ella allí, exactamente?

La discusión continuó y decidió echar un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie la viera en semejante situación antes de acercarse un poco más a la puerta. No quería parecer una metomentodo que se dedica a obtener chismes de la manera más inapropiada, pero su futuro estaba en juego.

—Si no la despide hoy mismo, le aseguro que mañana abandonaré

esta casa.

Lenore apretó los puños ante la tozudez de aquel hombre.

Cuando prácticamente tenía la oreja pegada a la madera, se hizo el silencio. Maldijo su mala suerte y estuvo a punto de chasquear la lengua en un acto reflejo. Esperó un poco más, segura de que la conversación no había llegado a su fin cuando, de repente, se abrió la puerta.

El mayor de los Cavendish apareció al otro lado y estuvo a punto de tropezar con ella, aunque logró detenerse a tiempo para evitar semejante espectáculo. La observó de arriba abajo con la frialdad de quien contempla a un insecto; no con curiosidad, sino para decidir en qué momento aplastarlo.

—¿Todas las institutrices tienen la mala costumbre de escuchar conversaciones ajenas? —murmuró con acidez—. ¿O se trata de un talento exclusivo de usted?

—Venía a hablar con el señor Cavendish —replicó ella con toda la seguridad que pudo reunir.

—Todo suyo.

El hombre se hizo a un lado, pero Lenore no avanzó. Él arqueó una ceja y cerró la puerta a su espalda. Apenas se había alejado un par de pasos cuando se volvió de nuevo hacia ella con una mueca.

—Por cierto, olvidaba decirle que le deseo un buen viaje de regreso.

A Lenore se le formó un nudo en la garganta, pero se limitó a alzar la barbilla y sostener la mirada de aquel caballero que se empeñaba en echarla de la casa.

En cuanto él se hubo marchado, volvió la vista al frente y cogió aire muy despacio. No le convenía enfrentarse a Cavendish padre en aquel estado de agitación.

Un momento más tarde, tocó la puerta con los nudillos y una voz

ronca le respondió desde el interior del despacho.

—Pase.

—Buenos días, señor Cavendish —saludó ella tratando de componer una sonrisa cordial pero no demasiado expresiva—. Necesito hablar con usted.

El hombre se retiró de la cara las pequeñas gafas redondas y las dejó sobre la mesa. Sus ojos la escrutaron con detenimiento durante un buen rato hasta hacerla sentir incómoda. A pesar de ello, se mantuvo firme.

—Usted es...

—La señorita Gray. Lenore Gray. —Inclinó levemente la cabeza antes de añadir—: La institutriz que contrató hace un par de días.

—Cierto, la institutriz... —corroboró entrelazando sus manos—. Y ¿se puede saber qué le da derecho a entrar en mi despacho?

Por el tono de voz de aquel hombre, Lenore supo que su respuesta carecía de importancia. Tragó saliva, incapaz de hallar las palabras apropiadas; al final, decidió no decir nada. El señor de la casa debió tomarse su silencio como un triunfo, puesto que asintió levemente y cogió sus lentes de nuevo para retomar su lectura como si ella no estuviese allí.

Aquella desconsideración despertó algo en el interior de Lenore. Tal vez ya había sido incitado, antes de entrar, por el señor Cavendish y su insistencia en echarla de allí, o quizá se debía a la actitud de desprecio de su padre. No importaba. No tuvo tiempo de analizarlo.

—Vengo a despedirme, señor. No pienso permanecer ni un minuto más en un lugar donde no se me aprecia ni se me valora.

En el momento en que las palabras salieron de su boca, se arrepintió de haberlas pronunciado. ¿Es que se había vuelto loca?

¿Qué le iba a decir a su tía? ¿Cómo iba a explicarle que había

perdido su empleo en menos de un día? Y ahora, ¿qué sería de ella? Porque si estaba segura de algo era de que no pensaba volver a su casa. Pero entonces ¿adónde podría ir?

Todas las preguntas resonaban en su mente, mas su orgullo se había alzado por encima de ellas y ya no había marcha atrás.

Cavendish padre levantó la vista y se puso en pie, demasiado rápido para un caballero de su edad.

—No puede hacer eso —bramó, saliendo de detrás del escritorio —. No tiene ningún derecho.

Lenore frunció el ceño, mucho más indignada que asustada por las formas de aquel hombre.

—Siento decirle que soy una persona libre y puedo hacer lo que quiera.

—Tengo un contrato —insistió, rebuscando entre los papeles de su mesa.

—Contrato que yo todavía no he firmado —aclaró ella.

El hombre se detuvo de manera inmediata y se volvió lentamente, clavando sus ojos gélidos en ella.

—Si se marcha, me aseguraré de que nadie, ni en esta comarca ni en toda la región, vuelva a contratar sus servicios. Su nombre quedará manchado y cualquier intento de trabajar como institutriz será inútil.

Un escalofrío recorrió su espalda sin poder evitarlo, y el calor de su interior se apagó por un momento. Había llegado allí para no ser un mísero peón, pero la verdad era que solo había cambiado el lugar que ocupaba en el tablero. Ahora, una palabra contra ella bastaría para que el plan que su tía y ella habían elaborado se echase a perder. Y entonces ya no tendría a dónde huir.

Dejó escapar un suspiro con sabor a derrota mientras la indignación se marchaba, dejando paso al temor.

—Solicitaron mis servicios como institutriz, no como niñera. —Procuró suavizar el tono—. Se me ha tratado con desdén y sin consideración. Tan solo pido el respeto que merece mi posición.

Cavendish padre tardó todavía un momento en apartar la mirada de Lenore; cuando finalmente lo hizo, se lo notó más calmado.

—Ha llegado usted en un momento delicado. —Carraspeó el hombre, como si las palabras se negasen a salir de su garganta—. Como habrá podido comprobar, mi hijo y yo no tenemos... la misma opinión. Sin embargo, soy yo quien toma las decisiones. Y si digo que mi hijo menor precisa de una institutriz, así será.

Con sus últimas palabras dio un golpe en la mesa que provocó un respingo en Lenore.

—Y ¿cuándo conoceré al niño? —habló con cautela.

—Mi hijo vendrá a lo largo de esta mañana. De hecho, puede que ya esté aquí.

¿Acaso no pensaba recibirlo personalmente como al resto de la familia? Resultaba bastante desconsiderado de su parte; pero, dadas las circunstancias, Lenore prefirió no comentar nada al respecto.

—Oh, de acuerdo. En ese caso, debería comenzar a preparar el material para las clases. ¿Cuántos años tiene el infante?

—Bueno..., mi hijo debe tener unos quince o dieciséis años.

—¿Dieciséis años? —exclamó sin poder evitarlo—. ¡No puedo instruir a un muchacho de dieciséis años!

—No veo dónde está el problema —murmuró Cavendish padre, como si ella acabara de decir una estupidez.

Pero ella sí que lo veía. Era del todo inapropiado que un chico de esa edad fuese educado en casa. Y, menos aún, que lo hiciera una joven que apenas tenía un par de años más que él.

—Con esa edad, debería haberlo enviado a un colegio privado hace tiempo —sugirió ella, consciente de que se lanzaba piedras

contra su propio tejado.

—Oh, por eso no debe preocuparse —agregó Cavendish padre volviendo a sentarse tras su escritorio—, mi hijo lleva más de tres años en uno de los mejores colegios privados de Londres. No le dará problemas.

Cierto, habían mencionado un internado antes. Lenore no daba crédito, y cada vez veía peligrar más su lugar allí. Pero, contra todo pronóstico, Cavendish padre parecía decidido a no dejarla marchar.

Había algo que no terminaba de encajar en aquel asunto.

—Perdone que insista, señor Cavendish, pero me temo que ha cometido un error contratando a una institutriz.

De pronto, recordó las palabras del hijo mayor, y no pudo creer que estuviera de acuerdo con él.

—No lo creo, señorita Gray —aseguró aquel hombre, volviendo a sus papeles—. Y usted tampoco lo creerá cuando conozca a Francis. Estoy convencido de ello.

Capítulo 3

Lenore decidió dar un paseo por los suntuosos jardines que rodeaban aquella soberbia mansión una vez que se aseguró de que su pupilo aún no había llegado. Había almorzado sola en su alcoba después de escuchar las desagradables palabras que la señora Pritchard, el ama de llaves, le había dedicado con el fin de dejar muy clara su postura respecto a ella. Estaba claro que a esa mujer no le caía en gracia, y menos aún cuando supo que no actuaría de niñera con los nietos del señor. Por suerte, al salir de la casa no se cruzó con nadie, lo que le concedió un tiempo muy valioso para poner en orden sus pensamientos.

El cabeza de los Cavendish aseguraba que su hijo menor precisaba una institutriz, a pesar de la edad que contaba ya el muchacho. Por el contrario, el hijo mayor negaba de manera rotunda esta necesidad, hasta el punto de enfrentarse a su propio padre y amenazarlo con abandonar la casa. Todo esto la llevaba a pensar que, o bien el muchacho presentaba algún tipo de trastorno, o bien su padre era demasiado exigente con la educación de su hijo. Y, por el carácter que había mostrado ese hombre, Lenore se inclinaba más por la segunda opción.

Rodeó el jardín posterior de la casa y vio un pequeño camino de piedras blancas al que se accedía a través de un precioso arco por el que trepaba un rosal. El aroma que desprendían las flores era más que suficiente para atraerla hacia aquel lugar que se le antojaba de ensueño. Atravesó el arco y caminó con estudiada lentitud, cerrando los ojos un instante y aspirando ese aire limpio y fresco que solo la naturaleza puede ofrecer. El trino de los pájaros y el zumbido de las abejas llegaron hasta sus oídos, trayendo a su memoria ese pequeño jardín al que acudía de pequeña con su madre, cuando todo era más fácil...

Abrió los ojos, sacudió la cabeza y continuó internándose en aquel pequeño laberinto.

Muy pronto, el camino dio paso a una diminuta explanada rodeada de altos setos, que hacían de aquel lugar el sitio idóneo para escapar del bullicio. Un par de bancos de piedra invitaban al descanso y, sentado en uno de ellos, había un muchacho. Sus cabellos dorados reflejaban los escasos rayos de sol que lograban colarse entre la vegetación.

Lenore dio un paso al frente y pisó una rama. El joven se giró de manera inmediata. Sus ojos, del color del mar, se clavaron en ella, haciéndola sentir una intrusa.

—Buenos días —saludó con una leve inclinación de cabeza—, no era mi intención molestarlo.

Dicho esto, dio la vuelta, dispuesta a abandonar aquel lugar.

—¡Espere! —gritó el muchacho con demasiado ímpetu. Ella se detuvo de manera brusca—. No desearía arrebatarle el descanso que estoy seguro merece.

A Lenore no le pareció propio de una dama permanecer a solas con un caballero en un espacio tan pequeño. Pero lo cierto era que ella formaba parte del servicio y aquel muchacho no pasaba de ser

un jovencito. Muy agraciado, ciertamente, pero apenas debía de haber pasado la niñez hacía un par de años. Seguramente era el hijo de la cocinera o el nieto del mayordomo, y, por su vestimenta, tal vez incluso se ocupaba de las caballerizas.

—Lo cierto es que no me vendría mal sentarme un momento —reconoció ella—, llevo un buen rato dando vueltas. Los jardines son inmensos.

Él la invitó a tomar asiento a su lado, pero ella no lo consideró apropiado y optó por el banco de piedra que había enfrente. Eliminó las arrugas de su falda y cruzó las manos sobre su regazo. Y decidió que, apenas recuperase el aliento, regresaría a su alcoba. Su pupilo debía estar a punto de llegar y no quería volver a tener que sufrir el ataque de la señora Pritchard.

—Podríamos recibir una buena reprimenda si alguien nos viera aquí, solos —apuntó el muchacho mientras se pasaba una mano por sus cabellos. No había amenaza en su tono, solo un matiz de picardía inocente.

—Nadie tiene por qué saberlo si usted no se lo dice. —Lenore sonrió con complicidad sin poder evitarlo.

Resultaba fácil hablar con aquel joven.

—Es nueva en Rosegate, ¿verdad? —Se limitó a asentir—. Conozco a todo el personal de la casa y nadie se atrevería a venir a este lugar.

Lenore abrió los ojos de par en par y se levantó de manera inmediata, dispuesta a salir de allí cuanto antes. Se detuvo al instante, sin embargo, cuando un presentimiento la invadió.

—¿No me estará usted tomando el pelo? —inquirió, entrecerrando los ojos.

—¿Por qué habría de hacerlo? —El muchacho se puso de pie, situándose a su altura.

Ella echó un vistazo alrededor y no notó más que un hermoso rincón cuyo suelo refulgía con la piedra nacarada del pavimento. Era un bonito lugar de descanso donde los altos setos que lo rodeaban le conferían la intimidad idónea para ello.

—¿Qué le sucede a este sitio? —insistió Lenore con desconfianza.

El muchacho amplió su sonrisa y le mostró una perfecta hilera de dientes bien cuidados.

—Su falta de confianza en mí es insultante.

Ella alzó una ceja y se preguntó qué le hacía suponer a aquel jovencito que se había ganado su amistad solo por invitarla a tomar asiento.

—La vida me ha demostrado que la confianza es algo que puede costar años ganar y tan solo un segundo perder.

—Sabias palabras. —El muchacho asintió reiteradamente, mostrándose complacido con la respuesta de Lenore—. ¿Qué la ha traído a Rosegate Manor?

—He sido contratada como institutriz por el señor Cavendish padre —respondió ella con orgullo.

Las mejillas de aquel joven parecieron perder su color.

—¿Como institutriz?

—Así es —afirmó, pero sus palabras habían perdido firmeza al ver el cambio en el rostro del muchacho.

—¿Atenderá a los... nietos de... del señor?

—No, como le he dicho, soy institutriz. —De nuevo sus palabras se tiñeron de orgullo—. Estoy aquí por el hijo menor. Francis, creo recordar que se llamaba. ¿Lo conoce?

El silencio fue la única respuesta que obtuvo Lenore. Y, cuando fue a reiterar su pregunta, el muchacho se dio la vuelta y emprendió con diligencia el camino que lo alejó de aquel lugar, dejándola con la boca abierta.

Estaba claro que lidiar con el personal de la casa no iba a resultarle mucho más fácil que hacerlo con los señores. Por lo visto, la vida era mucho más complicada cuando no eras más que una simple institutriz que no forma parte del servicio ni tampoco de la familia.

Sacudió la cabeza y emprendió el regreso a la residencia. Advirtió que el sol empezaba a caer, tiñendo de dorado las copas de los árboles, y apremió el paso. No quería volver a llegar tarde. Aunque, esta vez, poco le importaba si la señora Pritchard la reprendía de nuevo. Estaba cansada, y eso que solo llevaba un día en aquella mansión. Ni los amplios jardines ni las elegantes columnas colmadas de flores podrían hacer que la percibiera como algo distinto de un lugar frío y amenazante.

Tal y como había imaginado, en el momento en que atravesó el umbral de la gran casa, la arruga de la frente del señor Pennington, el mayordomo, se hizo más profunda al tiempo que la informaba de que el señor Francis había llegado hacía rato y estaba a punto de tomar la cena. Lenore solicitó un momento para asearse, pero el hombre la miró como si fuera una mancha en su porcelana fina y ella rectificó y le aseguró que no era necesario. Con un rostro impertérrito, pidió a un lacayo que la acompañara y este obedeció sin mediar palabra.

Ambos subieron la escalera hasta el primer piso y tomaron el pasillo de la derecha. Apenas habían recorrido la mitad de este cuando se empezó a escuchar una algarabía impropia de aquella silenciosa mansión. De pronto, el lacayo se detuvo frente a una puerta y le dirigió una mirada significativa antes de marcharse. Cuando Lenore echó un vistazo al interior de la estancia, se quedó sin palabras.

Una corpulenta mujer se afanaba inútilmente por mantener a los

nietos del señor de la casa sentados a la mesa. Mientras la niña canturreaba una canción de cuna a la muñeca que sostenía entre sus brazos, el niño correteaba dando vueltas y agitando una espada de madera. Sin embargo, eso no fue lo que hizo que Lenore abriese los ojos como si acabara de ver un fantasma, no. Lo que realmente la mantenía absorta era el muchacho con el que había hablado en el jardín hacía unos minutos, sentado ahí mismo.

Cuando el chico la vio entrar, sus mejillas parecieron teñirse de rubor, pero Lenore no tuvo tiempo de comprobarlo, pues el muchacho bajó la vista hacia la crema de puerros que tenía frente a él.

—¡Loado sea el Señor! —exclamó la mujer al verla entrar—. No habría podido permanecer en esta sala ni un minuto más sin que mi corazón hubiese sufrido las consecuencias.

Dicho esto, se levantó y se dispuso a marcharse.

—¡Espere! —intentó retenerla Lenore—. Yo no soy más que la institutriz...

—Y yo ayudante de la cocinera, querida —interrumpió la mujer mientras abandonaba la estancia—. Pero eso no parece importarle a nadie lo más mínimo.

Lenore volvió la vista de nuevo a la sala y pudo comprobar que el hijo menor del señor Cavendish continuaba dando vueltas a la crema de puerro como si fuese la rueda de un molino. Los niños, en cambio, habían dejado sus juegos y la miraban expectantes, lo que la animó a aprovechar la situación para poner orden.

—Vayan a sus respectivos asientos —ordenó con el rostro más serio que fue capaz de mostrar. Los niños no se movieron ni un ápice, y ella añadió con más fuerza—: ¡Ahora!

Los dos pequeños corrieron a la mesa y se sentaron de manera inmediata. A Lenore casi se le escapó una sonrisa de satisfacción.

Siempre había pensado que era muy complicado manejar a los niños, pero estaba claro que estos solo precisaban algo de disciplina. Después, recordó la imagen que le había devuelto el espejo de su alcoba y comprendió que tal vez no había sido su orden ni el tono severo de sus palabras, sino su aspecto el que había logrado la sumisión de esos niños.

Fuera como fuese, ahora reinaba el silencio en la estancia, y ella lo agradeció enormemente.

Tomó asiento entre los dos niños, por lo que el hijo menor de Cavendish padre quedó frente a ella, y comenzó a cenar en silencio. Al contrario de lo que había supuesto, los pequeños se comieron todo sin tener que llamarles la atención ni una sola vez. Y, justo cuando empezaban a removerse en la silla, llegó una doncella y pidió permiso para llevarlos a dormir.

Los niños se lanzaron a sus brazos como lo haría un náufrago a una tabla de madera. Al punto, Lenore los escuchó correr y gritar por el pasillo mientras la doncella los llamaba una y otra vez.

Ahora entendía por qué era tan necesario el atuendo rígido y sobrio que lucían siempre las institutrices. No era agradable, pero comprendía las ventajas que suponía.

Cuando volvió la cabeza de nuevo, el muchacho que había mantenido el silencio durante toda la cena se levantó, dispuesto a marcharse también.

—Puede quedarse un poco más, a usted todavía no lo ha reclamado ninguna doncella —bromeó, dejando atrás su papel de institutriz severa.

El jovencito la miró con el rostro serio y, por un momento, pareció dudar entre abandonar la estancia o volver a sentarse.

Lenore comprendió el error que acababa de cometer. Aquel chico dudaba si su chanza era en realidad una orden. Finalmente, debió

decidir que así era, pues tomó asiento de nuevo y bajó la mirada. Sin embargo, bajo esa aparente sumisión latía una profunda rebeldía. Lo demostraba el hecho de que sus puños se mantuvieran cerrados y su mandíbula apretada. Ella intentó reconducir la situación y mostrar la sinceridad de sus pensamientos.

—Quiero que sepa que estoy en desacuerdo con su padre. —El muchacho alzó la mirada, suspicaz—. No creo que usted precise de una institutriz. Como tampoco me parece apropiado que, con su edad, comparta mesa con los niños.

El hijo del señor Cavendish pareció dudar de sus palabras, pero ella le sostuvo la mirada. Finalmente, los hombros de él descendieron levemente.

—Mi padre se niega a verme como un adulto.

—Pues se equivoca. —El muchacho sonrió de medio lado y sus ojos se iluminaron un poco, lo que la animó a seguir—. Tal vez sea hora de que alguien se lo haga ver.

—Edmund lleva intentándolo mucho tiempo, pero es imposible hacerlo razonar.

—¿Edmund?

—Mi hermano mayor —aclaró el chico, poniendo los codos en la mesa—. Si él no lo ha logrado, nadie lo hará.

Lenore estuvo a punto de indicarle que retirara los codos y enderezara la espalda, pero supuso que tratarlo como a un niño no era la manera más adecuada de demostrar sus palabras, así que lo dejó pasar.

—Que su hermano no lo haya conseguido no implica que nadie pueda hacerlo —apuntó ella con firmeza, recordando sus palabras unas horas antes.

«Le deseo un buen viaje de regreso», había dicho. Contuvo una sonrisa. Parecía que finalmente sería él quien tendría que regresar a

donde quiera que pasase los inviernos. Su pequeña victoria la animó.

—Es más, ¿sabe qué? Estoy segura de que puedo hacer cambiar a su padre de opinión y lograr que lo admita en las comidas familiares.

—¿De veras?

El entusiasmo en las palabras del muchacho hizo tambalear la seguridad de Lenore. Tal vez se había precipitado en su afirmación. ¿Y si Cavendish padre no la escuchaba? O peor aún... ¿Y si decidía que prefería contar con otra institutriz que no se inmiscuyera en su vida personal?

—Muchas gracias, ¿señorita...?

—Gray —respondió ella, saliendo de sus cavilaciones—, Lenore Gray.

—Francis, aunque todos me llaman Frankie. —Sonrió y extendió su mano.

—Si queremos que lo tomen en serio, empezaremos por cambiar eso, señorito Francis.

Ella tomó su mano y le devolvió la sonrisa. El muchacho la apretó con entusiasmo.

—Mi padre suele ir a la biblioteca después de la cena, le gusta pasar un rato allí antes de acostarse. —Lenore lo miró sin comprender dónde quería ir a parar con esa observación—. Creo que podría... aprovechar la ocasión para hablar con él. La biblioteca es uno de sus lugares favoritos y suele estar de buen humor allí. Bueno, o lo que puede significar para mi padre estar de buen humor.

Ella se quedó sin palabras. No entraba en sus planes volver a importunar a Cavendish padre de nuevo. Al menos, no tan pronto.

—Claro que... —continuó el señorito Cavendish al percibir sus dudas—, entendería que no quisiera hablar con él...

—Oh, por supuesto que lo haré.

Iba a añadir que había pensado hacerlo a primera hora de la mañana siguiente, pero al ver el cambio que se produjo en el rostro de aquel muchacho, fue incapaz de añadir nada más.

—No sabe lo que le agradezco que lo haga, de verdad, señorita Gray.

Ella compuso una sonrisa forzada y él pasó la mirada de ella a la puerta, en una clara invitación a que se pusiera en camino.

Lenore inclinó la cabeza a modo de despedida y se dio la vuelta, dispuesta a salir de la habitación.

—Consiga o no convencer a mi padre, para mí ya ha sido de gran ayuda escuchar su opinión al respecto.

Volvió la cabeza para dirigir una última sonrisa al señorito Cavendish y abandonó la estancia.

Mientras descendía los escalones, se preguntó cómo había sido capaz de meterse en aquel embrollo y en qué momento había decidido dar al traste con su plan de pasar lo más inadvertida posible. Su tía Augusta le había insistido en la importancia de *el arte de ser invisible*. No quería saber qué diría si la viese ahora.

Lo último que necesitaba era armar un escándalo en aquella familia y que Cavendish padre acabase cumpliendo su amenaza. No encontraría otra casa donde ocultarse.

Pese a su miedo, se encaminó a la biblioteca que, según le dijo uno de los lacayos, estaba en la parte baja de la casa, junto a la puerta principal de la mansión.

Ensayó el discurso que iba a dirigir al dueño de aquel lugar una y otra vez, y preparó los argumentos necesarios que apoyaban su punto de vista. Sin embargo, una vez que tocó con los nudillos la puerta y la voz de aquel hombre la invitó a entrar, su mente se quedó en blanco y sus piernas empezaron a temblar.

Capítulo 4

—Buenas noches, señor Cavendish. —Logró articular Lenore una vez que se adentró en la biblioteca.

La sala que se abrió ante ella la dejó sin aliento. Una impresionante hilera de estanterías cubría las paredes de la amplia estancia. No había ni una sola que no contuviera una cantidad ingente de libros, perfectamente alineados, por supuesto.

Lenore dio un paso al frente y distinguió la figura del dueño de aquella magnífica colección. El hombre descansaba en un sofá situado en el centro de la habitación; sostenía, en una mano, una copa con un líquido ambarino, y un libro en la otra. Ni siquiera alzó la mirada cuando ella entró.

—Esta noche, en la cena, he tenido el placer de conocer a su hijo Francis. —Estas palabras parecieron llamar la atención del señor de la casa, puesto que dejó la copa sobre una mesita y despegó los ojos de su libro—. Me ha parecido un chico muy agradable y con una educación exquisita.

Aquel hombre alzó una ceja y Lenore aprovechó su silencio para acercarse un poco más.

—He de decir que, contrariamente a lo que me advirtió, no he

hallado en él motivo alguno que indique la necesidad de que permanezca bajo la tutela de una institutriz —añadió con franqueza.

—¿Me está pidiendo usted que la despida o viene a reiterar su renuncia?

A Lenore le dio un vuelco el corazón. No había jugado bien sus cartas y estaba a punto de perder la partida.

—Por supuesto que no, señor Cavendish.

—Entonces —resopló el hombre con evidente hastío—, ¿para qué ha venido a interrumpir el único momento del día que tengo para tomarme un descanso, si es que me permite preguntar?

El sarcasmo se hizo evidente en sus palabras, y la cabeza de Lenore empezó a buscar una salida que condujera la conversación hacia donde ella deseaba.

De repente, se escuchó un grito infantil a lo lejos. Instantáneamente, la voz de una de las doncellas rompió el silencio que, momentos antes, había reinado en la mansión.

—¡Si no viene aquí ahora mismo, mandaré llamar a su padre!

La amenaza no pareció surtir el efecto deseado, pues al momento volvió a escucharse un nuevo chillido que acabó perdiéndose en la lejanía.

Cuando Lenore volvió la vista hacia Cavendish padre, pudo descubrir el desagrado en su expresión, lo que le dio una nueva idea para abordar su cometido.

—En realidad, lo que venía a decirle es que sus nietos sí que precisan de una persona que imponga algo de disciplina en sus vidas. —Esta vez el hombre cerró el libro y la miró con evidente curiosidad—. Y yo estoy dispuesta a acometer semejante tarea.

—La escucho.

Lenore sonrió y dio un nuevo paso al frente.

—Pondré todo mi empeño en lograr que esos chiquillos

mantengan el orden, pero no puedo hacerlo si su hijo, el señor Francis, se halla con nosotros. Debe entender que él ya no es un niño pequeño y, por lo tanto, no se lo puede tratar como tal.

—Y usted sugiere...

—Que participe en las comidas familiares —afirmó sin dar lugar a duda—, y en los eventos sociales a los que la familia asista, por supuesto.

El hombre se puso en pie y dejó el libro junto a la copa de whisky. Después, se giró para darle la espalda y se situó frente a una de las ventanas. Aquello no tenía ningún sentido, puesto que a esas horas la oscuridad dominaba los jardines del exterior.

Durante un buen rato, Cavendish padre no se movió ni un ápice, y Lenore no tuvo más remedio que mantenerse en silencio y esperar. Pasó la mirada por los lomos bien cuidados de los libros que tenía más cerca y pudo comprobar que la selección era muy variada. Había libros de poesía, historia, filosofía e incluso varias obras de teatro. Después, desvió la vista hacia el mobiliario, que se limitaba a un par de sofás, una mesa de caoba y una lámpara que desprendía una luz amarillenta y mortecina.

Empezaba a pensar que aquel hombre se había olvidado de ella cuando se giró de nuevo.

—Acepto su ofrecimiento de someter a mis nietos a una disciplina que estoy seguro precisan. —Lenore dejó escapar el aire de sus pulmones y sonrió triunfante—. No obstante, creo que se equivoca al afirmar que Francis se encuentra preparado para compartir mesa con nosotros y mucho menos asistir a eventos sociales. Por tanto...

—¡Pero tiene dieciséis años! —lo interrumpió ella, y al instante se arrepintió.

El señor de Rosegate enderezó la espalda y la arruga de su frente se hizo más profunda.

—¿Acaso insinúa que no sé la edad que tienen mis hijos?

—No..., no quería decir eso.

—No me importa en absoluto lo que haya querido decir, pero lo que sí debe saber es que en mi casa soy yo quien toma las decisiones. Espero que le haya quedado claro. —Su tono no daba lugar a réplicas—. Si lo acepta, es bienvenida. Si no, ya puede marcharse.

Lenore bajó la mirada, consciente de que había tensado demasiado la cuerda. Aquel hombre no era su igual, y no podía dirigirse a él como tal.

—Dicho esto —añadió Cavendish padre—, necesito tiempo para pensar en este asunto; lo considero demasiado delicado para tomar una decisión a la ligera. Cuando lo haga, mandaré llamarla para comunicárselo.

—Se lo agradezco mucho, señor. —Las palabras de Lenore sonaron tan sinceras como las sentía.

—No obstante, yo que usted no me haría ilusiones. Conozco muy bien a mi hijo, señorita...

—Gray, Lenore Gray.

—Eso, señorita Gray. Desde luego, mucho mejor que usted, que apenas ha intercambiado con él cuatro palabras durante la cena y ya cree saberlo todo.

Las mejillas de Lenore se encendieron y apretó los puños para no dar rienda suelta a sus emociones. Debía aprender a controlarse.

—No pongo en duda que sea un buen padre y que, como tal, conozca a la perfección a sus hijos. Lo único que le pido es que piense en cómo se siente el señorito Francis al verse relegado a la categoría de niño cuando en unos años tendrá la mayoría de edad.

—Pamplinas. La madurez no la marca la edad, sino el saber estar. —Cavendish padre fue hasta el sofá y se sentó de nuevo. Bebió un

largo trago de su copa y cogió el libro de la mesa—. Y ahora, si me lo permite, desearía retomar mi lectura.

Lenore buscó con desesperación una excusa que resultara plausible para continuar con aquella conversación y llegar a convencer al señor de la casa de que lo mejor sería permitir a su hijo participar en la vida de los adultos, pero prefirió no arriesgarse a perder lo que había conseguido. Al fin y al cabo, ese hombre había prometido pensarlo, y eso ya era algo.

—Buenas noches.

Aquel hombre murmuró unas palabras ininteligibles y Lenore decidió tomarlas como una despedida. Después, abandonó la biblioteca sin demasiadas esperanzas.

Mientras subía las escaleras y recorría el pasillo hasta su alcoba, pudo comprobar que la casa estaba sumida en el silencio que solo la noche puede ofrecer, lo cual agradeció en lo más profundo de su ser. No podría soportar tener que hablar con nadie más.

Entró en su alcoba y se fue directa al lugar donde se encontraba su equipaje de mano, del que extrajo unos papeles. Se sentó en la única silla que había y los colocó sobre el pequeño escritorio. Debía informar a su tía de que había llegado sana y salva a la mansión Rosegate y que el plan marchaba tal y como lo habían planeado... más o menos. Comenzó a escribir hasta que la puerta se abrió de golpe.

—Señorita...

Lenore escondió apresuradamente la carta que estaba escribiendo.

—¿No le han enseñado a llamar a la puerta? —inquirió con tono severo al señorito Cavendish—. Esos no son modales.

—Lo siento, señorita Gray. Tiene usted razón. Lo lamento.

Lenore vio al muchacho bajar la mirada y se arrepintió de la dureza de sus palabras.

—¿Qué desea, señorito Francis? —preguntó, apoyando los codos en la mesa y masajeándose las sienes con sus dedos.

—So-solo quería saber qué le ha dicho mi padre.

—Nada, la verdad.

—¿Nada?

Lenore no quiso dar esperanzas al muchacho y, además, aquellas no eran horas para mantener una conversación, y menos en su alcoba, a pesar de que la puerta estuviera abierta y a él todos lo consideraran un niño. Bueno, todos excepto su hermano mayor, según había dicho el mismo Francis.

—Ha dicho que hablaremos mañana. —Vio la desilusión en los ojos del chico y quiso animarlo—. Parecía cansado.

—Tal vez no haya sido buena idea intentarlo esta noche, ¿verdad?

—Por supuesto que ha sido buena idea. —Lenore se puso en pie y le dirigió una sonrisa—. Así su padre tendrá toda la noche para pensarlo. De otra manera, habríamos corrido el riesgo de que hubiese tomado la decisión a la ligera, y eso no nos convendría en absoluto, ¿no es cierto?

El muchacho amplió su sonrisa y el azul de sus ojos se iluminó de nuevo.

—Tiene razón.

—Bueno, y ahora es momento de que descansemos. Mañana nos espera un día muy largo en el que deberemos tener paciencia. —El chico asintió y se giró para salir de su alcoba—. Y recuerde, señorito Francis, que decida lo que decida su padre, eso no cambiará quién es usted.

El hijo del señor Cavendish le sonrió y musitó un *gracias* antes de marcharse.

Lenore terminó apresuradamente la carta a su tía y la guardó en uno de los bolsillos de su vestido. Pensaba dársela al día siguiente a

alguno de los cocheros de los Cavendish, uno que no supiera leer, por supuesto. No podía arriesgarse a que se enterasen de a quién iba dirigida la carta.

En cuanto se acostó en aquella estrecha cama, supo que no sería capaz de pegar ojo en toda la noche.

Y así fue.

Capítulo 5

—¿Y no puede ir usted a hablar con él? —replicó el señorito Francis mientras ella limpiaba el pincel.

—Eso sería muy descortés por mi parte. —Lenore decidió que un poco más de ocre le vendría bien para darle textura a la tierra—. Lo único que podemos hacer es esperar a que su padre nos comunique su decisión.

El muchacho comenzó a caminar en círculos de nuevo.

—Y, por su bien, debería buscarse alguna ocupación que lo distraiga —añadió dirigiendo la vista al frente para retener en su memoria la posición de cada una de las rosas—. Así evitaría ponerme nerviosa a mí también.

El muchacho se detuvo de manera inmediata y se sentó en el banco de piedra que había frente a Lenore. A ella nunca le había gustado que la observaran mientras pintaba, pero prefería que ese joven lo hiciera antes de que volviera a dar vueltas por el jardín.

Al terminar el almuerzo, una vez que la criada se hubo llevado a los nietos del señor, Francis se había dirigido a ella y le había preguntado con insistencia por la decisión de su padre respecto a la propuesta que se le hizo la noche anterior. Lenore había mirado al

muchacho y, al ver su tez pálida y sus profundas ojeras, supo que había dormido aún menos que ella, pero no le había quedado más remedio que decirle que, de momento, no había recibido respuesta.

Fue entonces cuando había decidido que hacía un día precioso y que saldría a pintar al aire libre, puesto que, hasta que Cavendish padre no le contestara, no había nada que ella pudiera hacer. Lo que no imaginó es que el señorito Francis la seguiría como perro sin amo. Y, a pesar de que le había insistido varias veces en que debía buscarse una ocupación para pasar el día, él se había limitado a dar vueltas alrededor del pequeño jardín situado en la parte trasera de la mansión.

—Pero usted cree que se lo dirá hoy, ¿verdad? —volvió a insistir una vez más.

Lenore apartó su vista del rosal y lanzó un suspiro mientras negaba con la cabeza. Nunca hubiese imaginado que ser institutriz precisara de tal dosis de paciencia.

—¿Le gusta la literatura? —preguntó con intención de desviar la atención del joven.

—¿La... literatura?

—Mis autores preferidos son Charles Dickens y Jane Austen.

—¿Jane Austen? Nunca he oído hablar de ella.

Por fin parecía haber logrado que pensara en otra cosa.

—Pero ¿dónde se supone que lo han educado a usted? Jane Austen es una mujer extraordinaria que pasará a la historia como la escritora que logró romper las rígidas normas de la sociedad.

—¿Fue encarcelada?

Lenore se volvió hacia Francis, que la miraba con evidente curiosidad.

—¿Por qué hace esa pregunta?

El muchacho se encogió de hombros antes de responder:

—No creo que alguien rompa las reglas y viva para contarlo.

La melancolía se había colado en sus palabras. Tal vez la vida de ese chico tampoco había sido fácil, a pesar de gozar del privilegio de ser hombre.

—Ella lo hizo a través de sus escritos —puntualizó, volviendo de nuevo a mojar el pincel en el color carmesí—. Y viviendo gracias a lo que ganaba con ellos, por supuesto.

Durante un instante, solo se escuchó el viento que agitaba las copas de los árboles. Lenore cerró los ojos y disfrutó de aquel momento aspirando el aroma de las rosas que inundaba el pequeño jardín. Cuando los abrió de nuevo, siguió el vuelo de una mariposa que agitaba las alas frente a ella, reclamando su atención.

Esa podría haber sido su vida. Una vida serena y tranquila donde su única preocupación hubiese sido llenar las horas del día con algún que otro paseo, una buena lectura y una conversación amena. Tal vez habría tocado un rato el piano o habría pintado algo, como estaba haciendo en ese momento. Sí, podría haberla sido.

—¿Usted también escribe? —La voz de Francis la arrancó de sus cavilaciones.

—¿Escribir? No, no, qué va.

—Pero ayer la vi en su alcoba y estaba escribiendo.

El crujido de una rama hizo que la reprimenda de Lenore muriese en sus labios. Volvió la cabeza, pero no había nadie, por lo que se centró de nuevo en la conversación.

—Un caballero no debe espiar a una dama.

—¡No la estaba espiando! —protestó con energía el muchacho—. Solo quería averiguar...

—Lo sé, lo sé. —Lenore se puso en pie y dejó el pincel sobre la paleta de madera—. Pero sería bueno que, la próxima vez que desee entrar en mi alcoba, haga uso de los nudillos para llamar a la puerta.

Francis se acercó para situarse frente a ella y la miró con esos ojos azules que mostraban el arrepentimiento de un niño.

—Lo siento.

Y Lenore supo que lo decía de corazón.

—Si quiere que esto salga bien, deberíamos empezar por...

El sonido de unas hojas secas a su espalda la hizo enmudecer de nuevo.

—¡Edmund! —gritó el muchacho, haciéndose a un lado para ir corriendo al encuentro de su hermano.

Lenore se volvió lentamente mientras pensó que esta era otra de las cosas que debía corregir aquel muchacho si quería que su padre lo aceptara como un adulto.

—No deberías escuchar a escondidas —añadió Francis, abrazando a su hermano mayor—. No está bien.

—Jamás se me ocurriría hacer tal cosa.

—No le crea, señorita Gray, Edmund es experto en escuchar conversaciones ajenas. Se entera de todo lo que sucede en esta casa. Una vez, de niño, se subió a un árbol para...

—No creo que a esta mujer le interese conocer nuestro pasado.

El primogénito de los Cavendish se quitó el sombrero de copa y la saludó con una inclinación de cabeza. Ella respondió con el mismo gesto y se acercó al caballete para empezar a recoger sus pinturas.

—Es mi institutriz —dijo Francis con una amplia sonrisa—. Pero, si no me equivoco, ya conoces a la señorita Gray, ¿verdad?

—Sí, tuve el... placer de conocerla ayer, junto al resto del servicio.

El tono seco de aquel hombre dejaba claro cuál era su posición en la escala social, pero Lenore no pensaba dejarse amedrentar por ningún caballero engreído que la mirase por encima del hombro.

—De ningún modo —dijo ella, volviéndose hacia los dos hermanos —, el placer fue todo mío al recibir tan grato acogimiento por su

parte. Siempre es de agradecer encontrar tal recibimiento cuando uno llega a un lugar nuevo.

El señor Cavendish apretó los labios, dibujando una fina línea en su rostro. No era mal parecido, pero su ceño permanentemente fruncido y su forma de mirar a todo el mundo hacían que resultase bastante odioso, lo que sin duda restaba atractivo a sus facciones.

—Siéntate con nosotros, Edmund, estábamos conversando sobre...

—Entrar a las alcobas, si no me equivoco. —El señor Cavendish clavó su mirada en ella.

—¿Ve, señorita Gray? Le he dicho que era un experto.

—Ya veo, ya. Lástima que meter las narices en cuestiones ajenas no esté bien visto. Si así fuera, sin duda sería usted la admiración del reino.

Francis comenzó a reír, ajeno a la mirada que su hermano dirigía a Lenore. Entonces, el mayor de los Cavendish se enderezó y echó los hombros hacia atrás.

—Estoy seguro de que encontraría más de un rival. En realidad, solo venía a comunicarle que mi padre la ha mandado llamar.

Francis dejó de reír de manera inmediata y a Lenore se le borró la sonrisa de la cara, lo que pareció satisfacer al hombre que acababa de transmitirle el mensaje. Podría haber enviado a un criado a dar el aviso, no hacía falta que hubiese ido él mismo. Pero no, al parecer se regodeaba dando malas noticias.

—¿Padre? ¿Por qué no lo has dicho antes? —Francis se volvió hacia ella—. Señorita Gray...

—Sí, ahora mismo... —Lenore dejó caer al suelo un par de pinceles al intentar recoger a toda prisa—. Solo quiero...

—Por si no lo sabe, mi padre odia que lo hagan esperar —apostilló el señor Cavendish.

—Sí —corroboró Francis con inocencia—, será mejor que deje eso para más tarde.

—Claro, desde luego. —Se encaminó hacia la casa, pero volvió la cabeza una última vez—. No se preocupe, señorito Francis, y recuerde lo que le dije ayer.

El muchacho asintió, pero sus ojos y la postura de su cuerpo revelaban lo que sentía en realidad.

Antes de alejarse pudo escuchar que los dos hermanos intercambiaban unas palabras. Y decidió detener sus pasos, a pesar de la advertencia del señor Cavendish.

—Me parece que no veremos más a la señorita Gray, Francis.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no puedo afirmarlo con total seguridad, pero diría que padre ha recapacitado y ha tomado la decisión de que no necesitas una institutriz.

—Eso es imposible, Edmund.

—Tal vez no, hermano. Tal vez no.

—Pues sería una lástima, la señorita Gray me gusta. —Después de un breve silencio, Francis añadió—: Me trata como a un adulto, que es mucho más de lo que puedo decir de la mayoría de...

Fue incapaz de escuchar nada más, puesto que era consciente de que el tiempo se le echaba encima, pero esas palabras fueron suficientes para arrancarle una sonrisa y hacerle reemprender el camino. No quería correr el riesgo de que nadie la viera escuchando conversaciones ajenas, y menos aún el primogénito de los Cavendish. Otra vez.

Sin embargo, la idea de ser despedida de su empleo, incluso antes de haber dado comienzo, la cogió desprevenida. Pensó que, si había superado el día anterior, su lugar en la casa estaba asegurado. Se había relajado muy pronto. Cavendish padre no parecía un hombre

que se aviniera a tratos, y menos con una institutriz a la que acababa de conocer. Había sido demasiado osada y demasiado optimista al pensar que aquel hombre la escucharía. Ahora tendría que hacer las maletas de nuevo y buscar un lugar donde...

Suspiró profundamente cuando divisó la puerta de servicio. Cuanto antes hablara con él, antes saldría de dudas. Entró en la casa, dispuesta a enfrentarse al dueño de aquella imponente mansión. Había hecho lo correcto, y eso al menos le otorgaba la fuerza suficiente para encarar a ese hombre y aceptar lo que hubiera decidido.

Capítulo 6

Ore abrió la puerta después de escuchar la voz de Cavendish padre permitiéndole entrar. El hombre que vio frente a ella no se parecía en nada al de la noche anterior. Aquellas pequeñas gafas redondas y el cuerpo encorvado sobre la mesa de caoba le daban un aspecto mucho más frágil y vulnerable. Al ver que no se movía, ella carraspeó con suavidad para llamar su atención. Él le sostuvo la mirada en silencio durante un buen rato, como si estuviera esperando algo, y después se quitó las gafas y enderezó la espalda. Volvía a ser el hombre implacable de rostro adusto y mirada seria.

—¿Me ha hecho llamar? —preguntó ella desde la puerta.

—Pase y cierre, por favor.

Ella hizo lo que se le había ordenado y luego dio un paso al frente. El señor de la casa se mantuvo sentado tras su escritorio.

—He tomado una determinación respecto a lo que me planteó ayer. —Lenore contuvo la respiración—. Aunque temo que mi decisión no sea de su agrado.

Sintió una ligera debilidad en las piernas que la obligó a hacer acopio de todas sus fuerzas para mantenerse en pie. El hijo mayor tenía razón.

Sentía que le faltaba el aire.

Había sido una idealista en pro de una causa perdida, como siempre le echaba en cara su tía. ¿Qué le importaba a ella si aquel muchacho gozaba o no de los placeres de la vida social? ¿Acaso no podía haberse mantenido al margen y haber aceptado de buen grado lo que se le ofrecía? Podía haber tenido un plato de comida y un techo bajo el que dormir. Y, lo más importante, un lugar donde ocultarse.

Y lo había echado todo a perder.

—¿Me ha escuchado, señorita Gray?

Cavendish padre había abandonado su escritorio y ahora estaba de pie frente a ella, mirándola con el ceño fruncido.

—Perdón, me decía...

El hombre resopló.

—Que, como condición, debe usted acompañar en todo momento a mi hijo, ya sean comidas familiares, cenas o eventos sociales. ¿Comprende?

—Pero entonces... no estoy...

—¿Le sucede algo? —La pregunta no denotaba preocupación, sino más bien una acusación implacable—. Parece que tuviera la cabeza en otra parte.

—Discúlpeme, señor Cavendish, creo que me ha sentado mal el almuerzo —mintió ella—. Entonces, si no he entendido mal, acepta mi propuesta.

—Con la condición mencionada, por supuesto. —El hombre puso las manos a la espalda y empezó a dar vueltas por su despacho—. En todo momento mi hijo deberá ir acompañado por usted.

El alivio que sintió al saber que no la estaban despidiendo se vio pronto opacado por una nueva preocupación. Trató de pensar con rapidez.

—Si me permite preguntar, ¿ha pensado lo que supondría para un joven como él mostrarse en público acompañado por una institutriz?

Cavendish padre agitó la mano en el aire.

—No me importa lo más mínimo cómo se sienta, solo que cumpla mis órdenes.

—Puedo entender que quiera que lo acompañe a las comidas familiares, aunque me parezca del todo inapropiado, pero al menos no será tan humillante para él como hacerlo en eventos sociales o reuniones públicas. En esos casos creo que mi presencia estaría del todo fuera de lugar y...

—Parece que no lo ha entendido, señorita Gray. —El hombre volvió a sentarse tras su escritorio y a ponerse sus diminutas gafas redondas—. No hay ninguna posibilidad de que cambie mis condiciones. Puede aceptarlas o marcharse de mi casa en este mismo instante, como le dije ayer. Usted decide.

Estaba claro que aquel hombre no atendía a razones, había tomado su decisión y esta era inapelable. Pero Lenore no podía ceder en este asunto, ya no por Francis, sino porque ella misma no podía asistir a ninguno de los eventos sociales que se organizaran en aquella mansión, como tampoco a los que tuvieran lugar en los alrededores de esta. Era un riesgo demasiado grande que no pensaba correr. No, Lenore debía conseguir que Cavendish padre la liberara de aquello para poder mantenerse al margen de la sociedad.

—Si me permite usted una última observación —empezó a decir ella mientras se acercaba al escritorio repleto de papeles—, he tenido la oportunidad de hablar con su hijo menor y creo que su educación es exquisita.

—No es para menos, teniendo en cuenta lo que me cuesta el internado de Londres.

El hombre ni siquiera levantó la vista de los papeles de su mesa.

—Entonces, estará usted de acuerdo conmigo en que esta medida es algo desproporcionada. —Ante esta afirmación, él alzó la cabeza y miró a Lenore por encima de sus gafas—. No digo que no sea necesaria, pero puede que solo al inicio, hasta que su hijo aprenda las normas sociales, que a mi entender será muy pronto.

—¿Insinúa que no conozco a mi propio hijo?

—No, de ninguna manera.

—¿Está diciendo entonces que no sé cómo educarlo?

—Tampoco quería decir tal cosa, solo que...

—Escúcheme bien, señorita, tengo muy claro que mi hijo no sabe comportarse como un adulto. —Cavendish padre se puso en pie y apoyó las manos sobre la mesa—. Y no consentiré que ninguna jovencita, por muy institutriz que se crea, venga a decirme lo contrario.

—No pretendía...

—Tenga usted claro que si no la he puesto ya de patitas en la calle ha sido por el respeto que le tengo a lady Blackwood. Considero a Augusta una vieja amiga y no querría desairarla despidiendo a la persona que ella misma me recomendó con tanto ahínco. Sin embargo, si mi hijo Francis no se comporta como es debido, si tiene un solo fallo ante la familia o los conocidos, será usted la única responsable de ello. Y ni siquiera la recomendación de lady Blackwood logrará salvarla. ¿Le ha quedado claro?

Lenore asintió con la cabeza, porque en esos momentos habría sido incapaz de pronunciar una sola palabra. Solo cuando Cavendish padre volvió a sentarse, se atrevió a darle la espalda.

Aquel contratiempo daría al traste con su plan. Ni ella ni su tía Augusta habían imaginado que el señor Cavendish la obligaría a asistir a los eventos sociales, que en verano solían ser muy variados debido al buen tiempo: paseos, excursiones, comidas al aire libre,

bailes... No podía permitirse arriesgarse de esa manera.

Cuando su mano tocó el picaporte de la puerta, decidió que debía hacer algo. Si dejaba las cosas tal y como estaban, su estancia en aquella casa no duraría más de un mes. Alguien la reconocería y todo habría terminado. Y entonces...

No, no podía permitirlo.

Soltó el picaporte y se volvió de nuevo hacia Cavendish padre. Al ver que él no le prestaba la más mínima atención, dio un paso al frente y enderezó la espalda. Tenía una última baza que jugar antes de ceder a la condición impuesta por aquel hombre.

—Y si... —se aventuró a decir en un intento por seguir manteniendo su plan intacto—. Y si su hijo demuestra estar a la altura de sus expectativas, ¿sería entonces posible que mis obligaciones volvieran a limitarse a la educación de sus nietos?

El hombre alzó la cabeza y la miró un buen rato antes de responder.

—Creí que como institutriz no le interesaban en absoluto unos niños de tan corta edad.

—Permítame decirle que, después de ver lo inadecuado de su comportamiento, siento que no me puedo mantener al margen —mintió Lenore, alzando su barbilla para dar más crédito a sus palabras.

El señor Cavendish se quitó las gafas y pasó una mano por su rostro. Aquel hombre que parecía ser frío y duro como una roca también tendría momentos de debilidad. Y, con suerte, este podría ser uno de ellos.

—Está bien —dijo al fin—. Si consigue que mi hijo se comporte como un Cavendish en todo momento, la liberaré de la carga de tener que acompañarlo.

Lenore estuvo a punto de decir que no consideraba una carga

acompañar a un muchacho tan agradable, pero eso habría supuesto tener que ofrecer unas explicaciones que no estaba dispuesta dar.

—Se lo agradezco enormemente.

—No obstante, si así fuera, su cometido pasaría a ser lograr mantener a raya a mis nietos. Y, en eso, sí que debo desearle buena suerte.

A Lenore no le afectó lo más mínimo el sarcasmo de aquel hombre. Al contrario, tuvo la sensación de haber ganado la partida. Y eso la colmó de un placer indescriptible.

Sin embargo, se tragó la sonrisa que pugnaba por dibujarse en su rostro e inclinó la cabeza como señal de que aceptaba aquel nuevo trato. Se despidió del señor Cavendish con la seguridad de que su tía estaría orgullosa de ella y salió de la habitación.

Sus pasos la llevaron de vuelta al jardín. Necesitaba respirar aire puro después del mal trago que acababa de pasar. Además, también había dejado allí sus pinturas, y no quería que nadie la acusara de ser desordenada.

Lo que no imaginó era encontrar todavía allí al señorito Francis.

—¡Por fin ha regresado! —Se acercó a ella en un par de zancadas —. ¿Qué le ha dicho mi padre?

—No ha sido una conversación fácil —empezó a decir ella, acercándose a su caballete—. El señor Cavendish no es hombre que dé su brazo a torcer así como así.

—Se ha negado. —El muchacho se dio la vuelta y fue hasta el banco de piedra, donde dejó caer su cuerpo como si fuese un saco de harina—. Lo sabía. Jamás me permitirá participar de su misma vida social. Él... me odia.

Algo se rompió en el pecho de Lenore.

—No lo odia. Ningún padre odia a sus hijos. —El muchacho mantuvo la vista en el suelo mientras Lenore se sentaba a su lado,

buscando las palabras adecuadas—. Es solo que... a veces toman decisiones erróneas creyendo que hacen lo mejor para ellos. Pero en ningún caso pretenden hacerles daño.

El señorito Francis levantó la vista y a Lenore le pareció ver sus ojos vidriosos.

—¿De verdad lo cree?

Su tía le había repetido esas mismas palabras tantas veces, y ella había deseado con tanta fuerza creerlas, que ya le era imposible no hacerlo. Así que se limitó a asentir con la cabeza mientras miraba al muchacho a los ojos.

Cuando él desvió la vista, lanzó un suspiro y sus hombros parecieron descender de golpe.

—De todos modos, debe saber que su padre no se ha negado por completo a nuestra petición. —Francis alzó la cabeza con interés—. Sin embargo, ha puesto una condición que, a pesar de parecerme totalmente injusta, le permitiría asistir a todos los eventos que se realicen en esta casa y fuera de ella.

El muchacho abrió los ojos y se levantó como si acabara de morderlo una serpiente.

—¿Dice que mi padre ha aceptado que asista a las comidas familiares? —Lenore asintió—. ¡No me lo puedo creer!

—Y a todas las reuniones y bailes que se organicen.

—Bueno, aquí no se celebran ese tipo de eventos. —Lenore levantó las cejas ante tal afirmación—. Y mi familia no suele asistir a los que organizan otros. Pero... podré comer con mis hermanos como un... como un adulto más.

El señorito Francis lanzó una risa sonora que hizo elevar las comisuras de los labios de Lenore. Por ese motivo le dolió todavía más tener que recordar la condición que aquel hombre imponía a su hijo.

—Sin embargo, como ya le he dicho, su padre ha impuesto un requisito que, estoy convencida, no le agradará en absoluto.

La sonrisa del muchacho desapareció de golpe de su rostro. Parecía ser muy consciente de lo que su padre era capaz.

—He deseado poder participar de las comidas familiares desde hace años. La exclusión de estas me ha dolido desde el día que solicité permiso a mi padre para compartir la mesa con ellos y él me la negó sin mirarme a la cara siquiera. Créame cuando le digo que no importa la condición que mi padre haya impuesto, la cumpliré de buen agrado si ello me permite ser aceptado por fin en la mesa de mi familia.

A Lenore le conmovieron profundamente las palabras de aquel joven que solo deseaba la consideración de su padre y sentirse arropado por su familia. Y, por un momento, se sintió más cerca de él que de ninguna otra persona que hubiera conocido jamás.

—Espero que su deseo por ser aceptado a la mesa sea lo suficientemente grande como dice, porque asumir la condición que ha impuesto su padre puede resultar humillante. Así que aférrese a ese deseo y téngalo presente en todo momento. Solo así podrá conseguir que él llegue a verlo como a un igual.

La mirada interrogante que el señorito Francis le dirigió a Lenore lo hizo parecer mucho mayor de lo que en realidad era.

Capítulo 7

—No moverse de forma brusca, no iniciar una conversación, responder de manera breve para no acaparar la conversación, evitar mirar a alguien fijamente... —enumeró Francis de manera reiterativa, gesticulando mucho con sus brazos—. Son demasiadas apreciaciones para recordar.

—Lo sé. Y eso que solo le he dicho lo mínimo para pasar inadvertido, que es de lo que se trata en esta cena.

Lenore había pasado la tarde con el muchacho repasando cada una de las normas sociales. Francis había demostrado ser un chico muy maduro en algunas cosas y bastante infantil en otras. Tenía grandes conocimientos de historia, geografía o matemáticas y, sin embargo, cuando se relacionaba con otros adultos parecía querer llamar la atención, como si tuviera una sed de cariño que nadie lograba saciar.

—Pero usted estará a mi lado, ¿no es cierto?

—Lo estaré, es el requisito impuesto por su padre, como le dije.

Había pensado que el orgullo de aquel jovencito se vería herido por la afrenta de su padre al obligarlo a que una institutriz lo acompañase durante todo el día. No obstante, para su sorpresa,

había sucedido lo contrario: Francis agradecía mucho su presencia y se aferraba a ella como un náufrago a una tabla de madera.

—Podríamos establecer algún tipo de señal para que pueda indicarme si estoy cometiendo alguna incorrección sin necesidad de decírmelo.

—Gran idea —convino Lenore, colocándose la horquilla del moño una vez más.

Era muy lógico que Francis no quisiera quedar en evidencia, aunque a la cena solo fuesen a acudir su padre, sus hermanos y su cuñado.

—Podría... rascarse la cabeza —propuso él con gran entusiasmo.

—Sería de mala educación hacer eso en la mesa.

El muchacho bajó la mirada y guardó silencio.

—Entonces... ¿tocar los cubiertos?

—Los tocaré varias veces a lo largo de la cena. No sabría si estoy intentando decirle algo o simplemente haciendo uso de ellos. —Él meneó la cabeza con evidente disgusto—. La oreja.

—¿La oreja?

—Me tocaré el lóbulo de la oreja. Es sutil y no llamará la atención. Cuando vea la señal, deje de hacer lo que quiera que esté haciendo, ya sea comer, moverse o hablar. Eso sí, no debe hacerlo de forma abrupta, llamaría demasiado la atención.

—El lóbulo de la oreja, estupendo. —El señorito Francis se acercó a la puerta, pero se detuvo de forma brusca—. ¿De qué oreja? Si se sienta a mi derecha, no podré ver su oreja izquierda. Y si lo hace al otro lado...

—Tranquilo, me aseguraré de que pueda verlo.

El chico asintió y se puso en camino de nuevo. Una sonrisa se dibujó en los labios de Lenore sin poder evitarlo. Jamás había visto a nadie tan nervioso por asistir a una cena familiar.

Salieron de la habitación de estudio donde habían pasado la tarde y cruzaron el pasillo en dirección a la planta baja. Al descender las escaleras, el señorito Francis se detuvo y se volvió hacia ella.

—No debemos retrasarnos, ya conoce a mi padre.

—Llegaremos a tiempo.

—No si se sigue retrasando.

Lenore suspiró y se preguntó dónde diantres había pasado ese chico los últimos diez años de su vida.

—Camino detrás de usted porque no podemos hacerlo juntos. Recuerde, señorito Francis, que yo estoy por debajo de usted en la escala social. Que su padre me haya... permitido acompañarlo no es porque me considere una igual, sino porque quiere asegurarse de que se comporta como es debido.

No le dijo que también pensaba que su padre pretendía humillarlo y demostrarle que seguía siendo un niño, porque aquello habría sido bochornoso para el pobre muchacho. Tampoco que estaba segura de que ese hombre pretendía darle a ella una lección demostrándole que conocía a su hijo y que sabía perfectamente que seguía siendo un niño.

Pero por más que Lenore miraba al muchacho, no veía en él más que a un joven educado y agradable al que no se le había permitido participar de los placeres de la vida en sociedad, lo que le había impedido madurar en ese sentido.

—No tenga miedo. Haga lo que le he dicho y todo saldrá bien —añadió con intención de infundirle ánimos.

Escuchó un sonoro suspiro proveniente del muchacho justo antes de acceder al comedor, donde solo se hallaba el marido de la hermana, el señor Ashford.

La suntuosa mesa central estaba adornada con un par de candelabros dorados que destacaban entre la impecable vajilla. Un

centro de flores a cada lado terminaba de ofrecer una imagen espectacular. El olor a fruta y a lavanda la hizo estremecer y, por un instante, Lenore se sintió en casa.

—Buenas noches —saludó Francis con una inclinación de cabeza.

El señor Ashford respondió con una especie de gruñido, pero ni siquiera se molestó en despegar los ojos del vino que ocupaba su copa.

El muchacho se volvió hacia Lenore y ella le hizo un ademán con la cabeza para que siguiera avanzando. Al ser la primera vez que iban a participar de una comida familiar, ninguno de los dos tenía claro qué sitio les correspondía ocupar en la mesa, por lo que no les quedaba más remedio que esperar a que llegasen el resto de comensales y se sentaran.

Por suerte, no tardaron mucho.

—¡Estás aquí, querido! Te he buscado por todas partes.

La señora Ashford entró al salón haciendo aspavientos con las manos. Era una mujer joven, de tez pálida y demasiado delgada para haber tenido dos hijos.

—Oh, Francis, tú también estás aquí —dijo, volviéndose hacia él cuando vio que su marido la ignoraba por completo—. Espero que padre no se moleste cuando...

—Tengo su permiso, Marguerite, no te preocupes.

Lenore se tocó el lóbulo de la oreja, consciente de que Francis acababa de interrumpir a su hermana, y el muchacho selló su boca y bajó la mirada en cuanto advirtió el gesto de ella.

—¡Maravilloso, maravilloso! —exclamó Marguerite, ignorando el azoramiento del muchacho. Después, dirigió la mirada a Lenore—. Espero que los niños hayan cenado bien. Me preocupa enormemente que el cambio de clima les siente mal. La última vez que estuvimos aquí, contrajeron unas fiebres que por poco les causan la muerte,

¿verdad, querido?

La señora Ashford se volvió hacia su marido, pero este la ignoró de nuevo.

—Claro que entonces era diciembre —continuó sin importarle lo más mínimo el desaire de su esposo—, y el clima era mucho peor que el de ahora. Sin embargo...

La mujer habló del tiempo, de las múltiples enfermedades que habían padecido sus hijos —lo que le hizo pensar a Lenore que era casi un milagro que continuaran con vida— y de lo mucho que echaba de menos su hogar. Ella escuchó con paciencia el monólogo de la señora Ashford hasta que, finalmente, entró Cavendish padre al salón y la hizo enmudecer.

Al momento, el señor Ashford se puso en pie y depositó con disimulo su copa sobre la mesa. Como era de esperar, Cavendish padre se dirigió hacia la cabecera de la mesa y no se molestó en dirigirle la mirada a ella ni una sola vez. Sin embargo, lo que no había imaginado era que tampoco repararía en la presencia de su hijo, actuando como si no fuera más que un fantasma. La sonrisa del señorito Francis se iba diluyendo con cada paso que daba su padre.

Cuando aquel hombre hubo tomado asiento, su hija lo imitó, situándose a su derecha, mientras el señor Ashford se colocaba frente a ella, a la izquierda de su suegro. El señorito Francis interrogó a Lenore con la mirada, pero ella no supo qué decir.

Quedaban tres sillas.

Dos habían sido preparadas para ellos, y la tercera correspondía al primogénito de los Cavendish. Lenore sabía que su lugar estaba en el puesto más alejado de la cabecera de la mesa, por lo que pensó que lo más indicado sería que Francis se sentara junto a su hermana, la cual parecía tener una conversación muy fluida, y no junto al esposo de esta, que sería lo mismo que acomodarse junto a

un jarrón. De esa manera, cuando el hermano mayor de Francis fuese, si es que tenía a bien agraciarlos con su presencia, no le quedaría más remedio que sentarse junto al señor Ashford, frente a Francis.

Una vez tomada la decisión, solo tuvo que hacer un pequeño ademán con la cabeza para que el señorito Francis la comprendiese a la perfección.

—¿Toma usted asiento con nosotros, querida? —La sorpresa en las palabras de la señora Ashford le revelaron que nadie había sido informado de su presencia.

Lenore guardó silencio un instante, dando con ello tiempo por si Cavendish padre tenía a bien explicarles su decisión. Pero no fue así, por lo que no le quedó más remedio que responder:

—Su padre ha decidido que acompañe a su hermano en todos los eventos a los que asista.

Recalcó la palabra *todos* esperando encontrar en la señora Ashford una aliada a la hora de defender los derechos de Francis. Pero se equivocó.

—Me parece una idea extraordinaria. La supervisión de un adulto es algo que nunca debería faltar. —Se volvió hacia su hermano y le sonrió—. No me malinterpretes, Francis, eres todo un hombrecito, pero nunca está de más que alguien vele por ti. Yo no pienso dejar que mis pequeños...

Lenore dejó de escuchar a la señora Ashford y puso toda su atención en que su pupilo no echase a perder, antes incluso de que empezaran a cenar, la oportunidad que su padre le había brindado. Sin embargo, pudo comprobar que el muchacho tenía más entereza de la que había imaginado, y lo vio extender una sonrisa forzada y asentir con la cabeza varias veces.

—¡Alfred! —llamó Cavendish padre al mayordomo, interrumpiendo

la perorata de su hija—. Sírvanos la cena.

—Pero, padre, falta Edmund.

—Llegar tarde es una falta de respeto hacia el resto de la familia, Marguerite, ya deberías saberlo.

La mujer bajó la cabeza y nadie puso más objeciones.

El mayordomo hizo una señal a los criados y estos empezaron a moverse.

—Disculpen el retraso —dijo de pronto el mayor de los Cavendish irrumpiendo en el comedor—. Estaba...

Sin embargo, se detuvo de manera inmediata en cuanto sus ojos se cruzaron con los de Lenore.

—¡Edmund! —El nombre brotó de los labios de Francis con demasiada emoción.

Lenore se volvió hacia el muchacho y se tocó el lóbulo de la oreja, pero este solo tenía ojos para su hermano y no se dio cuenta.

—¿Qué hace ella aquí?

El señor Cavendish dirigió la pregunta a su padre mientras la señalaba con el dedo, pero el hombre guardó silencio al tiempo que tomaba su sopa como si nada.

—He dicho que qué hace esa mujer aquí —repitió, elevando aún más la voz.

—Edmund... —empezó a decir Francis, pero ella lo miró y negó con la cabeza.

Gracias a Dios, esta vez sí que la vio y selló sus labios al tiempo que apretaba los puños.

—No tengo que darte ninguna explicación de lo que hago o dejo de hacer —contestó finalmente Cavendish padre evitando mirar a su hijo—. Y, ahora, puedes unirte y cenar en familia o marcharte y dejarnos comer en paz.

—¿En familia? Esto no es una familia —replicó el señor Cavendish.

Dicho lo cual, dio la espalda a su padre dispuesto a abandonar el comedor.

—Edmund...

El nombre escapó de los labios de Francis como un susurro. Lenore deseó que nadie más que ella lo hubiese escuchado, pero el silencio en aquella habitación era tal que hasta el sigiloso caminar de un gato hubiese llamado la atención.

El señor Cavendish se volvió hacia su hermano menor, lo que borró la crudeza de su semblante. Francis le devolvió la mirada con un brillo de súplica en sus ojos. Finalmente, el primogénito de los Cavendish bajó la mirada y se sentó a la mesa junto a su cuñado, logrando arrancar con ello una sonrisa a su hermano pequeño.

La cena transcurrió en un silencio bastante incómodo, roto de vez en cuando por los monólogos de la señora Ashford, a los cuales su esposo respondió con carraspeos, monosílabos o cualquier otra expresión que no le obligara a tener que formular más de dos palabras seguidas.

A Lenore no le molestó ese silencio, al contrario, lo agradeció sobremanera. Lo que sí le incomodaron fueron las continuas miradas de reprobación que el señor Cavendish no dejó de dirigirle desde el otro lado de la mesa. Aquel hombre era irritante y había estado a punto de echar a perder la primera cena de Francis, pero ella era solo la institutriz, y no podía permitirse el lujo de decirle lo que pensaba de él.

Una vez concluida la cena, Cavendish padre abandonó la mesa sin despedirse siquiera de sus hijos. Los Ashford hicieron lo propio, aduciendo que estaban cansados y que debían asegurarse de que sus pequeños estaban acostados y durmiendo. Aunque, a decir verdad, esto último lo añadió la señora Ashford.

Cuando todos se hubieron marchado, Lenore miró a Francis. Había

llegado la hora de retirarse también. Sin embargo, el muchacho tenía los ojos clavados en su hermano.

—¿Se puede saber qué te pasa, Edmund? —El aludido alzó la cabeza y frunció el ceño—. Es la primera vez que padre me permite asistir a una comida y te comportas como... como un...

A Lenore se le ocurrieron muchos adjetivos con los que podría haber completado esa frase, pero como a Francis no le convenía enemistarse con su hermano —ya tenía suficiente con su padre—, se tocó el lóbulo de la oreja. Sin embargo, su gesto pasó desapercibido para Francis, que continuó hablando:

—Hubiese esperado cualquier cosa de padre. De él sí, pero de ti, Edmund, de ti... Esperaba algo más.

Lenore decidió poner fin a las acusaciones que Francis le hacía a su hermano.

—Será mejor que nos retiremos, señorito Cavendish.

—Sí, será lo mejor.

Ambos se pusieron en pie, dispuestos a marcharse, cuando una voz los detuvo.

—¿De verdad te parece bien que esta mujer te... acompañe como si fueras un niño pequeño? No pienso consentirlo, Francis. Hablaré con padre de nuevo y le diré que la despida inmediatamente, o de lo contrario...

—De lo contrario ¿qué? ¿Qué le vas a decir a padre? —La irritación de Francis le hizo elevar la voz—. Has pasado los últimos años diciendo que no era justo que padre no me dejara estar con vosotros en la mesa, pero tus palabras no han logrado cambiar nada. En cambio, la señorita Gray ha conseguido que me dejen participar no solo en las comidas, sino en todos los eventos sociales a los que los Cavendish sean invitados.

—¿Es eso cierto?

—La única condición de padre es que ella me acompañe. —El señor Cavendish abrió la boca, pero Francis lo detuvo alzando la mano—. Y te pediría que no pusieses objeciones a ello. Temo que lo único que consigas sea hacer enfadar a padre, y no quiero correr ese riesgo cuando por fin he logrado alcanzar lo que deseaba.

—Pero, Francis, no entiendes que asistir a los eventos sociales acompañado por una institutriz hará que te vean como...

—No me importa, Edmund. Me da igual lo que piensen de mí en un principio, porque el respeto se gana con el trato. Pero si no alternan conmigo, no tendré esa oportunidad.

Lenore se fijó en cómo cambiaba el semblante del señor Cavendish ante las palabras de su hermano menor, lo que le produjo una enorme satisfacción. Francis le había dado una buena lección, y ahora solo esperaba recibir las disculpas correspondientes. Sin embargo, su semblante permaneció impertérrito, y solo dos palabras salieron de la boca del primogénito de los Cavendish antes de que abandonara el comedor.

—Buenas noches, Francis.

Sin duda, había personas a las que el orgullo dominaba como un tirano.

Capítulo 8

La mañana había amanecido soleada y Lenore había decidido salir a dar un paseo. Al ver el sombrero de copa sobre el busto de la entrada, supo que el mayor de los Cavendish estaba en la casa y decidió darse prisa para no cruzarse con él. Hasta ahora había sido un buen día y no quería echarlo a perder.

Por ello, después de repasar algunas lecciones con su pupilo, que más le parecieron un intercambio de opiniones que clases en sí mismas, abandonó la casa y se adentró en los jardines.

Durante su paseo estuvo pensando en el muchacho. Francis era un chico culto que había sido educado en uno de los mejores colegios de Londres. Un colegio rígido y severo donde las normas jamás debían ser quebrantadas. Él mismo le había reconocido que odiaba estudiar allí, pero que llevaba tanto tiempo haciéndolo que no conocía otra cosa.

A Lenore le sorprendió que, a pesar de haber sido criado en un ambiente tan estricto, fuese un chico tan agradable. Hablaba con cariño de su hermano Edmund, al que no dejó de disculpar por la cena del día anterior desde que empezaron a conversar. También tenía buenas palabras para su hermana, a pesar de que la

consideraba muy habladora, algo que Lenore no se molestó en negar. Incluso llegó a defender a su padre diciendo que lo había enviado a Londres porque quería la mejor educación para él. Lenore decidió no llevarle la contraria, pues no quería añadir más dolor a un corazón tan sensible como el que parecía ser el de ese muchacho.

En aquel momento de paz que se había tomado tras las clases, se dedicó a recorrer el inmenso laberinto que suponían los jardines traseros de la enorme mansión.

Después de caminar durante un buen rato, se había dado cuenta de que los altos setos que conformaban las paredes de ese laberinto floral encerraban a su vez pequeños jardines que suponían tesoros en sí mismos.

Se había detenido a descansar en un banco situado en uno de ellos, rodeada del perfume de las malvarrosas y de la exuberancia de las dedaleras. Sin embargo, estaba a punto de regresar a su habitación para descansar cuando al girar para dejar atrás uno de los altos setos se tropezó con el primogénito de los Cavendish.

—Disculpe —dijo ella, a pesar de que el error había sido claramente de él, por caminar mirando al suelo.

—Está aquí... —fue lo único que expresó él.

—¿Me buscaba?

—No. Bueno, sí —carraspeó, echando los hombros hacia atrás y poniendo las manos a la espalda.

Lenore alzó una ceja y lo miró en silencio, esperando a que se aclarara de una vez.

—¿Está Francis con usted? —preguntó finalmente.

—No. Terminamos las clases hace un rato.

Lenore se hizo a un lado dispuesta a continuar su camino, pero el señor Cavendish dio un paso lateral y le cortó el paso. Ella alzó la mirada.

—¿Necesita algo más de mí? —No era un ofrecimiento, sino más bien una acusación.

—Solo... quería decirle...

—¡Tío Edmund!

El niño salió de la nada y se lanzó corriendo hacia su tío para abrazar su pierna, que era lo único que le permitía su altura.

—¿Charlie? ¿Charlie, dónde estás? —Se escuchó la voz angustiada de la señora Ashford, que apareció corriendo y con el rostro sudoroso—. Oh, por fin te encuentro, diablillo. Ah, Edmund, eres tú. Señorita...

—Gray —apuntó el señor Cavendish.

Lenore se volvió hacia él; ignoraba que supiera su nombre. Pero el hermano mayor de Francis no apartó la vista de su sobrino, al que intentaba separar de su pierna con poco éxito.

—Gray, por supuesto, discúlpeme. —Lenore le dirigió una sonrisa acompañada de una inclinación de cabeza y la mujer le correspondió con el mismo gesto—. Edmund siempre ha tenido buena memoria, por eso se hizo abogado. Cómo, si no, iba a recordar todas esas incontables leyes que rigen nuestro país, ¿verdad?

—Ignoraba que su hermano ejerciera una profesión, señora Ashford —dijo Lenore con tono de sorpresa, tratando de infundir al hombre una dosis de humildad.

Si ejercía una profesión, entonces no eran tan distintos. Pero el rostro del señor Cavendish no dejó traslucir vergüenza alguna, y la señora Ashford respondió sin darle más importancia.

—Oh, Edmund es un caballero demasiado inquieto para vivir entre cuatro paredes sin hacer otra cosa que admirar el reloj para ver cómo transcurre el tiempo. —Se acercó a su hermano y cogió al pequeño Charlie en brazos—. A él siempre le ha gustado luchar por las causas imposibles e imponer justicia donde no la hay. Ah, no

sabe la de quebraderos de cabeza que le ha dado a mi padre. Una vez...

—No creo que a la señorita Gray le interese conocer mi vida —intervino el aludido dando un paso al frente, sin más expresión en el rostro que una mezcla entre irritación e indiferencia.

Sí, sin duda haría buena carrera en los tribunales. A Lenore no le costaba imaginarlo en el estrado fulminando con su implacable mirada a culpables e inocentes.

—Vamos a jugar, tío Edmund —suplicó el pequeño Charlie, extendiendo una mano hacia el señor Cavendish.

—Otro día. Lo prometo —respondió él, y el niño escondió el rostro en el hombro de su madre como respuesta a la negativa.

—Hay que ver lo serio que estás esta mañana, Edmund. No te reconozco. —La señora Ashford abrazó a su hijo, apretándolo contra su pecho—. ¿He dicho algo que te haya molestado? ¿Lo ha hecho acaso Charlie?

—Dudo que haya podido molestar al señor Cavendish —apostilló Lenore sin poder evitarlo—. Hasta donde yo sé, los abogados carecen de sentimientos.

La risa cantarina de la señora Ashford resonó más allá del pequeño jardín que los rodeaba, pero los labios de su hermano se transformaron en una fina línea mientras la miraba fijamente. Lenore fingió no darse cuenta.

—Tiene usted razón. Pero Edmund no fue siempre así, ¿verdad, querido hermano? Hubo un tiempo en que fue un joven muy divertido. Recuerdo un día que padre...

—Marguerite, como te he dicho antes, no creo que...

—Por favor, continúe —dijo Lenore escondiendo una sonrisa.

—¿Has visto, Edmund? La señorita Gray tiene verdadero interés —se regocijó la hermana—. Como le iba diciendo, mi padre nos

prohibió ir a las caballerizas, pero Edmund me convenció para desobedecer. —Lenore volvió la vista hacia el señor Cavendish para dirigirle una mirada de reproche, pero él tenía los ojos clavados en algún punto lejano más allá de ellas dos—. Cuando llegamos y vimos el caballo de mi padre, a Edmund no se le ocurrió otra cosa que...

—Marguerite, no... —El aludido resopló justo antes de dar media vuelta y alejarse de ellas negando con la cabeza.

—Pero ¿qué le sucede a mi hermano esta mañana? Se comporta de una manera... de lo más extraña.

—Será el tiempo, señora Ashford —comentó Lenore de manera distraída mientras sus ojos seguían clavados en la espalda del hermano mayor.

—¿El tiempo? —La mujer alzó la mirada al cielo como si lo estuviera inspeccionando—. ¿Usted cree que lloverá? Espero que no, por nuestro bien.

El pequeño Charlie dejó escapar una leve tos que, instantáneamente, agitó a su madre.

—Oh, no, ahora no, hijo mío —se lamentó mientras le daba unos suaves golpes en la espalda al niño—. No me gustaría nada tener que renunciar al pícnic de esta tarde.

—¿Pícnic? ¿Qué pícnic?

—¿Nadie se lo ha dicho, querida? Como la vi hablando con mi querido hermano, supuse que él se lo había contado. —Lenore negó con la cabeza, para nada sorprendida—. Esta mañana lo escuché conversando con mi padre sobre ello. Y parece que ha logrado convencerlo, porque vino a buscar a los niños para darles la noticia. Sabe lo mucho que les gusta jugar en el campo. Pero si usted cree que el tiempo podría cambiar, quizá deberíamos quedarnos en casa. Al menos mis hijos. No quiero que se enfermen, usted ya me entiende, los niños son muy delicados.

—Yo quiero ir a jugar con el tío Edmund —protestó el pequeño Charlie.

—No creo que llueva, señora Ashford.

Lenore lamentó haber hecho ese comentario sobre el tiempo. Lo había hecho por educación, pero debería haber imaginado que la señora Ashford se lo tomaría en serio.

—¿Está segura? Si tiene cualquier duda, no iremos. No me importa que el pobre Edmund se haya esforzado tanto para convencer a nuestro padre.

—Bueno, tampoco creo que le haya supuesto tanto esfuerzo. Al fin y al cabo, no es más que un pícnic.

—Oh, querida, cómo se nota que no ha vivido usted nunca en Rosegate Manor. —La señora Ashford bajó de sus brazos al pequeño Charlie, que ya empezaba a removerse—. Desde que mi madre falleció, que en paz descanse, en esta casa no se ha organizado absolutamente nada. Ni salidas al campo, ni visitas sociales, ni invitaciones a amigos o familiares ni mucho menos bailes. Como comprenderá, un pícnic es todo un acontecimiento para nosotros.

Lenore no pudo evitar preguntarse cómo se podía sobrevivir todo un invierno en una mansión tan grande sin gozar siquiera de visitas.

—Y, si me permite preguntar, ¿hace poco que perdieron a su madre?

Charlie tiró de la falda de la señora Ashford y esta le dirigió una mirada de reprobación, a lo que el niño respondió con un gruñido y salió corriendo.

—No, querida. Mi madre falleció hace años, durante el parto de Francis. Y ahora, si me disculpa...

Lenore vio cómo la mujer salía a toda prisa tras su hijo, que ya se había perdido entre los altos setos que rodeaban el pequeño jardín. Mientras la veía alejarse, pensó en lo difícil que debía haber sido la

vida para ellos. Crecer sin una madre era una de las peores cosas que podían sucederte en la vida. Ella lo sabía bien.

Mientras caminaba, intentó comprender al padre de los Cavendish, que había enviado a su hijo a estudiar fuera en vez de retenerlo a su lado y aferrarse a él para llenar el hueco que había dejado su esposa al marchar.

A menos que no hubiese hueco que llenar, claro. Lenore conocía demasiados matrimonios concertados donde marido y mujer apenas se toleraban. Sin duda, la falta de uno de ellos no conllevaría pena alguna para el otro, tan solo, quizá, hastío por tener que hacerse cargo del hijo pequeño. Tal vez por ello Cavendish padre, en el momento en que tuvo oportunidad, envió al señorito Francis a un internado, para deshacerse de la obligación de cuidarlo.

Lenore sintió lástima por ese hombre amargado que había hecho de su casa una prisión, pero más aún por su hijo menor, al que jamás había querido.

Si en algún momento dudó si seguir o no adelante con su plan, fue en este instante en el que se disiparon sus dudas. Liberaría al señorito Francis de las cadenas que su padre le había impuesto, porque ella creía firmemente que nadie debía obligar a otro a cumplir su voluntad. No, todo ser humano debería poder tomar sus propias decisiones. Fuese hombre o mujer.

Y lucharía hasta su último aliento por demostrarlo.

Capítulo 9

Lo único que Lenore lamentaba de asistir a aquel pícnic era tener que ver al hermano mayor de Francis. No podía evitar que ese hombre le alterase el espíritu. El hecho de que siempre le estuviera lanzando miradas furtivas con ese rostro tan serio se le hacía sumamente tedioso. Por suerte, se habían acercado unos vecinos para compartir con ellos la merienda campestre, lo que hacía que el grupo fuese lo bastante numeroso como para no tener que cruzar una sola palabra con él sin parecer descortés. Sin embargo, no podía evitar mirarlo, por más que lo intentara. Resultaba increíble que se hubiera traído a una excursión campestre ese ridículo sombrero de copa del que parecía no desprenderse jamás.

Agradeció que la señora Ashford le hubiese pedido que estuviera pendiente de los niños, alegando que «el campo albergaba grandes peligros para ellos». Lenore no compartía esa opinión, al contrario, ella era amante de la naturaleza y sabía que aquel paseo les haría muy bien a los pequeños. Sin embargo, la excusa de vigilarlos le había venido como anillo al dedo, pues le permitía mantenerse algo rezagada del grupo, aunque lo bastante cerca como para escuchar la conversación que mantenían sus miembros.

—Me alegro tanto de que lograra convencer a su padre, Edmund —dijo la señora Moore, una mujer con aspecto maternal y mirada melancólica que parecía haber sido muy amiga de la difunta señora Cavendish—. Aunque me hubiese gustado mucho gozar de su compañía en un día tan espléndido.

—Ya sabe que mi padre no es aficionado a salir al campo.

—Bueno, desde que su esposa murió, su padre ha cambiado mucho. Puede que usted no lo recuerde, pero era un hombre muy alegre que disfrutaba con la caza, la pesca y cualquier otro entretenimiento campestre.

A Lenore le costó aceptar que la señora Moore estuviera diciendo la verdad y supuso que exageraba, como hacen quienes recuerdan el pasado como un tiempo mejor de lo que fue.

—Como bien afirma usted, no tengo recuerdo alguno del hombre que describe.

El pequeño Charlie echó a correr y a Lenore no le quedó más remedio que ir tras él, pasando demasiado cerca del señor Cavendish.

—Oh, ¿es esa la institutriz que ha contratado su padre, Edmund? —preguntó la señora Moore. Pero no dio tiempo a responder al aludido, pues añadió—: Parece una mujer competente.

A Lenore le hubiese gustado escuchar la respuesta del señor Cavendish, pero cuando la pequeña Mary se unió a la carrera de su hermano, tuvo que acelerar el paso y alejarse de ellos.

Más tarde consiguió detenerlos, gracias a la ayuda de Francis, que amenazó a ambos con comerse su postre si no le hacían caso a Lenore.

—Gracias —musitó ella cuando hubieron regresado al lugar de la merienda—. Si no hubiese sido por usted, todavía estaría persiguiendo a esos dos diablillos.

—No tiene mérito, les encanta el dulce. Si alguna vez desea conseguir algo de ellos, prométales un pastelito de chocolate. Verá cómo se transforman.

Lenore dirigió una sonrisa a Francis, y este se la devolvió. Cuando llevó la vista al frente, los ojos del señor Cavendish estaban clavados en ella con esa expresión indescifrable. Desvió la mirada y ayudó a la señora Ashford a extender la manta y a disponer las viandas para la merienda: algo de queso, nueces, almendras, limonada y un bizcocho de vainilla, que fue la delicia de los niños.

—¿Y cuánto tiempo dice que lleva usted ejerciendo de institutriz? —preguntó la señora Moore a Lenore cuando todos se sentaron sobre la manta.

No necesitaba tiempo para recordar los detalles de la historia inventada por su tía y ella misma, pero se detuvo unos instantes mientras acariciaba el tejido: lana merina, bordes rematados a mano y colores ricos que no desmerecían junto al brillo de la vajilla de plata. Incluso en algo tan sencillo como un pícnic, los Cavendish encontraban la forma de recordar al mundo su posición.

—No más de dos años —respondió finalmente.

—Pero aportó unas referencias excelentes —apuntó la señora Ashford—. De otro modo, mi padre no la habría contratado.

Lenore miró de reojo a Francis, que permanecía con la cabeza baja y los puños cerrados.

—Por supuesto, por supuesto. No pongo en duda el criterio del señor Cavendish. Solo que los niños son tan pequeños que...

—Oh, no, la señorita Gray no es la institutriz de Charlie y Mary. —La señora Ashford rio ante la ocurrencia de la señora Moore—. Mis pequeños no precisan de sus conocimientos todavía, son tan solo unos... ¡No os alejéis demasiado, niños!

—¿Y entonces? —La mujer parecía confundida.

—Mi padre ha tenido la extraordinaria idea de contratar a la... señorita Gray por Francis —intervino el señor Cavendish, dando vueltas en las manos a su sombrero de copa—. Pero todos sabemos que él no precisa de ninguna institutriz. Todos menos mi padre, al parecer.

A Lenore no le pasó inadvertida la mirada que le dirigió el primogénito de los Cavendish.

—Bueno, Bernard tendrá sus razones para hacer lo que hace —insistió la señora Moore—. Todos sabemos que es un hombre razonable y de gran criterio.

—¿Sabe?, a veces pienso que no hablamos del mismo hombre.

La señora Moore se quedó mirando al señor Cavendish con la boca abierta, pero este se levantó y se alejó un par de pasos del grupo.

—Marguerite, ¿acaso he dicho algo inapropiado?

La mujer se dirigió a la señora Ashford y esta se giró para mirar una última vez a sus hijos antes de responder:

—No haga caso a Edmund, querida, últimamente está muy irascible. Debe ser que echa de menos el bullicio de Londres y los entretenimientos que esa ciudad ofrece.

—O..., tal vez, eche de menos a alguna dama.

La señora Ashford miró a su hermano con un renovado interés.

—¿Usted cree, señora Moore?

—Solo hay dos motivos para que un hombre esté de mal humor continuamente, Marguerite. O bien la comida no es de su agrado, o bien le pesa la ausencia de la mujer a la que ama.

Por primera vez desde que se sentaron a merendar, el señor Moore intervino en la conversación con tono jocoso.

—Eso es mucho decir, amada esposa. Hay una gran cantidad de razones que ponen de mal humor a los hombres.

—Ah, ¿sí? Dígame una.

El señor Moore se quedó un buen rato pensando, tiempo que aprovechó para tomar un trozo de queso y beber un sorbo de limonada.

—Por ejemplo —dijo al fin—, tener que responder a las incesantes preguntas de su esposa.

Todos comenzaron a reír ante la ocurrencia de aquel hombre. Incluso al señor Ashford, siempre de rostro inexpresivo, se le dibujó una sonrisa en los labios.

—En cualquier caso —continuó la señora Moore—, Edmund no tiene esposa, lo cual nos deja con la curiosidad de saber si hay alguna mujer en Londres que haya conquistado su corazón.

Lenore miró al señor Cavendish, que se encontraba apoyado sobre un tronco, bajo la sombra de un árbol situado a un tiro de piedra del grupo. Estaba segura de que desde allí podía escucharlos con claridad, puesto que el trino de los pájaros era el único sonido que rompía el silencio de aquel lugar. Sin embargo, el rostro de aquel hombre no se inmutó ante las palabras de la señora Moore. Al contrario, se mantuvo con una expresión concentrada y con la mirada fija en sus sobrinos, que correteaban de un lado a otro.

—¿..., señorita Gray?

Al escuchar su nombre se volvió hacia el grupo y descubrió que todos tenían la mirada fija en ella.

—Disculpe, ¿me decía?

—La señora Moore le preguntaba de dónde es usted, querida. —La hermana de Francis se giró de nuevo para echar un vistazo a sus hijos y arrugó el entrecejo al verlos un poco más lejos que antes.

—Es que su rostro me resulta familiar, como si nos hubiésemos visto antes... —añadió la mujer, retocando su peinado al ver que algunos de sus cabellos grises se le habían soltado con la suave brisa de la tarde.

Lenore se quedó congelada en el sitio. Guardó silencio y tragó saliva un par de veces antes de abrir la boca, pero por suerte no tuvo tiempo de decir nada.

—¡Señor Ashford, señor Ashford! —gritó Marguerite, poniéndose en pie de manera atropellada—. Los niños se han alejado demasiado, casi no puedo verlos. ¿Es que no piensas hacer nada al respecto?

El hombre volvió la cabeza hacia donde se encontraban sus hijos y los vio persiguiendo una mariposa. Se volvió hacia su esposa y se encogió de hombros.

—¡No puedo creerlo! Mis hijos, frágiles e indefensos, expuestos a la ira de cualquier bestia del campo... ¡Me tiemblan las piernas!

La señora Ashford se llevó una mano a la frente y miró a su marido de soslayo, pero este se limitó a coger otro trozo de bizcocho.

—No les pasará nada —aseguró la señora Moore en tono conciliador—, esta es una zona segura, apenas hay un pequeño riachuelo más allá.

—¡Un río! No puede ser, mis niños ahogados mientras su padre descansaba felizmente en una merienda campestre y...

Lenore vio la oportunidad de rehuir la respuesta a la pregunta que la señora Moore le había hecho, así que se puso en pie.

—Tranquila, señora Ashford, iré con ellos y me aseguraré de que no les suceda nada malo.

—Oh, querida, sus palabras son un bálsamo para mis nervios. No sabe cuánto se lo agradezco.

—Vamos, vamos, tome asiento y beba un poco de limonada. —La señora Moore ayudó a Marguerite a recostarse sobre la manta que habían extendido en el suelo, y esta obedeció sin oponer resistencia.

Lenore estaba a punto de marcharse cuando el señorito Francis la

detuvo.

—¿Quiere que la acompañe?

—No estaría bien visto que nos alejásemos juntos del grupo.

Las mejillas del muchacho parecieron enrojecer mientras bajaba la mirada al suelo, lo que a Lenore le despertó ternura. Sabía bien que otros chicos de su edad conocían de sobra las normas sociales e incluso habrían cortejado ya a alguna que otra dama, pero Francis no había gozado de bailes ni de eventos sociales en casa, por lo que su conocimiento de las mujeres se limitaba a su niñera o a su institutriz.

—Quédese con ellos —añadió Lenore con una sonrisa—, escuche y aprenda. Pero procure no intervenir demasiado. Aunque su padre no esté aquí presente, para los oídos curiosos no existe la distancia.

Lenore se puso en camino y no tardó mucho en llegar hasta donde se encontraban los pequeños. Tal y como había dicho la señora Moore, un estrecho río cruzaba por delante de ellos. Sus aguas cristalinas permitían ver las piedras que la corriente acariciaba a su paso.

—Charlie —lo llamó Lenore cuando vio que el niño estaba a punto de introducir el pie en el agua.

—¡Quiero bañarme! —protestó el pequeño.

—Yo también —afirmó Mary recogiéndose la falda de su vestido.

—Lo siento, pero no será posible. —Lenore dio un paso al frente con el rostro muy serio—. Hemos venido a un pícnic, no a un baño. Además, para mojarse necesitarían traje de baño y, que yo sepa, ninguno de los dos lo lleva.

Los niños se miraron el uno al otro antes de volverse de nuevo hacia el riachuelo. Lenore se dio cuenta de que su argumento no era suficiente para ellos.

—Solo los niños pequeños se bañarían sin su traje, y ustedes son

ya unos jovencitos. No desearán que los traten como a críos de pecho, ¿verdad? —Ambos se detuvieron y negaron con la cabeza; Lenore sonrió ante su gesto—. Muy bien, entonces vengan conmigo y regresemos a tomar otro trozo de bizcocho.

La pequeña Mary no tardó en acercarse a donde estaba Lenore, pero Charlie, en cambio, se quedó mirando las aguas que seguían su curso, despertando un murmullo a su paso.

—¿Te gusta el agua, Charlie? —La voz del señor Cavendish a su espalda la sobresaltó.

El niño asintió con energía y Lenore se volvió hacia el hombre para lanzarle una mirada inquisitiva. Bastante le había costado convencer al niño para que ahora viniese él y tirase por tierra lo que había conseguido.

Pero aquel caballero solo tenía ojos para su sobrino, al que sonreía levemente.

—Lo cierto es que estábamos a punto de marcharnos, ¿verdad, Charlie?

—Bueno, hace un día caluroso, ¿no cree? —Lenore abrió la boca para rebatir su afirmación, pero no tuvo tiempo de hacerlo—. Quizá a alguien le gustaría meter los pies en el agua.

Ambos niños se pusieron a gritar, y Mary no tardó en soltarse de la mano de Lenore. Ella apretó los labios con fuerza mientras alzaba la barbilla.

No tuvo tiempo de mediar palabra antes de que los pequeños se hubiesen descalzado y estuviesen chapoteando en el agua.

—Ven, tío Edmund, ven con nosotros —lo animó Charlie entre risas.

Él se acercó a la orilla y, por un momento, Lenore pensó que también iba a descalzarse. Aquella escena le parecía de lo más inusual. Los niños reían mientras el señor Cavendish los animaba a

saltar y chapotear. Lenore volvió la cabeza en dirección al resto del grupo un par de veces. Si Marguerite viese esa escena, sin duda le daría un ataque.

—No creo que a la señora Ashford le agrade la idea de que sus hijos...

—A mi hermana no le agrada nada que pueda ser mínimamente divertido para los niños, señorita Gray. —Lenore se tensó al escucharlo—. En eso se parece a mi padre.

—Su hermana solo es una madre preocupada que...

Enmudeció cuando el señor Cavendish se giró para mirarla.

—Usted misma lo ha dicho: «preocupada». Demasiado, a mi parecer. —Entonces, él se acercó y se situó frente a ella—. La vida está para vivirla, señorita Gray. Si no, ¿qué sentido tiene?

Ella le sostuvo la mirada durante unos segundos que se le hicieron eternos mientras a su alrededor solo se escuchaba el piar de los pájaros y las risas cantarinas de los niños.

—¡Oh, Dios mío!

El angustioso grito les hizo girar la cabeza. La señora Ashford tenía los ojos muy abiertos y miraba a sus hijos sin pestañear. Su rostro se transformó por completo cuando se volvió hacia Lenore.

—¡Usted! —La traición teñía su voz mientras la señalaba con el dedo—. Me ha asegurado que cuidaría de ellos, que los protegería, y ahora... ahora están ahí, expuestos al frío de las aguas, a las enfermedades, ¡e incluso a la muerte!

—Cálmese, señora Ashford, yo...

—¡No me pida que me calme! No es quién para hacerlo. Su labor se limita a cuidar de niños ajenos que no significan nada para usted. No es madre y no tiene ni idea de lo que eso implica. Y, a juzgar por su actitud, espero que nunca llegue a serlo.

El señor Ashford apareció, sin duda atraído por los gritos de

Marguerite, y cogió a los niños de la mano después de haberles ayudado a calzarse para llevarlos junto a su esposa. Esta dirigió una última mirada airada a Lenore antes de añadir:

—Pediremos que venga un carruaje a buscarnos. Los niños no pueden volver a casa andando tal y como llevan la ropa. Será mejor que entren en calor cuanto antes.

—En calor, por supuesto —murmuró entre dientes el señor Ashford—. ¿Quién no querría entrar en calor en pleno julio?

Lenore los vio alejarse y, tras ellos, emprendió la marcha el señor Cavendish. De sus labios no brotó una disculpa, ni siquiera una palabra en defensa suya. Ese hombre había guardado silencio, permitiendo que toda la culpa recayera sobre sus hombros. Y ella se había limitado a callar, porque era lo que se esperaba de su posición.

Sin embargo, sabía muy bien lo que su tía Augusta le diría en ese momento: «Si esperas a que el mundo te dé permiso para vivir, querida, morirás aguardando».

Y, como siempre, su tía tenía razón.

Capítulo 10

Se había encontrado a Francis a mitad de camino, mientras volvía con el grupo. El muchacho le había contado que habían visto muy alterada a su hermana y que esta había enviado a uno de los criados que los habían acompañado al campo a ir a toda prisa en busca de un carruaje. Todos se habían alarmado mucho al creer que algo les había sucedido a los niños, pero el señor Ashford puso paz aclarando que los pequeños se encontraban bien y que solo estaban tomando algunas medidas como precaución ante posibles adversidades.

—No debió dejarlos entrar en el río, conociendo a mi hermana —comentó Francis con evidente preocupación mientras iban camino de regreso.

La tarde había avanzado y, aunque aún quedaban muchas horas de sol, la merienda se había dado por concluida tras el incidente. El grupo se había visto reducido tras la marcha de los señores Ashford y sus hijos, y ahora no quedaban más que los hermanos Cavendish y los señores Moore. Y Lenore, por supuesto.

—No se lo tome a mal, señorita Gray —continuó Francis—, no es mi intención regañarla. Al contrario, temo que la ira de mi padre pueda afectarla y...

Lenore miró a Francis un momento y dejó escapar el aire.

—No se preocupe, señorito Cavendish, no temo a su padre.

—Pues debería.

Lenore recordó que no importaba que aquel muchacho fuese casi tan alto como su hermano mayor, seguía habiendo un niño en su interior. Sin embargo, no sería ella quien le mostrara que a veces es necesario rebelarse ante la injusticia, que no siempre se puede aceptar la voluntad de los demás, sobre todo si esto implica la infelicidad de uno mismo. No, ella no era la más indicada para educar en esos aspectos de la vida porque, aunque acababa de negarlo, tenía miedo. Sí, lo tenía. Miedo a ser descubierta, a tener que regresar, y miedo a...

—Será mejor que vaya a hablar con los señores Moore, señorito Cavendish. Serán mejor compañía que yo.

—Permítame que lo dude, pero si así lo desea... —El muchacho se volvió, dispuesto a hacer lo que Lenore le había pedido, cuando se detuvo y giró la cabeza—. Francis.

—¿Cómo dice?

—Puede llamarme Francis. Señorito Cavendish suena demasiado... formal.

Agitó la cabeza y no pudo reprimir una sonrisa.

—Hágame caso y vaya con sus vecinos. Y, como le he dicho, fíjese en el comportamiento del señor Moore. Aprendemos observando, no lo olvide..., señorito Cavendish.

El muchacho le regaló una amplia sonrisa, a pesar de que ella hubiera ignorado su petición. Una vez que se hubo alejado, Lenore volvió la vista al frente.

La campiña a su alrededor se vestía de distintos tonos de verde y marrón. La arboleda de su derecha seguía el curso del río, y las montañas que se alzaban a su izquierda parecían custodiar todas

aquellas tierras. Hasta ella llegaba el aroma del campo, de la hierba fresca y de la lavanda que se extendía más allá, salpicando de morado el campo. Era un paraje muy hermoso.

—El legado de los Cavendish. —La sobresaltó el hermano de Francis.

Ella ni siquiera se giró para mirarlo. Sabía lo que encontraría: un hombre altivo, luciendo un sombrero de copa y creyéndose dueño y señor de todo cuanto le rodeaba.

—¿Tiene por costumbre irrumpir en la vida de los demás sin haber sido invitado a ello?

—Algo me dice que usted nunca me invitaría.

—Me alegro de que al menos el instinto no le falle.

El señor Cavendish agitó la cabeza, pero no se alejó de Lenore, sino que continuó caminando a su lado. Ella se volvió y pudo ver a Francis acompañando a los señores Moore, que los seguían varios pasos por detrás. Se alegró de que al menos uno de los Cavendish diese muestras de buena educación.

Cuando volvió a mirar hacia el frente, aguardó unos segundos. Tal vez el señor Cavendish se había acercado a ella con la intención de disculparse por haberla puesto en una situación comprometida con su hermana.

Pero los segundos pasaron y tan solo se escuchaba el crujido de sus botas sobre la tierra. ¿Entonces para qué había iniciado aquella conversación? Reparó en las palabras que había pronunciado. Sí, todo aquel legado haría de él uno de los hombres más ricos de los alrededores.

—¿Cree usted que el dinero lo es todo? —preguntó sin poder evitarlo.

El señor Cavendish alzó las cejas durante un brevísimo instante, pero enseguida recuperó su máscara de indiferente seriedad.

—Bueno, el dinero es importante.

—¿Lo es realmente o somos nosotros los que le damos esa importancia?

—¿Qué diferencia hay?

—Mucha. —Él la miró con el ceño fruncido—. Usted mismo se acerca a mí para pavonearse de lo que un día serán sus posesiones.

—Yo no...

—Creyendo que con eso hará que me sienta en una situación inferior a usted y, por tanto, suponga que debo obedecer a todo cuanto me pida. Y no solo eso, además, pretende que piense que sus opiniones merecen más consideración que las mías porque usted es, simplemente, más rico que yo.

—En ningún momento he...

—Pues permítame decirle que se equivoca. Sí, no ponga esa cara. Está completamente equivocado. Ninguna persona es superior a otra por el mero hecho de poseer más bienes. Porque el dinero no engrandece a su poseedor. Lo que hace grande a un ser humano no es lo que tiene, sino lo que hace con lo que tiene.

El señor Cavendish detuvo sus pasos y se quedó mirándola de una forma muy extraña.

—¿Qué sucede?

—¿Es usted siempre tan elocuente con sus palabras?

Lenore se quedó muy seria, mirando al hermano de Francis durante más tiempo del aconsejado para una señorita, hasta que escuchó la voz de la señora Moore y volvió la cabeza.

—No se sienta culpable, señorita Gray. Todos podemos cometer un error de vez en cuando y no por ello debemos fustigarnos toda la vida. —Lenore volvió la cabeza hacia la señora Moore, que pasaba por su lado en ese momento y depositaba una mano maternal sobre su hombro—. Verá cómo los niños salen adelante. Un poco de agua

no acabará con ellos, son fuertes.

Lenore no respondió, sino que se limitó a clavar la vista en el señor Cavendish. Este desvió la mirada.

—¿Está bien, señorita Gray? —musitó Francis al pasar a su lado.

Ella afirmó con la cabeza para no preocupar al muchacho, pero en su interior sentía que algo estaba a punto de estallar.

Cuando todos se hubieron alejado unos cuantos pasos, ella volvió a mirar al señor Cavendish con acidez.

—¿Ve, señor Cavendish, como el dinero no lo es todo en la vida? —Él levantó las cejas y ella dio un paso al frente—. Tener principios y ser fiel a estos merece mi reconocimiento por encima del dinero y el poder.

—¿Intenta decirme que no los tengo?

Edmund bajó la cabeza para mirarla de frente. Ahora parecía ofendido, por fin.

—No he sido yo la que lo ha dicho, pero ya que lo menciona... Cada uno debería hacerse responsable de sus actos.

—Apenas me encuentro con mis sobrinos dos veces al año. No me culpe por querer verlos felices.

—A veces hay que poner límites a los sentimientos.

El señor Cavendish abrió la boca, pero pareció pensárselo mejor y la cerró de nuevo. Después de un breve silencio, masculló:

—No todos podemos controlar nuestros sentimientos tan bien como usted, señorita Gray.

El rostro de Lenore cambió de color, pero por suerte el señor Cavendish no pudo verlo, porque se giró para darle la espalda y se alejó de ella con paso rápido.

¿Qué había querido decir aquel hombre con lo de controlar sus sentimientos? ¿Qué significaban sus palabras? ¿Acaso había descubierto lo que ella ocultaba?

Su pecho se agitó al acelerarse la respiración. No, no podía haberla descubierto. Había puesto mucho cuidado para que nadie la viera escribir a su tía. Lo mismo que en buscar quien llevase la carta al correo.

Era imposible que el señor Cavendish supiera algo. Y, sin embargo...

—¿Se encuentra bien, señorita Gray? La veo algo pálida.

Un timbre de preocupación se coló en la voz de Francis, que se había quedado rezagado. Parecía tener el don de aparecer siempre que algo la turbaba.

—No es nada, no debe preocuparse.

El muchacho dirigió la vista al frente y frunció el ceño.

—Si mi hermano ha dicho algo que la haya podido molestar, estoy dispuesto a hablar con él y...

—No será necesario, señorito Francis, estoy bien. Es solo algo de cansancio, nada más.

—Para ser la primera merienda campestre a la que asisto, he de decir que ha sido... diferente a lo que me esperaba. —Lenore se volvió hacia él con curiosidad—. No sé, creo que me había imaginado algo distinto. Una conversación amena, un intercambio de anécdotas, alguna que otra confidencia o secreto familiar... Ya sabe, cosas así.

Lenore sonrió ante la ocurrencia de Francis.

—Debo decirle que es algo natural su decepción. Todos tendemos a idealizar aquello que se nos prohíbe hacer, creyendo que es siempre mejor que lo que está a nuestro alcance, cuando, en realidad, la mayoría de las veces no lo es.

—¿Está insinuando que el resto de eventos sociales de los que ahora puedo disfrutar serán similares a lo sucedido esta tarde?

—Espero que no, por mi bien. No creo que su hermana consintiese

en que su padre me mantuviera como institutriz si sus hijos volviesen a correr peligro.

—Sería terrible que eso sucediera. —La sonrisa de Francis se extendió.

—Sobre todo para mí, señorito Cavendish.

—Nadie lograría hacer con mi padre el trato que usted hizo, así que con su marcha perderíamos los dos, no lo olvide.

Lenore inclinó la cabeza y le dedicó una leve sonrisa, a lo que él respondió con otra inclinación y un extraño brillo en los ojos.

Sin embargo, la sinceridad y la candidez de Francis no habían logrado acallar la inquietud que la acusación de su hermano Edmund había despertado en ella. Y, a pesar de que en el camino de vuelta no la volvió a importunar, Lenore tampoco pudo dejar de imaginar qué sería de ella si era cierto que el primogénito de los Cavendish había descubierto su plan.

Capítulo 11

Cuando llegaron a la mansión, Lenore estaba completamente abatida. Si bien era cierto que Edmund no había vuelto a molestarla con insinuaciones de ningún tipo, ella seguía preguntándose si él habría descubierto algo. Además, también estaba el hecho de que todos la consideraban culpable de lo sucedido con los hijos de la señora Ashford, y, aunque nadie lo había mencionado en todo el trayecto, el espeso silencio que se había instalado en el grupo había resultado más inquietante que cualquier palabra que hubieran podido decirle.

Ese fue uno de los motivos que la llevó a subir a la alcoba de los niños una vez que se hubo aseado mínimamente. Quería saber si se encontraban bien y si su madre había logrado serenarse. Sin embargo, la escena que se abrió ante ella la dejó sin palabras.

—Nunca debimos haber traído a los niños, querido, nunca. —La señora Ashford se movía de un lado a otro dando órdenes a una de las criadas—. No, eso no lo ponga ahí, mejor aquí. No, aquí.

Las camisas y los pañuelos volaban de un lado a otro en manos de una criada confusa, mientras los tacones de Marguerite repiqueteaban en el suelo con su andar frenético de allá para acá.

Sin saber qué decir, Lenore carraspeó suavemente y la mujer se volvió hacia ella. Al ver que no le decía nada, se atrevió a preguntar:

—¿Se marchan? No... no será por culpa de lo sucedido, ¿verdad? ¿Los niños se encuentran bien?

Recorrió la alcoba con la mirada, pero no los vio por ninguna parte.

—Sí, están bien, de momento —habló Marguerite sin mirarla, mientras rebuscaba en un baúl—. Pero el clima tan cambiante que se respira en el campo no es el más idóneo para ellos, y menos si... En fin, he decidido llevarlos de vuelta a casa.

—Señora Ashford, yo...

—Lo siento, pero tengo mucho que hacer. Ya he dado aviso a mi padre para que sepa que partimos de inmediato. Entenderá, por tanto, que no tengo tiempo para atenderla. —La mujer encontró lo que buscaba en el baúl, le dio la espalda y continuó con sus quehaceres—. Solo faltaría que se nos echara la noche encima antes de llegar al pueblo.

Lenore quiso defenderse, decirle que no había sido culpa suya, que en realidad había sido su hermano el que... Pero ¿a quién iban a creer? ¿A una institutriz recién llegada o al primogénito de los Cavendish? No tenía nada que hacer.

Por otra parte, era muy probable que Cavendish padre hubiera decidido ya prescindir de sus servicios, después de haber hablado con su hija. Y, por supuesto, no le daría la oportunidad de explicarse.

Lenore se preguntó si el mundo siempre había sido así de injusto o si solo lo era desde que ella... qué importaba, su situación era la que era. No podía seguir dirigiendo la vista al pasado si quería que su plan funcionara.

Bajó las escaleras y se fue directamente al despacho de Cavendish padre. Intentaría convencerlo de que ella no había tenido nada que

ver con el incidente. O, al menos, no directamente.

Unas voces al otro lado de la puerta la detuvieron en seco.

—¡Inadmisible! —La ronca voz le hizo apretar los dientes—. Lo sucedido es simple y llanamente inadmisible. ¿Así pagáis mi confianza?

—Padre, no creo que merezca que se comporte usted de esta manera. Está sobrepasando los límites de la educación.

Las palabras de Edmund encendieron aún más a su progenitor.

—¡Quién eres tú para decirme cómo debo o no comportarme! Tendrás desfachatez. Tacharme a mí de no mostrar educación. Debería echarte ahora mismo de mi casa.

—No, padre, por favor, a Edmund no... —Algo detuvo el ruego de Francis, y Lenore pudo imaginar la mirada inquisitiva que su padre le debía estar dirigiendo en ese mismo instante.

Después, se hizo el silencio durante un buen rato; tanto que Lenore temió que se abriera la puerta y le descubrieran allí, escuchando a hurtadillas. Por segunda vez.

—En realidad —comenzó a hablar el mayor de los Cavendish, aún con dureza en su tono de voz—, no debe usted culpar a nadie de lo sucedido. Los niños solo querían divertirse, es lo natural a esa edad. Aunque eso escape a su entendimiento.

—Sé perfectamente lo que se precisa a esa edad, y eso fue lo que me llevó a contratar a una institutriz. Algo que, si no recuerdo mal, tú mismo me echaste en cara.

—Lo hice porque no creo que Francis la necesite, pero jamás dije nada de Charlie y Mary.

—Los niños siempre son niños. No importa la edad que tengan.

Lenore cerró el puño en torno al picaporte. Su corazón le dijo que alguien debía contestar a ese hombre, pero la razón le aconsejaba permanecer inmóvil.

Finalmente, dejó caer la mano.

—Siento mucho, padre, que sea incapaz de ver al hombre en el que se está convirtiendo su hijo menor. Se perdió su niñez, y ahora se está perdiendo su juventud. Es una lástima que esté tan ciego.

Lenore esperó el estallido de cólera de Cavendish padre, pero no escuchó nada al otro lado. Y para cuando quiso darse cuenta, era demasiado tarde. La puerta se abrió de golpe y el primogénito de los Cavendish se vio obligado a detenerse de golpe para evitar tropezarse con ella.

Permaneció inmóvil, mirándola fijamente lo que a ella le pareció una eternidad, y en su interior se debatió entre decirle algo o guardar silencio. Quería recordarle que no había sido ella la que había incitado a los niños a descalzarse y entrar en el agua, pero la expresión de su rostro la detuvo. Había algo en él que Lenore no supo descifrar.

Él apartó la vista y se fue directo hacia las escaleras.

—Señorita Gray...

La voz de Francis le hizo volver la cabeza. El muchacho estaba bajo el dintel de la puerta y la miraba con un brillo en los ojos.

—Francis, déjanos a solas.

El joven ni siquiera se dio la vuelta para mirar a su padre, sino que se limitó a dejar escapar un «lo siento» entre sus labios, tan sutil y liviano que Lenore creyó haberlo imaginado por un momento.

Cuando el chico se marchó, ella entró en el despacho y cerró la puerta, sin saber muy bien qué esperar de aquel hombre que gobernaba su casa de manera tan severa. Apenas llevaba unas semanas allí y ya era la tercera vez que veía peligrar su puesto.

—Siento que haya tenido que presenciar una situación tan... desagradable.

Cavendish padre permanecía de espaldas a ella, mientras

mantenía la mirada fija en los cristales de la ventana. Desde allí no se apreciaba más que una parte de los jardines, exactamente el recóndito lugar donde Lenore había estado pintando aquel magnífico rosal.

Estaba pensando lo violenta que se habría sentido de haberse sabido observada por aquel hombre cuando este se giró para mirarla.

—Supongo que a estas alturas ya sabrá que mi hija se marcha. —Lenore se limitó a asentir, prefería dejarlo hablar y explicarse después—. Ha decidido que el campo no es un lugar seguro para sus hijos. Desconcertante, teniendo en cuenta que es donde se han criado los míos, incluida ella, por supuesto.

Cavendish padre agitó la cabeza como si estuviera intentando disipar esos recuerdos de su mente. Se acercó a su escritorio y se sentó tras la imponente mesa de roble.

—Comprendo la preocupación de la señora Ashford...

—No, no la comprende —cortó el padre de Marguerite con firmeza —. Ni usted ni nadie. Mi hija siempre ha sido una niña asustadiza, pero los años la están volviendo histérica. Supongo que es algo usual en las mujeres, pero comprenderá que yo no esté acostumbrado a ello.

Lenore se mordió la lengua para no decir que el hecho de ser mujer no lleva implícito una exagerada preocupación por todo. Aunque, por otra parte, si ese hombre la iba a despedir de todas formas, era un buen momento para hablar sin tapujos.

—Perdone que discrepe con usted, señor. —Dio un paso al frente a fin de dar firmeza a sus palabras—. Dudo mucho de que sea tan usual, como afirma, encontrar mujeres cuyo exceso de preocupación se acerque lo más mínimo al de su hija. Puede resultar común en los padres primerizos tener cierta obsesión en que su hijo crezca sano y

fuerte, pero esto sucede tanto en hombres como en mujeres. Aunque, ciertamente, ellos procuran no demostrarlo, pues los hace parecer débiles ante otros hombres. Y eso, sin duda, es algo que los aterra.

Cavendish padre se quedó mirándola tanto rato que pensó que ni siquiera le pagaría los servicios que había prestado desde que llegó a la mansión. Y lo cierto era que del dinero que le había dado su tía para el viaje apenas le quedaban unas monedas. Aun así, no se movió ni un ápice ni se retractó de una sola de las palabras que había pronunciado.

Finalmente, aquel hombre se puso en pie y habló:

—Debo reconocer que es usted una mujer de carácter, señorita Gray. Y eso... me gusta. —Lenore no podía dar crédito a lo que escuchaban sus oídos —. Creo que, de otro modo, no podría ejercer su profesión.

Durante unos confusos segundos, Lenore solo pudo escuchar los atronadores latidos de su corazón. Cogió aire con cautela.

—Quiere decir que... ¿puedo permanecer en su casa?

—Por supuesto. ¿Es la duda lo que la ha traído hasta mi despacho? —Cavendish padre cogió uno de sus papeles, como aburrido de la conversación—. En ningún momento se me había pasado por la cabeza despedirla. Tiene que ocuparse de mi hijo menor. Un trato es un trato. Además, usted no tiene la culpa de que Edmund sea tan... permisivo con sus sobrinos.

Los ojos de Lenore se abrieron de manera desmesurada.

—¿Cómo sabe que fue él quien...?

—Al menos tuvo la decencia de venir a contármelo. —Alzó hacia ella una mirada cansada por encima de sus gafas—. Es un hombre incapaz de dominar sus emociones, señorita Gray, pero no un sucio mentiroso que oculta la verdad para librarse de su responsabilidad.

—Lenore casi jadeó ante esas palabras—. ¿Le sucede algo? Se ha puesto usted pálida de repente.

—No... no es nada. Solo algo de cansancio.

—Comprendo. Su naturaleza no está hecha para soportar un día como el de hoy. A pesar de lo que diga, eso siempre ha sido y será así. Las mujeres precisan de descanso mucho más que nosotros. Es un hecho irrefutable. —Volvió la mirada a sus papeles e hizo un gesto con la mano—. Vaya a su alcoba y pida que le sirvan algo de comer. Hoy está dispensada de cenar en familia. Es más, creo que nadie querrá hacerlo después de lo sucedido.

Lenore inclinó la cabeza a modo de despedida y se dio la vuelta, dispuesta a abandonar el despacho con muchas más dudas que cuando entró. Habría podido esperar un montón de cosas de ese encuentro, pero no lo que acababa de suceder.

—Por cierto —dijo Cavendish padre, deteniendo sus pasos—, recuérdele a mi hijo Francis que él tampoco podrá asistir a la cena. Tal y como habíamos acordado, debe ir acompañado por usted en todo momento.

Lenore asintió y salió de la habitación sin mediar palabra. No pensaba llevarle la contraria a ese hombre. Al menos, no esa noche.

Si bien era cierto que estaba cansada, no era ese el motivo que la empujaba a evitar reunirse con la familia Cavendish. La verdadera razón era que los ánimos se habían caldeado y cualquier palabra fuera de tono podría volverse en su contra. O, peor aún, en la de Francis. Además, estaba el hecho de que Edmund hubiese reconocido ante su padre que había sido el causante de lo sucedido y, por tanto, de la marcha de su hermana. Pensar en ello la turbaba sobremanera, porque el señor Cavendish no parecía un hombre dado a reconocer su culpa, pese a lo que dijese su padre. Al contrario, era orgulloso y altivo. No lograba entender por qué...

Fue mientras subía con lentitud las escaleras cuando comprendió el motivo que había llevado al señor Cavendish a admitir su error, que no era otro que el de preservar el trato que Cavendish padre y ella misma habían hecho. Por mucho que le pesara a Edmund, había sido ella quien había logrado que Francis asistiera a los eventos familiares, y si había algo que el primogénito de los Cavendish apreciara era a su hermano menor. Eso y nada más que eso había llevado a ese hombre a admitir su culpa. No le habría importado si ella era o no despedida de no haber sido porque ese trato proporcionaba a Francis lo que tanto había anhelado, una vida en sociedad.

Cuando Lenore llegó al final de las escaleras, dio aviso a una de las criadas de que ni ella ni el señorito Francis cenarían esa noche con el resto de la familia. También le pidió que le subieran una comida ligera a su alcoba y después se dirigió allí para pensar en todo lo sucedido. Estaba a punto de entrar en su habitación, cuando alguien surgió de las sombras.

—¡Señorito Francis! Me ha sobresaltado. No debería ocultarse como un vulgar ladrón.

—Disculpe, no era mi intención. Es solo que... estaba preocupado por usted. Mi padre...

—Venga, vayamos a la sala de los niños. Esta noche cenaremos usted y yo solos.

Lenore estaba segura de que Francis protestaría al escuchar sus palabras, pues apenas acababa de empezar su vida en sociedad y ya se había visto truncada por los acontecimientos, pero no fue así. Al contrario, el muchacho dibujó una amplia sonrisa que la desconcertó.

Lenore supuso que Francis estaba convencido, al igual que ella, de que su padre la despediría, y el hecho de cenar juntos le había

hecho ver que no era así. Por lo visto, no se le pasaba por la cabeza pensar que hubiese revocado el trato que ambos hicieron, lo que le impediría participar de los eventos sociales, que habría sido lo más lógico teniendo en cuenta lo acontecido.

Lenore hizo llamar a una de las criadas para informarle del cambio de planes y se encaminaron juntos hacia la sala.

Apenas unos instantes más tarde, ambos se hallaban sentados a la mesa, donde había algo de carne asada, un poco de queso, frutas variadas y unas rebanadas de pan, y charlaban de manera cordial.

—Pues sí, a mí también me ha sorprendido que su padre no me haya puesto de patitas en la calle, no se lo voy a negar. Pero, al igual que usted, me alegro de que no haya sido así.

El muchacho amplió su sonrisa y bajó la mirada hacia su plato.

—Por cierto, no le he pedido disculpas por lo sucedido —musitó Francis cogiendo lentamente un trozo de queso y una rebanada de pan—. Siento que haya tenido que escuchar la discusión entre mi padre y mi hermano.

—No se preocupe, no es culpa suya.

En realidad, ella era la única culpable, ya que había escuchado a hurtadillas. Pero estaba segura de que Francis nunca la reprendería por ello.

—A veces Edmund es demasiado protector, ¿sabe? Lo cierto es que él no quiere que usted sea mi institutriz.

—Su hermano lo estima, y piensa que no lo necesita.

—Lo sé y se lo agradezco, desde luego. Pero a veces...

Francis se detuvo y negó con la cabeza de manera reiterada.

—¿Sí?

—A veces quiere tener todo bajo control. Incluidos mi vida y mis decisiones. —El muchacho guardó silencio un instante y después continuó—: Por eso creo que discute tanto con mi padre.

—Si me permite preguntar, ¿siempre han mantenido una relación tan poco cordial?

—No, por supuesto que no. Edmund siempre ha sido muy alegre. De hecho, nos hacía reír a todos. —Lenore enarcó una ceja, pero dejó continuar a Francis—. Sin embargo, hace unos dos o tres años hubo algo que lo hizo cambiar. Desde entonces, la tensión con mi padre se ha hecho cada vez más evidente, hasta convertirse en lo que usted ha comprobado por sí misma.

—Y ¿qué cree usted que lo ha llevado a comportarse de esta manera?

—Una mujer.

—¿Una mujer?

—Uno de mis profesores dice que los hombres han hecho grandes locuras a lo largo de la historia por culpa de las mujeres. Asegura que se emprendieron guerras, que cayeron imperios y que desaparecieron países enteros.

Lenore no pudo evitar resoplar ante tamaña sarta de estupideces.

—¿Y usted qué piensa de ello?

—Nunca he sabido bien qué pensar, aunque me parecía que un hombre de su edad, que jamás había tenido esposa, no debía conocer mucho a las mujeres. —A Lenore se le escapó una sonrisa ante la lógica de Francis—. Sin embargo, ahora estoy seguro de que estaba equivocado.

—¿Y a qué se debe ese cambio de opinión?

Francis depositó sobre el plato el trozo de queso que iba a llevarse a la boca y clavó en ella sus ojos azules. El rubor de sus mejillas tiñó de rojo su tez siempre pálida, y el silencio inundó la estancia hasta que él lo rompió.

—Yo..., señorita Gray, yo... —El señorito Cavendish desvió la mirada un instante y después carraspeó antes de continuar—: Me

alegro mucho de que mi padre haya decidido mantenerla con nosotros. Y..., bueno, me hace muy feliz que usted y yo sigamos juntos.

El tono de voz del muchacho se le hizo muy extraño, casi como...

Pero Lenore no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra, porque el señorito Francis se puso en pie atropelladamente y abandonó la estancia.

Ella se quedó allí, contemplando los higos secos que había sobre su plato y pensando en lo inusual que había resultado aquel día. Aunque lo más extraño de todo, sin duda alguna, era que el señor Cavendish la hubiera exculpado ante su padre.

Dejó escapar un suspiro al comprender que esos pensamientos la acompañarían durante horas y le robarían el sueño. Le esperaba una noche muy larga.

Capítulo 12

No se escuchaba en el comedor más que el sutil paso del servicio al disponer sobre la mesa las bandejas de pan tostado y verter el café en las tazas de porcelana.

Lenore miró a Francis, sentado justo enfrente, y se dio cuenta de que el muchacho estaba tan incómodo como ella misma. Ni Marguerite ni su esposo se hallaban en la casa. Se habían marchado con sus hijos la tarde anterior, sumiendo en un extraño silencio la mansión de los Cavendish. A Lenore ni siquiera se le permitió despedirse de los niños.

—¿Y dice usted que su hijo Edmund ha tenido también que marcharse a primera hora de la mañana? —se aventuró a preguntar a Cavendish padre.

Lenore tenía pensado agradecerle que hubiese reconocido haber sido él quien había permitido a los niños meter los pies en el río, pues creía que era lo más correcto por su parte. Sin embargo, al no hallar el sombrero de copa sobre el busto de la entrada había empezado a sospechar que los señores Ashford no eran los únicos que habían abandonado la mansión.

Lo cierto era que no le había sorprendido demasiado. Era evidente

que el hermano de Francis había abandonado la casa porque era incapaz de vivir bajo el mismo techo que ella. Por fin había comprendido que el trato que Lenore había logrado alcanzar con Cavendish padre era muy ventajoso para Francis, y eso le había llevado a tomar la decisión de aceptar la presencia de una institutriz. Sin embargo, el carácter orgulloso de ese hombre lo obligaba a cumplir su amenaza de marcharse si ella continuaba en la casa. Y eso era lo que había hecho.

—Por lo visto lo ha reclamado su... amigo, el señor Devereaux. Un asunto urgente, al parecer —dijo de pronto Cavendish padre, sacándola de sus cavilaciones.

—Nada grave, espero.

El hombre se llevó un trozo de pan a la boca, como si no la hubiese escuchado, y no habló hasta pasado un buen rato. Tanto que Lenore creyó que la estaba ignorando a propósito.

—Con Edmund es difícil saberlo. No es muy dado a compartir sus contratiempos. Es más, se marchó mucho antes de que yo me hubiera levantado, y se limitó a pedir al servicio que me comunicara su partida. Coincidirá conmigo en que este comportamiento es muy desconsiderado por su parte.

Lenore se atuvo a asentir con la cabeza. No quería desairar a aquel hombre, pero tampoco pensaba admitir que, si el asunto era tan urgente como mostraba la partida inmediata del señor Cavendish, era lógico no demorarse con despedidas ni explicaciones.

De cualquier modo, Lenore decidió que a ella no le interesaba lo más mínimo la vida privada del señor Cavendish, por lo que no dedicaría ni un solo minuto más del día a pensar en ello.

Una vez terminado el desayuno, Francis y ella dieron comienzo a sus clases y más tarde salieron a caminar un rato por los alrededores de la mansión. La temperatura había sido agradable y el

tiempo había transcurrido muy deprisa. Todo era fácil con él.

—Resulta extraño que tomemos el almuerzo los tres solos —admitió Francis cuando caminaban de regreso a la casa.

—Tiene razón, pero le recuerdo de nuevo que no podemos faltar.

—No creo que mi padre notase nuestra ausencia, señorita Gray, apenas nos mira. Y ni hablemos de iniciar una conversación.

Lenore sabía que Francis tenía razón, pero también era consciente de que ausentarse de la comida podría ofender al padre de los Cavendish. No por el hecho de que fuera a echarlos de menos, sino por demostrar que su interés por formar parte del mundo adulto no era para Francis un asunto trivial, y que apreciaba tanto los eventos sociales, como bailes o salidas al campo, como los momentos familiares íntimos, a pesar de que estos fuesen mucho menos agradables para el muchacho.

—Las personas adultas cumplen sus obligaciones en todo momento, señorito Francis —apostilló ella, algo molesta por tener que incidir de nuevo en sus explicaciones—, no solo cuando estas le resultan atractivas. Eso es precisamente lo que demuestra que alguien ha alcanzado la madurez.

Francis bajó la mirada hacia las diminutas piedras blancas que marcaban el camino que los conducía hasta la escalinata que daba acceso a la mansión. A Lenore no le gustaba ver esa expresión triste en su rostro, pero ella sabía mejor que nadie que lo que hacía fuerte a un corazón eran las dificultades a las que se enfrentaba, no una vida entre algodones y dispendios.

El viento arrastró hasta ellos el perfume a rosas justo antes de que escuchasen el sonido de un carruaje acercándose a la entrada.

—¡Es Marguerite! —clamó el señorito Cavendish—. ¡Ha vuelto!

Antes de que Lenore pudiera abrir la boca, Francis ya había echado a correr para recibir a su hermana. Ella negó con la cabeza.

Ese muchacho debía aprender a dominar esos impulsos si no quería que su padre rompiera el trato antes incluso de haber asistido a su primer baile.

De todas formas, Lenore se alegró de ver que la señora Ashford había recapacitado y había decidido regresar. Sin embargo, al acercarse, le llamó la atención el silencio que se percibía en torno al carruaje.

—Buenos días, señorita Gray. ¿Cómo se encuentra esta mañana? —A Lenore le cogió desprevenida la serenidad que desprendían las palabras de la hermana de Francis—. Nosotros hemos tenido un viaje de lo más agradable, ¿verdad, querido?

El aludido se limitó a ignorar a ambas y se encaminó hacia el interior de la mansión.

—Te hemos echado mucho de menos, Maguy.

—Oh, Frankie, nadie me llamaba así desde que cumplí doce años. —La señora Ashford abrazó a su hermano con cariño y este le devolvió el gesto con efusividad—. Y bien, ¿de qué humor están hoy padre y el bueno de Edmund?

Marguerite cogió del brazo a su hermano y ambos empezaron a subir juntos los escalones.

—Después del desayuno no he vuelto a ver a padre. Y Ed se marchó esta mañana por no sé qué de un asunto urgente.

La señora Ashford abrió mucho los ojos y se detuvo de forma inmediata.

—Espero que no fuera nada grave...

—Ya conoces a Edmund, cree que es indispensable en todo momento. Parece que Benoit ha requerido su presencia y él no se ha tomado ni un minuto para despedirse. Padre no se lo ha tomado muy bien.

—Supongo que no. Ayer mi marcha y hoy... —Los dos hermanos

retomaron su ascenso por la escalinata de la entrada mientras Lenore los seguía, invisible pero atenta a sus palabras—. Lo siento mucho por ti, Frankie, justo ahora que parece que por fin había logrado aceptar que te has convertido en todo un hombre.

Al señorito Francis le brillaron los ojos con las palabras de su hermana, y a Lenore le pareció que enderezaba la espalda e hinchaba el pecho.

Poco más tarde, se hallaban sentados a la mesa del comedor. Los señores Ashford volvían a ubicarse a derecha e izquierda de Cavendish padre, que apenas había dirigido un breve saludo a su hija tras su regreso.

—Si no lo conociera, padre, diría que no le alegra de que estemos de nuevo entre vosotros.

—Eso no es cierto, pero me hubiese gustado tener a mis nietos conmigo este verano.

A Lenore le hizo gracia la respuesta de aquel hombre, cuando estaba claro que no soportaba la algarabía que rodeaba siempre a los niños. Sin embargo, se mantuvo muy quieta esperando la respuesta de Marguerite.

—Como le he dicho antes, la madre de mi querido esposo ha tenido a bien invitarlos a pasar unos días con ella. La brisa marina es muy beneficiosa para la salud.

El hombre alzó la vista de su plato y clavó sus ojos en los de su hija.

—Pues ya puestos, quizá deberíais haberos quedado vosotros también con ella.

Lenore casi pudo ver el dolor bajo aquella mirada inquisitiva. Y no entendió por qué. Estaba claro que ese hombre no soportaba las risas ni el griterío infantil y que adoraba el silencio y la soledad de su despacho. Entonces ¿por qué molestarse cuando había sido liberado

de aquello que aborrecía?

No tenía ningún sentido.

—Los niños estarán bien, padre, eso es lo único que debería importarte.

Cavendish padre mantuvo durante un buen rato la mirada fija en el rostro de su hija, pero esta la había vuelto hacia su plato y no fue consciente de ello.

Durante un momento, solo se escuchó el sonido de los cubiertos, hasta que Marguerite habló de nuevo:

—Por cierto, ¿ha dicho Edmund cuándo tiene pensado volver?

—Tu hermano nunca dice nada, ya deberías saberlo —sentenció Cavendish padre.

—¿Tú tampoco sabes nada, Frankie?

El muchacho alzó la vista y negó con la cabeza.

—Es una lástima, me hubiese gustado organizar algo todos juntos.

—¿Te refieres a algo como un pícnic tras el cual todos mis hijos deciden marcharse?

Las palabras de Cavendish padre violentaron a Lenore, a pesar de que ella no tenía ninguna culpa de lo sucedido.

—No, padre. Me refiero a... no sé. Echo tanto de menos los bailes que se organizaban cuando madre estaba entre nosotros... — Marguerite bajó la vista y continuó comiendo como si nada.

En cambio, Cavendish padre alzó la cabeza y se quedó inmóvil, mirando a su hija con los ojos muy abiertos. Francis lo imitó, volviéndose también hacia Marguerite, pero en sus ojos se leía una advertencia, la misma que mostraba el rostro del señor Ashford. Quizá este último fue el que más sorprendió a Lenore, pues se había acostumbrado a verlo siempre completamente inexpresivo.

La tensión se podía cortar con un cuchillo, y aunque Lenore no podía estar segura por completo, todo parecía apuntar a la mención

de la esposa del padre de los Cavendish. Lo que parecía claro era que algo estaba a punto de estallar.

—He oído decir que esta primavera ha sido estupenda para la caza, señor Cavendish —dejó caer el señor Ashford como si nada—. Y, según me comentaron el otro día sus vecinos, los señores Moore, ha conseguido usted hacerse con el título de mejor cazador de la temporada.

El aludido tardó un buen rato en responder, pero finalmente lo hizo con un ademán de cabeza. Para el marido de Marguerite fue más que suficiente, y Lenore vio cómo se relajaban sus hombros.

El resto de la comida transcurrió en silencio, y nadie se atrevió a abrir de nuevo la boca.

Más tarde, Lenore meditaba en su alcoba la propuesta de Marguerite. Un baile sería un acontecimiento idóneo para que Francis lograra demostrar a su padre que merecía ser considerado un adulto si para entonces había sido capaz de dominar ese impulso que a veces lo delataba, por supuesto. Lo cual dependía en gran parte de ella.

A media tarde ya había tomado la decisión: pediría a Cavendish padre que se organizara un baile en la mansión. Además, era algo muy común entre las familias adineradas al inicio de verano. Por otra parte, eso mantendría ocupada a Marguerite y sería una buena distracción para todos.

Cuando se situó frente a la puerta del despacho, empezó a pensar que quizá no fuese tan buena idea como había imaginado. Aun así, respiró hondo y se dijo a sí misma que solo debía evitar mencionar a la fallecida señora Cavendish y todo saldría bien.

—¡Adelante! —La invitó a pasar una voz después de tocar la puerta con sus nudillos—. ¿Desea algo, señorita Gray?

El rostro de Cavendish padre se mostraba contrariado a pesar de

seguir con los ojos puestos en el libro que descansaba sobre su escritorio.

—Solo he venido a... —Cuando aquel hombre alzó la cabeza y la miró por encima de sus lentes, Lenore tuvo que tragar saliva para poder continuar—. He pensado que celebrar un baile podría ser una buena idea.

Cavendish padre alzó una ceja y se quitó sus diminutos lentes. Ella lo tomó como una muestra de interés, lo que la animó a seguir hablando.

—Sería algo muy familiar, apenas una veintena de personas —añadió, dando un paso al frente—. Podrían asistir los familiares más allegados, vecinos de la mayor confianza y poco más.

—¿Y puedo saber qué interés tiene usted en que se celebre un baile en *mi* casa?

A Lenore no le pasó desapercibido el énfasis que aquel hombre puso en el posesivo.

—Por supuesto, sería Marguerite quien organizaría todo bajo su supervisión, y usted mismo el que elaboraría la lista de invitados. Mi único interés estriba en la ocasión que este acontecimiento brindaría a su hijo Francis para demostrar que es capaz de tener un comportamiento impecable, a la altura de un Cavendish.

Aquel hombre depositó las gafas sobre la mesa y se puso en pie sin apartar la vista de ella. Salió de detrás del escritorio y se acercó con paso lento. Lenore intentó descifrar su semblante, pero le fue imposible. No sabría decir si estaba escandalizado o de acuerdo con la petición que le acababa de exponer.

—Me pregunto, señorita Gray, qué le ha hecho a usted pensar que en algún momento podría yo aceptar la idea de celebrar algún evento en mi casa. Y mucho menos un baile.

—Yo...

—Limítese a cumplir con su obligación, mantenga a raya a mi hijo y guárdese sus ideas para usted, porque a nadie le interesa su opinión. ¿Está claro?

Lenore se limitó a asentir levemente con la cabeza, se veía incapaz de articular una sola frase coherente. Abandonó el despacho a toda prisa, con la firme resolución de no volver a entrar allí nunca más.

Capítulo 13

Había transcurrido casi una semana desde el incidente en el despacho del padre de los Cavendish, pero en la mente de Lenore todavía resonaban las duras palabras que aquel hombre le dirigió esa tarde.

«A nadie le interesa su opinión».

Eran exactamente las mismas que le había dicho su padre justo dos días antes de que...

Sacudió la cabeza, procuró olvidarse de todo y concentrarse en el lienzo que había frente a ella.

Sin embargo, sus buenas intenciones le duraron muy poco, pues una imagen se dibujó nítida en su mente, la misma que veía todas las noches antes de acostarse. Un sombrero de copa descansando sobre un busto.

Se dijo a sí misma que todo era culpa de su escrupulosa conciencia, que se sentía en deuda con Edmund por haber reconocido su culpa, y hasta que no pudiese agradecérselo, no estaría tranquila.

—¿No siente que la vida es maravillosa, Lenore?

La frescura y sinceridad de Francis la arrancaron de sus oscuros

pensamientos.

—Señorito Cavendish, le he dicho más de mil veces que debe dirigirse a mí como señorita Gray.

—Y yo le he pedido otras mil que me llame Francis, pero supongo que a ninguno de los dos nos gusta que nos digan lo que debemos hacer.

Lenore apartó la vista del lienzo a medio pintar y se volvió hacia el muchacho. Era difícil molestarse con él cuando lucía esa enorme sonrisa, así que no le quedó más remedio que negar con la cabeza y volverse de nuevo hacia su paleta de madera, donde por cierto escaseaban el ocre y el magenta.

Sabía que, de seguir así, muy pronto acabaría con todos los colores, pero no podía evitarlo. Aquel jardín era de una belleza singular y no era capaz de resistirse a inmortalizar cada rincón y cada flor que se hallaban en él, aunque con ello acabase con todas y cada una de las pinturas que había logrado traer consigo. No obstante, era aquel rincón escondido, rodeado de setos y al que se accedía por un estrecho camino de grava y un arco adornado con un rosal, el que le robaba el corazón. Allí se sentía libre de expresar sin miedo lo que sentía, y con gusto daba rienda suelta a los trazos que su diestra mano perfilaba sobre el lienzo. Solía escabullirse varias veces al día para refugiarse en aquel lugar. Le gustaba llevarse un libro para perderse entre sus páginas o, si disponía de más tiempo, como era el caso de esa mañana, acarrear con sus pinturas y su caballete para recrear el esplendor de la naturaleza. Sin embargo, Francis había descubierto su debilidad, y, últimamente, acudía en su busca y le rogaba que le permitiera acompañarla. Lenore no podía negarse.

—Y, si me permite preguntar, ¿por qué precisamente hoy le parece todo tan increíble?

—No es solo hoy, es... este verano. —Francis se levantó del banco de piedra, desde donde solía observarla, y se acercó hasta ella—. Es la primera vez en mi vida que me siento feliz estando en casa.

Lenore depositó el pincel en el interior del vaso que contenía un agua más que turbia y se volvió para mirarlo a los ojos.

—Esa afirmación es bastante triste, si me permite ser sincera con usted.

—Supongo que sí. —Francis desvió la mirada un instante—. Desde que tengo memoria, esta casa ha sido como una enorme cáscara de nuez. Vacía y sin vida. Mi padre..., bueno, ya lo conoce usted, no es hombre que se prodigue en sonrisas y afectos. Mi hermana contrajo matrimonio siendo yo un niño, por lo que apenas tengo recuerdos de ella. Y mi hermano Edmund... Él lo fue todo para mí, un padre, un amigo, un confidente... Pero, como ya le comenté, hace cosa de un par de años más o menos, cuando mi padre me internó en ese rígido colegio, todo cambió. Siento que algo se interpone entre nosotros, y su trato hacia mi persona se ha vuelto frío, como si...

Francis bajó la mirada al suelo.

—¿Como si...? —lo animó ella.

El muchacho alzó la cabeza y clavó en la joven sus ojos azules. Cuando habló, la alegría que antes destilaba su voz se vio emborronada.

—Como si fuese mi padre.

Lenore percibió lo mucho que le había costado a Francis pronunciar aquellas palabras. Reconocer en voz alta que su padre no le daba el trato que merecía era algo que ella ya había escuchado varias veces de la boca del mismo muchacho, pero afirmar que Edmund tampoco lo hacía era completamente diferente. El señorito Cavendish siempre había defendido a su hermano ante ella y siempre había elogiado sus múltiples virtudes, incluso de manera

exagerada. Ahora, en cambio, parecía ser todo lo contrario. Lenore sabía que la adolescencia tiende a ser bastante extremista en sus sentimientos, e intentó reconducir los del muchacho.

—Dudo mucho que su hermano se parezca tanto a su padre como dice.

Francis frunció el ceño y dio un paso al frente.

—¿Por qué dice eso?

—A su hermano se le ilumina la mirada cuando habla de usted, y lo ha defendido ante su propio padre más de una vez. Yo misma estuve a punto de perder mi empleo por culpa de ello. El señor Cavendish amenazó a su padre con marcharse de la casa si no me despedía. Sus palabras exactas fueron que usted no precisaba de una institutriz porque era lo suficientemente adulto para ello.

—Pero yo quiero que usted siga conmigo.

—Esa no es la cuestión, Francis, digo, señorito Cavendish —se corrigió Lenore aprisa, aunque no pudo evitar que al muchacho se le escapara una sonrisa—. Lo importante es que su hermano lo considera un igual y defiende sus derechos a pesar de que tenga que enfrentarse a su propio padre. Eso, al menos, merece su reconocimiento.

Francis bajó la mirada y pareció meditar unos instantes. Finalmente, alzó la cabeza y sonrió.

—Supongo que tiene usted razón, como siempre.

—No siempre, señorito Cavendish, no siempre. Pero sí la mayoría de las veces.

Lenore sonrió también y el jovencito la observó fijamente durante un buen rato. Tanto que llegó a incomodarla, por lo que le retiró la mirada y se volvió hacia el caballete que sostenía su lienzo a medio pintar. Carraspeó antes de añadir:

—Y ya que hablamos de ello, ¿sabe algo de su hermano? Me da la

sensación de que su marcha fue demasiado precipitada, supongo que se debió a que su padre no aceptó sus condiciones y, por consiguiente, yo sigo aquí.

Lenore removió los pinceles sin decidirse por ninguno en concreto.

—Lo dudo mucho. Edmund tiene un gran sentido del deber. Si es cierto que su amigo lo llamó para solicitarle ayuda, está en su carácter dejarlo todo y acudir de inmediato. No creo que tenga nada que ver con usted. ¿Por qué? ¿Le preocupa que se haya marchado?

—No, por supuesto que no. Me resulta totalmente indiferente lo que haga su hermano. Es solo que no quisiera ser motivo de enfado para su padre. Porque imagino que a él no le habrá parecido nada bien que su hijo mayor haya abandonado la casa...

Lo cierto era que a Lenore le hubiese gustado agradecer a Edmund, de manera personal, que reconociese su culpa. Sin embargo, la apresurada partida del hombre ponía de manifiesto que el hecho de dar la cara ante su padre no había sido en ningún modo fruto del respeto que tenía hacia ella, sino más bien la excusa que necesitaba para perderla de vista de una vez por todas.

Pese a lo que Francis dijera, Lenore estaba segura de que el primogénito de los Cavendish la aborrecía. Y, aunque no tenía claro los motivos de tales sentimientos, podía intuir que se debían a la envidia, puesto que ella había logrado en tan solo unos días lo que por lo visto el señor Cavendish llevaba intentando varios años: que su hermano fuese aceptado en la mesa familiar.

—Bueno, a estas alturas conoce de sobra a mi padre, todo le molesta —aseguró el muchacho cruzándose de brazos—. Sin embargo, mientras yo siga aquí no tiene nada que temer, soy motivo más que suficiente para acaparar todos sus enfados.

—No se torture de ese modo, antes o después su padre se dará cuenta de que se está convirtiendo usted en todo un hombre. —

Finalmente se decidió por uno de los pinceles y lo impregnó en magenta para retomar su pintura—. No debe importarle lo más mínimo lo que él piense o diga. Es cierto que siempre anda con el ceño fruncido y, bueno, un tono de voz tan amargo que parece que acabara de comer ruibarbo, pero nada de eso debería...

—Señorita Gray.

A Lenore le extrañó el tono formal de Francis, y dejó su pincel para girarse hacia él mientras le decía:

—Vaya, parece que por fin comprende que me debe llamar... —El mismísimo Cavendish padre estaba allí, frente a ella, mirándola—. Se-señor Cavendish...

Los labios apretados y la arruga de la frente daban a entender que llevaba allí un buen rato. Y lo había escuchado todo.

Lenore se pasó por detrás de la oreja un mechón de pelo que se le había escapado del moño, sin darse cuenta de que, con ello, acababa de manchar de magenta su mejilla izquierda. Francis se la señaló con disimulo, pero ella solo tenía ojos para Cavendish padre, que no dejaba de mirarla fijamente sin soltar palabra.

La suave brisa agitó las copas de los árboles más allá, soltando de nuevo el mechón de pelo de Lenore. El trino de un pájaro rompió el silencio un instante, pero después calló, como si comprendiera que el señor de Rosegate Manor no le daba permiso para entonar su canto.

—Padre... —intentó mediar Francis, pero este alzó la mano y él selló los labios de nuevo.

—Tiene mi permiso —soltó de pronto Cavendish padre—. Puede celebrar su baile.

Lenore abrió los ojos de par en par, incapaz de reaccionar ante aquella inesperada afirmación.

Cuando quiso dar las gracias a Cavendish padre, él ya se había

girado y atravesaba el arco de rosas que daba acceso al pequeño rincón. A Lenore le pareció ver un brillo diferente en los ojos de aquel hombre, pero supuso que era el reflejo de la luz que incidía de manera especial a esa hora.

—Su... ¿su baile?, Lenore, ¿qué ha querido decir mi padre?

Francis se había situado frente a ella, impidiéndole ver cómo se perdía entre los altos setos la espalda siempre recta del dueño de aquel lugar. Cuando fue consciente de la pregunta del muchacho, comprendió realmente lo que aquello suponía.

—Hace... —Lenore miró a Francis a los ojos—. Hace una semana pedí permiso a su padre para organizar un baile.

—Se refiere a organizarlo... ¿aquí? ¿En Rosegate Manor?

Lenore asintió.

—La idea partió de su hermana, pero yo... bueno, me pareció que sería la mejor forma de demostrar a su padre que usted estaba preparado para formar parte de... Un baile es un evento social muy importante, al que acude mucha gente, y es una oportunidad única para entrar de lleno en ese mundo adulto que tanto se le ha negado. Pensé que...

—Es... ¡es una idea genial!

Francis se adelantó y se situó a solo un paso de ella, pero Lenore estaba tan aturdida que no se dio cuenta de que aquella distancia la comprometía demasiado, sobre todo teniendo en cuenta que ambos se encontraban solos en un pequeño y oculto rincón del jardín.

—¿De veras lo cree? —Lenore bajó la vista a sus manos y vio que sus dedos estaban manchados de pintura, por lo que intentó restregarse unos contra otros para limpiarse—. Cuando se lo propuse a su padre estaba segura de que lo era, pero ahora... no sé, quizá no sea tan buena idea...

—No diga eso, es excelente. —Francis cogió su barbilla y le alzó la

cabeza con delicadeza—. Nunca he acudido a un baile, jamás.

Lenore sonrió conmovida.

—Usted es capaz de conseguir cualquier cosa que se proponga —añadió él, mostrando un rostro demasiado serio de repente—. Y debo decirle que es usted la mujer más increíble que he conocido nunca.

—Bueno, eso se debe a que ha conocido muy pocas. —Lenore sacudió la cabeza y se apartó de él—. Cuando termine el baile, le preguntaré y ya verá cómo ha cambiado de opinión.

Se volvió de nuevo para recoger sus pinturas. La mañana había pasado deprisa y se les hacía tarde. Sin embargo, se detuvo cuando escuchó unas palabras a su espalda, apenas un susurro.

—Dudo mucho que encuentre a alguien como usted.

Cuando se giró, pudo ver cómo Francis se alejaba de allí, siguiendo el camino de grava que poco antes había recorrido su padre.

Lenore sacudió la cabeza, sentía lástima por aquel muchacho que se aferraba a ella como a la madre que nunca tuvo, pero debía concentrarse en lo que se le venía encima. Había organizado antes muchos bailes, por supuesto, pero siempre había sabido cómo proceder y a quién invitar. Ahora todo era diferente. Aquel lugar era desconocido para ella.

Cuanto más vueltas le daba, más perdida se sentía. Y entonces comprendió que no era ella quien debía organizar el baile, sino la señora Ashford. Marguerite era la mujer que debía cargar con aquel peso, y no una simple institutriz.

Cogió aire y lo dejó escapar de sus pulmones un par de veces antes de recoger las pinturas y encaminarse a la casa. No tenía tiempo que perder. Hablaría con la señora Ashford sobre el tema y le ofrecería su ayuda, aunque lo haría por cortesía, ya que estaba más

que segura de que no la necesitaría.

Aspiró el perfume de las rosas una última vez y pensó que sería una buena idea adornar el salón con unos espléndidos centros de flores y...

No. Ella no pertenecía a la familia. No era su decisión.

Apretó el paso y pronto divisó la escalera de mármol que daba entrada a la mansión. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que había una cuestión que se le había pasado por alto.

¿Qué ocurriría si alguno de los invitados llegara a reconocerla?

Supondría el fracaso de su plan y el fin para ella.

Capítulo 14

—¿Es cierto lo que ha llegado a mis oídos, querida? —la asaltó la señora Ashford nada más atravesar la puerta de la casa—. Dígame que sí, que no estoy equivocada.

—Si me dice usted de qué se trata, tal vez pueda darle una respuesta —replicó Lenore mientras intentaba que no cayeran de sus manos el lienzo y las pinturas.

—El baile, ¡qué, si no! ¿Es cierto que mi padre ha dado su beneplácito?

Los ojos de Marguerite se clavaron en ella como lo harían los de un mendigo en un trozo de pan.

—Así es, el señor Cavendish ha permitido que...

—Ah, lo sabía. Sabía que era una buena idea. —Lenore la vio gesticular de manera exagerada y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no dejar escapar una sonrisa—. Será un baile espectacular, único, fabuloso.

—Estoy convencida de ello —aseguró Lenore inclinando la cabeza para despedirse.

Pero apenas había dado un paso cuando la mujer la interrumpió de nuevo.

—No irá a marcharse a su alcoba...

—Pues, de hecho, es lo que había pensado.

—Oh, no; no, no, no. Tenemos mucho trabajo por hacer. Debemos empezar a organizarlo todo cuanto antes.

—¿Debemos?

—Por supuesto. No pensará dejarme sola en esto, ¿verdad, querida?

Lenore tuvo que retener el impulso de aceptar de inmediato. No podía levantar sospechas. Pero lo cierto era que si ayudaba a preparar el baile, podría resultar mucho más fácil para ella acceder a la lista de invitados. Y le sería sumamente útil conocer ese dato para evitar sorpresas de última hora.

—Yo... no soy más que una simple institutriz. No pretenderá que sepa cómo organizar un evento de estas dimensiones. No sabría por dónde empezar.

La señora Ashford pareció dudar un momento y Lenore temió haber sido demasiado directa y que por este motivo prescindiera de ella. Lo que, por otra parte, sería lo más lógico.

—Confío en usted, señorita Gray. —Lenore alzó las cejas.

Nunca pensó escuchar eso de los labios de la fervorosa madre que no hacía ni una semana habría sido capaz de lanzarla en mitad de una jauría de lobos hambrientos solo por haber permitido que sus hijos se refrescaran los pies en las aguas de un río.

—No ponga esa cara, señorita Gray —añadió la mujer al ver la expresión de su rostro—, sé que usted no fue la culpable de lo sucedido con mis pequeños. Y, ya que hablamos del tema, creo que le debo una disculpa.

—¿Una disculpa?

—Sí, Edmund tenía razón, fui demasiado dura con usted.

—Ed... ¿El señor Cavendish le dijo...?

La señora Ashford sacudió la cabeza y su mirada se perdió en algún punto indeterminado de la imponente entrada.

—Lo siento mucho, a veces me dejo llevar por el amor que les tengo. ¿Tiene usted hijos, señorita Gray? No, claro que no, qué pregunta más estúpida. —Marguerite se rio de la incoherencia de su propia apreciación—. Cuando los tenga comprenderá lo que es verdaderamente el sufrimiento. Nunca más volverá a gozar de tranquilidad. Una vez que nacen, comprendes que todo cuanto te rodea es un peligro potencial. Es... como si la naturaleza estuviera acechando, como si estuviera esperando a que cometieras un error para arrebatarlos de tu lado porque, en realidad, sabe que no los mereces.

Cuando la señora Ashford terminó de hablar sus ojos estaban vidriosos, y Lenore sintió lástima por aquella mujer y por el peso que soportaban esos delgados hombros.

—Es usted una buena madre, señora Ashford. La mejor que Charlie y Mary podrían tener.

Y Lenore se dio cuenta de que lo decía de corazón, no solo para consolarla.

—Llámeme Marguerite, se lo ruego —dijo, pasándose la mano por su mejilla para retirar una lágrima.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Como desee. Y ahora, si me lo permite, dejaré esto en mi alcoba y me aseará antes de reunirme con usted de nuevo.

—¿Eso quiere decir que me ayudará con el baile? —preguntó la mujer dibujando una sonrisa en sus labios.

—Lo haré. Pero no me hago responsable de lo que suceda.

A Lenore se le cayó al suelo uno de los pinceles, pero no le pareció educado recogerlo mientras siguiera hablando con la hermana de Francis.

—¡Magnífico! Tengo que contárselo al señor Ashford, dará saltos de alegría.

Lenore dudaba mucho de que algo lograra hacer que el señor Ashford diese saltos de alegría, pero no pensaba llevarle la contraria a aquella mujer que, por otra parte, ya había salido a toda prisa a buscar a su esposo.

Cuando Lenore se agachó para recoger el pincel que se le había caído, reparó en el objeto que había sobre el busto de la entrada y que lo mantenía semioculto.

Un sombrero de copa.

Sin motivo alguno, su corazón empezó a latir con más fuerza.

Se había obligado a sí misma muchas veces a no dirigir la mirada hacia ese lugar en concreto, pero sus ojos siempre acababan traicionándola. Y, aunque se empeñaba en pensar que le traía sin cuidado si el señor Cavendish volvía o no de su viaje, lo cierto era que en el fondo de su ser se alegraba de su regreso.

Lo había juzgado con dureza. Estaba convencida de que ocultaría la verdad y permitiría que todo el mundo la culpase de lo sucedido con los hijos de la señora Ashford, pero no había sido así. De hecho, no solo había reconocido el error ante su padre, lo cual ya era de agradecer, sino que también lo había hecho ante su hermana. Incluso, según la propia Marguerite le había asegurado, Edmund la había amonestado por ser demasiado dura con ella. Además, estaba el hecho de que se había visto obligado a marchar a toda prisa a fin de ayudar a un amigo. ¿Qué decía eso de él sino que se trataba de un amigo leal?

Sí, estaba claro que ella había errado y había juzgado de manera precipitada al señor Cavendish, y que todo parecía indicar que se trataba de un caballero noble y considerado.

Con estos nuevos sentimientos, Lenore se refugió en su alcoba,

donde ordenó sus pinceles y su paleta de colores. Ojalá en la vida fuese todo tan fácil de acomodar como sus utensilios de pintura, pero por desgracia no era así. Sus pensamientos pasaban fugaces por su mente, como caballos desbocados. Finalmente, decidió que lo mejor sería escribir una carta a su tía, algo que siempre le ayudaba a poner en orden sus ideas. Tenía las manos manchadas de pintura, por lo que se fue derecha al lavamanos y vertió un poco de agua. Después de restregar un buen rato, se secó con la toalla y emprendió su tarea.

Apreciada tía Augusta,

Tengo el placer de comunicarle que nuestro plan parece estar funcionando a las mil maravillas.

Si bien es cierto que en un principio creí que dejar todo atrás partiría mi alma en dos, ahora veo que fue todo un acierto. No quiero decir con esto que no me acuerde de usted y de mi padre, por supuesto, pero siento que empiezo a hacerme un lugar en esta casa.

Pese a mi condición de institutriz, debo decirle que se tienen en consideración mis opiniones. Incluso me aventuraría a asegurar que los miembros de esta familia comienzan a sentir por mí algo parecido al aprecio. Lo cual, debo reconocer, es recíproco.

Querida tía, jamás podré agradecerle lo que hizo por mí, y no quiero ni imaginar lo que debe estar viviendo por culpa de mi marcha. Pero espero que le sirvan de consuelo las palabras de esta misiva, pues nacen de lo más profundo de mi corazón, junto a la gratitud que siento por usted.

Con cariño,

Su sobrina Lenore

Una vez que terminó de redactar su misiva, la leyó de manera reiterada. Cuanto más lo hacía, más sentía que transmitía a la perfección la realidad, por lo que decidió doblarla y ponerle el sello. Sin embargo, lo pensó mejor y decidió dejarla sobre la mesa, para volver a leerla de nuevo cuando regresara de la cena. No quería ofrecer a su tía falsas esperanzas de que todo iba bien sin estar segura de ello. Y la mejor forma de hacerlo era meditar bien esas palabras que había redactado. Si finalmente se decidía a enviarla, aprovecharía uno de sus largos paseos. Podría acercarse al pueblo y llevarla en persona a la oficina postal. No debía permitir que la carta cayese en las manos equivocadas.

Alzó la vista y se vio reflejada en el espejo. Entonces descubrió que tenía una mancha de pintura en su mejilla izquierda. Debía de habérsela hecho mientras recogía el pincel que se le había caído al suelo del *hall*. Al menos era una suerte que no la tuviese mientras hablaba con el padre de los Cavendish. ¿Qué habría pensado de ella de haberla visto de tal guisa? Lenore puso los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza. Con lo meticuloso que era ese hombre, habría sido capaz de ordenarle que se deshiciera de sus preciados colores, su paleta y su lienzo.

Volvió de nuevo hasta la palangana, donde humedeció uno de los extremos de la toalla para limpiarse la mejilla a conciencia, y una vez que hubo terminado regresó frente al espejo para recoger los mechones de pelo que se le habían soltado del moño. Cuando quedó satisfecha con su aspecto, se dirigió al arcón en busca de un vestido apropiado para la cena.

Al abrirlo, sus ojos solo pudieron ver una amalgama de telas negras y grises que se entremezclaban entre sí. Entonces recordó que todo cuanto había llevado eran ropas propias de una institutriz. Sacó varias prendas y las puso sobre la cama, pero eran tan

similares unas a otras que prácticamente era imposible distinguirlas. Al final, se decidió por un vestido cuyos puños eran blancos, al igual que su cuello.

Al verse reflejada en el espejo pensó que no se podía decir de ella que fuera hermosa, pero sí la mejor versión de sí misma, teniendo en cuenta las circunstancias.

Abrió la puerta, recorrió el largo corredor y bajó las escaleras hasta llegar al comedor, donde ya estaba Francis esperándola.

—Llega tarde —se quejó, dirigiendo un vistazo rápido al interior de la sala—. Al menos se ha limpiado la mancha de pintura.

—Todavía no hay nadie, señorito Francis —constató ella, algo molesta por el tono del chico.

A pesar de estar segura de que ya no tenía nada, no pudo evitar llevarse la mano a la mejilla.

—Que los demás lleguen aún más tarde no es excusa, señorita Gray.

El hecho de escucharlo llamarla así le hizo comprender que eran los nervios los que hablaban por él, por lo que decidió no darle más vueltas a aquel asunto. Ya hablarían al día siguiente del tema.

Lenore entró al comedor y se dispuso a sentarse en la silla que había estado ocupando los últimos días. Sin embargo, se dio cuenta de que la mesa había sido preparada para varios comensales más, lo que le hizo dudar de cuál debía ser su lugar.

Repasó mentalmente a los habitantes de la casa. Estaba el señor Cavendish padre, su hija Marguerite y su esposo, Francis y ella, y ahora también Edmund. Efectivamente eran seis platos. Sin embargo, la mesa estaba preparada para ocho personas. Aquello no tenía sentido. A no ser que hubieran regresado los hijos de los Ashford y los admitieran en... No, eso era imposible.

Tal vez habían invitado a los vecinos de Rosegate Manor, los

señores Moore, en cuyo caso ella debería ceder su lugar y situarse en el punto más alejado de la cabecera, la cual ocupaba el padre de los Cavendish.

—Señorita Gray —susurró Francis, a pesar de que no había llegado nadie todavía—, la he estado esperando para que me diga dónde debemos sentarnos. Ahora que ha vuelto mi hermano y...

—Oh, querida, cuánto me alegro de verla de nuevo. —La señora Ashford irrumpió en la sala y la invitó a sentarse frente a ella, resolviendo con ello el dilema de Francis, que tomó asiento a su lado —. Tal y como le dije, Robin está entusiasmado con la idea del baile, ¿verdad, querido?

—Exultante —respondió su marido, con un marcado tono irónico.

A Lenore se le escapó una sonrisa y le sorprendió ver que el señor Ashford le respondía con una leve elevación de la comisura de sus labios.

Después, escuchó acercarse unos pasos y, seguidamente, la voz de Cavendish padre.

—Por supuesto que es un placer para mí tenerlos hoy con nosotros, aunque hubiese preferido que mi hijo me hubiera avisado con antelación. —Lenore enderezó la espalda y se sintió estúpida al darse cuenta de que le sudaban las manos—. Pero ya lo conocemos, ¿verdad? Es un muchacho de corazón inquieto y muy dado a los arrebatos, y tan pronto se va de viaje como regresa de improviso.

Lenore intentó no sucumbir a sus deseos de dirigir la mirada hacia la entrada, pero le fue imposible. Y entonces, sus ojos contemplaron una imagen que se le quedó grabada en las pupilas.

Una deslumbrante mujer, cuyo vestido de seda refulgía bajo la luz de la lámpara de cristal, entró del brazo de Edmund. Con un solo vistazo recorrió la mesa y a cuantos estaban sentados en ella, pasando de uno a otro sin detenerse en ninguno, hasta que sus ojos

negros tropezaron con los de ella. Lenore sabía que debía bajar la mirada, porque era lo que se esperaba de una institutriz, pero no lo hizo. Y es que no podía apartar la mirada de aquella mujer de cabellos dorados y labios de rubí que la miraba como quien mira a un insecto.

El señor Cavendish, por el contrario, la ignoró por completo, y dirigió la mirada al frente mientras exclamaba con una sonrisa que Lenore jamás habría imaginado posible en su rostro:

—Les presento a la señorita Deveraux. —La mujer saludó con una inclinación de cabeza y una espectacular sonrisa.

Entonces, un hombre joven dio un paso al frente, se puso junto a la hermosa dama y carraspeó para llamar la atención del primogénito Cavendish.

—Por supuesto —añadió él—, qué torpeza la mía. También les presento a su hermano, mi buen amigo Benoit Deveraux.

Capítulo 15

Ante la llegada de los nuevos comensales, Lenore decidió levantarse de su silla y dirigirse a la más alejada de la cabecera de la mesa, mientras que Francis ocupaba la contigua a ella. Al otro lado del muchacho se colocó Edmund y, frente a él, la señorita Deveraux. El señor Benoit tomó asiento junto a su hermana, lo que lo situaba frente a Francis. Sin embargo, la silla que había delante de Lenore quedó vacía, lo cual ella agradeció profundamente.

Una vez que todos estuvieron acomodados, los sirvientes comenzaron a moverse de un lado a otro con presteza para dar comienzo al almuerzo. Se sirvió vino en las copas y un caldo de carne que desprendía un agradable olor.

Durante la comida, Lenore prefirió mantenerse callada y se limitó a escuchar cómo el resto de comensales conversaba con alegría. Se habló del precipitado viaje de Edmund, de lo agradecido que estaba su amigo Benoit por haber acudido con tanta premura a su petición de ayuda, de cómo el señor Cavendish había tenido la amabilidad de invitarlos a pasar unos días en casa de su padre, de lo bueno que era el campo para olvidarse de los problemas...

Sin embargo, prácticamente la totalidad de la conversación la

acapararon la señora Ashford y la señorita Deveraux, mientras que los hombres se limitaron a reír o negar las apreciaciones que tanto la una como la otra les hacían. Lenore, por su parte, mantuvo la cabeza baja, y tan solo dirigió una mirada de soslayo de vez en cuando a los hermanos Deveraux. En concreto a la mujer, que parecía ser el centro de atención de todas las miradas, lo cual era evidente que le agradaba sobremanera.

—Él mismo se lo puede confirmar, ¿no es cierto, padre? —Marguerite se volvió hacia el señor de Rosegate, pero no dio tiempo a que este respondiera a su pregunta, puesto que se giró de nuevo hacia su hermano Edmund y añadió—: Será un baile modesto, desde luego, pero un baile al fin y al cabo. ¿No es maravilloso?

—Si tú lo dices, Maguy... —dijo el señor Cavendish con fingida desidia.

—Oh, Edmund, no seas tan desconsiderado —replicó la señorita Deveraux como si la ofensa hubiese sido dirigida a ella misma en persona. Después, se volvió hacia la señora Ashford y puso una mano sobre su hombro—. No haga caso a su hermano, querida, un baile siempre es una idea maravillosa.

—¿Verdad? Yo opino lo mismo. Es cierto que acarrea grandes preparativos, pero la señorita Gray me ayudará en todo. Me lo ha prometido.

Cuando Lenore escuchó su nombre, alzó la vista y pudo ver los ojos de la señorita Deveraux clavados en ella. A su lado, la señora Ashford la miraba con una sonrisa radiante, y a ella no le quedó más remedio que responder con otra. Sin embargo, la amiga de Edmund levantó la barbilla y se giró hacia Marguerite de nuevo.

—¿No es algo inusual que los miembros del servicio se sienten a la mesa junto a los señores?

A pesar de que esa mujer había bajado el tono de voz, estaba

claro que no había sido suficiente y que todos habían podido escuchar su apreciación. Por supuesto, esa había sido su intención.

—Oh, querida, la señorita Gray no es parte del servicio, ella es la institutriz de mi hermano Francis.

Lenore giró la cabeza de manera instantánea hacia su pupilo y lo vio apretar los labios hasta formar una fina línea. Recordó la señal y se tocó el lóbulo de la oreja antes de que al muchacho se le escapara alguna palabra inapropiada. Al verla, el joven bajó la mirada hacia su plato y se obligó a continuar tomando su caldo.

—Entiendo... —musitó la señorita Deveraux—. No obstante, sigue siendo algo insólito que una institutriz colabore en la organización de un baile. ¿A ti qué te parece, Ed?

A Lenore le pareció que el señor Cavendish le dirigía una mirada fugaz, pero todo sucedió tan rápido que no podría haberlo asegurado sin temor a equivocarse. Lo que sí le pareció totalmente fuera de lugar era que la señorita Deveraux hubiese tuteado al primogénito de los Cavendish sin ningún pudor.

—¿No creerá que mi hermana hablaba en serio? —Edmund soltó una sonora carcajada que a Lenore le pareció impropia de él—. Una institutriz es la persona menos indicada para organizar un baile. ¿Qué sabrían ellas de música o de diversión? No son más que mujeres taciturnas que se encierran en sus libros con intención de huir del mundo que las rodea. —Lenore no podía despegar los ojos de él, aunque el hombre no la hubiese ni mirado mientras hablaba tan descaradamente de las mujeres que ejercían tan noble oficio—. Está claro que Maguy intenta tomarle el pelo, pero lo que ella no sabe es que es usted demasiado inteligente para dejarse engañar.

Esta vez fue la señorita Deveraux la que lanzó una risa cantarina que hizo que hasta Cavendish padre despegara los ojos de su bistec y frunciera el entrecejo. Si había algo que molestaba a aquel hombre

eran los sonidos fuera de lugar, y esa mujer era todo menos silencio y discreción.

—Eres incorregible, Edmund. Siempre lo has sido y siempre lo serás —sentenció con otra de sus alegres sonrisas.

Por su parte, Lenore se tragó el orgullo y decidió no contestar al señor Cavendish con alguna frase inapropiada que solo perjudicaría a Francis. Pero eso no impidió que sus puños se cerrasen mientras sus ojos se clavaban en el rostro alegre de ese caballero. No la conocía, y no podía permitirse la desfachatez de llamarla «taciturna» ni mucho menos afirmar que los libros eran su refugio para huir de la realidad.

Sin ser consciente de ello, soltó de golpe el aire que había estado conteniendo, lo que hizo que Francis le dirigiera una mirada de preocupación que ella ignoró deliberadamente. No tenía tiempo ni ganas de dar explicaciones, además de que aquel lugar no era apropiado para ello.

Volvió la vista hacia su plato sintiéndose estúpida. Había estado a punto de mostrar un profundo agradecimiento al señor Cavendish. Sin duda, cuando reconoció su culpa ante Marguerite o ante su padre, debió de sentir un impulso momentáneo. Estaba claro que de ningún modo sus actos fueron motivados por el peso del remordimiento ni mucho menos por librarla de unas represalias que habrían sido totalmente injustificadas.

No, al señor Cavendish no le importaba en absoluto lo que le sucediera a ella. A ese hombre solo parecía importarle él mismo y esa dama con la que compartía sonrisas y halagos.

—Estoy segura de que a mi hermano le vendrá bien alejarse unos días del ajetreo de Londres —estaba diciendo la señorita Deveraux —. Es un hombre tan entregado a sus deberes que apenas tiene tiempo de disfrutar de la vida.

—No seas exagerada, Isabeau, todas las semanas asistimos a algún evento social.

Lenore se fijó en que el señor Deveraux no destacaba especialmente por su atractivo, la naturaleza parecía haberle otorgado ese privilegio a su hermana; no obstante, era un hombre de aspecto amable y mirada limpia, algo que no podía decirse de ella.

—De vez en cuando asistimos a una representación teatral, una ópera o quizá uno o dos conciertos, a lo sumo, al mes. Señora Ashford, ¿no le parece insuficiente? —Marguerite abrió la boca, pero no pudo decir nada, puesto que la señorita Deveraux enseguida añadió—: Y se hace llamar «mi hermano»... Menos mal que cuento con la compañía de Edmund, él sí que sabe cómo entretener a una dama.

Tras estas palabras, la señorita Deveraux se volvió hacia Lenore y la miró con desidia, alzando una de sus cejas perfectamente perfiladas. La institutriz no pudo contenerse.

—Será una desgracia para usted, entonces, que la hayan arrastrado hasta este insólito lugar en mitad del campo donde sin duda no encontrará tales distracciones a su alcance.

Por un breve instante, la señorita Deveraux pareció sorprendida de que se atreviera a replicarle, pero enseguida recompuso su expresión vanidosa.

—Lo importante no es la calidad del evento, sino con quién se tiene la suerte de asistir. —Giró el rostro hacia el señor Cavendish y batió las pestañas con deliberada lentitud—. Y yo gozo de la mejor compañía de todas.

El señor Cavendish inclinó la cabeza con mesura; ella respondió con el mismo gesto antes de volverse de nuevo hacia Lenore.

—Pero no espero que una mujer como usted, habituada a la

soledad y al aislamiento, comprenda a qué me refiero.

Lenore apretó los puños bajo la mesa.

—Puede que la entienda mucho mejor de lo que cree.

Francis carraspeó a su lado, y Lenore casi habría jurado que lo vio llevarse la mano a la oreja, pero se negó a apartar la mirada de la mujer, que la observaba desde unos asientos más allá.

—Permítame que lo dude —aseguró la dama meneando la cabeza con compasión—. Entre usted y yo hay una diferencia tal que sería imposible que llegara a comprender mínimamente a lo que me refiero, por mucha imaginación que tuviera. —Su tono se volvió más punzante—. La posición social es algo insalvable, y usted mejor que nadie debería saberlo si de verdad pretende mantener su puesto de institutriz durante mucho tiempo.

La espalda de Lenore se tensó; alzó el mentón con dignidad, aunque la sangre le ardía bajo la piel. ¿Cómo se atrevía aquella mujer...?

—No lo haga —musitó entre dientes el señorito Francis—. No permita que tire por tierra lo que tanto nos ha costado conseguir.

El silencio cayó sobre la mesa como una pesada manta. Los ojos de la dama seguían clavados en ella, brillando con provocación. Su tono había sido de fingida lástima, casi como si se compadeciese de ella, pero a Lenore no la engañaba esa fachada inocente. Ambas sabían que su intención había sido de todo menos altruista.

Lenore cogió aire y lo soltó lentamente. Francis tenía razón, no podía dejarse arrastrar por una presuntuosa y deslenguada mujer que no sabía nada de su vida.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, bajó la mirada y se limitó a terminar el almuerzo en el más absoluto de los silencios.

No volvió a dirigir la mirada hacia la señorita Deveraux ni mucho menos hacia el señor Cavendish. Se limitó a remover las patatas que

acompañaban al bistec de un lado a otro y aferrarse a los cubiertos de plata con fuerza cada vez que las carcajadas de la señorita Deveraux trinaban en la sala, agudas como el tañido de una copa de cristal.

Cuando el resto de los comensales había abandonado el comedor, Francis se volvió hacia ella y le dijo:

—Apenas ha probado bocado, Le... señorita Gray.

—No tengo apetito.

El muchacho guardó silencio durante un tiempo tan largo que Lenore pensó que no iba a añadir nada más. Cuando habló, lo hizo con un lánguido suspiro.

—Espero que el resto de comidas en familia no sean como esta, porque empiezo a pensar que estaba mejor antes.

Lenore se volvió hacia él. Tenía los hombros hundidos.

—No debe hablar así, señorito Francis, su lugar está aquí, con su familia. —Ella bajó la vista antes de añadir—: Como ya le dije una vez, es cierto que a veces la familia puede ser... irritante. Incluso sucede que en muchos casos sus opiniones difieran por completo de las nuestras; pero, a pesar de las diferencias, ellos siguen siendo lo más importante de nuestras vidas, porque su amor es incondicional.

El silencio volvió a dominar el salón por completo, roto solo por alguno de los sirvientes que trataba de recoger la mesa.

—¿Usted tiene familia?

Lenore alzó la mirada y descubrió los ojos azules del muchacho clavados en ella. Mostraban una auténtica preocupación, no solo mera curiosidad, lo que la conmovió en lo más profundo.

—Sí, la tengo. Pero... —tragó saliva con dificultad— es una larga historia. Y se ha hecho muy tarde, deberíamos retirarnos.

—Me la contará algún día, ¿verdad?

Lenore inclinó la cabeza, a pesar de saber que jamás lo haría. Él

sonrió y se puso en pie, dispuesto a abandonar la sala.

—Nos vemos en una hora para las clases de Geografía, si le parece.

—Las clases, por supuesto. —El señorito Cavendish asintió con la cabeza—. Debo decirle, señorita Gray, que hay veces que olvido para qué la contrató mi padre.

—Pues no debería hacerlo.

—Supongo que una vez más debo darle la razón, pero es que Es usted demasiado hermosa para tratarse de una institutriz.

El señorito Cavendish bajó la mirada y abandonó el comedor de forma apresurada.

Lenore permaneció con la boca abierta observando cómo el muchacho se alejaba de ella. Cuando logró recuperarse, se puso en pie y siguió los pasos de Francis. Lo cierto era que no se sentía con fuerzas para enfrentarse a la señorita Deveraux ni al señor Cavendish, por lo que decidió refugiarse en su alcoba, a pesar de que lo que más deseaba era perderse por los jardines de la mansión. Sin embargo, si lo hacía corría el riesgo de encontrarse con alguno de ellos, por lo que subió lentamente los escalones que la llevarían al piso superior.

Al girar hacia el corredor que daba a su habitación, vio la espalda de Francis perderse en el final de este.

¿Qué hacía él allí? Su cuarto quedaba lejos de esa ala de la mansión...

Un extraño sentimiento la atenazó y sus pasos se dirigieron prestos a su alcoba. La puerta estaba entreabierta y la carta que había escrito a su tía Augusta parecía ligeramente fuera de lugar sobre su escritorio.

Se dijo a sí misma que era imposible que el muchacho la hubiese leído, que él nunca haría algo así. Pero... ¿y si estaba equivocada?

Capítulo 16

Desde la llegada de los Deveraux a la mansión Rosegate, Lenore se había limitado a salir de su alcoba exclusivamente para acudir a la sala donde ella y Francis se ocupaban de sus clases. No había vuelto a dar paseos por el jardín ni se había acercado al pueblo a enviar la misiva que escribió a su tía días atrás. De hecho, sus sentimientos habían cambiado tanto que no pensaba enviarla. La tenía guardada en el cajón del tocador e intentaba olvidarse de ella por completo.

Aunque el señorito Francis se esforzaba por amenizar sus días acercándose a visitarla a su habitación más allá de lo que se consideraba prudente, no podía negar que se sentía muy sola. En menos de una semana había pasado de creer que se había hecho un hueco en la familia a comprender que nadie reparaba en su ausencia. Es cierto que acudía rigurosamente a las comidas familiares, pero lo hacía solo porque sabía que su padre no dejaría ir a Francis si ella no asistía. Sin embargo, se mantenía en un estricto silencio y nadie le dirigía la palabra. Era como si todo el mundo la hubiese olvidado, como si fuese un espíritu que vagaba por la casa al que nadie podía ver ni oír.

Esa era la vida de la servidumbre, pensó. Hombres y mujeres

ignorados durante toda su vida que se limitaban a cumplir con su deber sin que nadie les dirigiera una palabra de gratitud. Porque, al igual que nadie se molesta en agradecer al aire que penetra en sus pulmones y lo mantiene con vida, tampoco los señores reconocen a sus criados la labor que día a día desempeñan para que todo salga a la perfección.

Hundió las manos en su rostro mientras el corazón se le encogía lentamente. Le dolió aquella injusticia que ella misma había cometido durante años y que ahora se volvía en su contra.

Cuando logró serenarse, se puso en pie y se situó frente a la ventana de su habitación. Contempló el cielo despejado y el sol que bañaba el jardín de la parte trasera de la casa, tiñendo de dorado los rosales. Era hermoso, sí, y había disfrutado de las mañanas de paseo al aire libre, pero la presencia de los nuevos inquilinos era un amargo recordatorio de que nada de aquello le pertenecía. Ni los rosales, ni el banquito donde solía pintar, ni siquiera su propia alcoba. Todo le podía ser arrebatado en cualquier momento.

Tal vez lo más sensato sería abandonar Rosegate Manor y volver a casa, después de todo. Tal vez su padre hubiera cambiado de opinión y...

Era una ilusa. Hacía más de dos meses que había tomado su decisión, y eso había modificado su vida para siempre. Ya no había vuelta atrás.

—¿Señorita Gray? —Unos golpes en la puerta acompañaron a la adusta voz del ama de llaves.

Lenore se limpió las mejillas antes de dar su permiso para que entrase la mujer.

—La señora Ashford reclama su presencia. Inmediatamente. La espera en el salón.

Una inclinación de cabeza bastó para que la enjuta mujer se diera

la vuelta y se marchase sin despedirse.

Lenore se acercó al tocador para recogerse los cabellos que se habían soltado del moño. Su tiempo tampoco le pertenecía, después de todo. Dejó escapar un profundo suspiro antes de salir de la alcoba.

—Oh, señorita Gray, cuánto nos alegramos de que haya podido bajar —exclamó Marguerite volviéndose hacia la puerta cuando Lenore accedió al salón—. Temíamos que hubiera enfermado, apenas se la ve estos días.

A pesar de las palabras de la señora Ashford, estaba claro que la señorita Deveraux no sentía la misma ilusión por verla que ella.

—Le dije que no debíamos molestar a la institutriz —dijo, con falsa modestia, la hermosa dama—. Nosotras mismas podríamos...

—He estado algo indispuesta, pero ya me encuentro mucho mejor.

El gesto contrariado de la señorita Deveraux bien merecía esa pequeña mentira.

—Eso es estupendo, querida, estupendo. —Marguerite señaló a Lenore la vajilla que había sobre la mesa—. No conseguimos decidirnos por una de estas dos. ¿A usted qué le parece?

Lenore paseó la mirada por la vajilla, así como por la cubertería y la cristalería que estaban desplegadas sobre la mesita. Sin duda, ambas eran de un gusto exquisito.

—A mi querida amiga Isabeau le gusta más una de ellas, pero yo prefiero la otra —añadió con una preocupación exagerada para el tema en cuestión—. Por eso he decidido llamarla, para que ponga fin a la tesitura en que nos hallamos.

A Lenore le hubiese gustado saber cuál de las dos era la opción elegida por la señorita Deveraux, solo para señalar la otra. Pero la señora Ashford no añadió nada más, y sabía que preguntárselo mostraría una deficiente educación por su parte. Por ello, se limitó a

observar detenidamente y a procurar ser lo más sincera posible, rogando en su interior que sus gustos no coincidieran con los de esa odiosa mujer.

A la derecha, una vajilla de porcelana blanca con filigranas plateadas se extendía sobre el mantel. El conjunto desprendía un aire de ostentación discreta: las copas, altas y finas, estaban grabadas con un motivo de hojas de acanto que centelleaban bajo la luz de los candelabros.

A la izquierda, en cambio, la porcelana lucía un tono marfil suavemente cálido, decorada con guirnaldas de flores pintadas a mano en tonos malva y verde que a Lenore le recordaron a los campos de lavanda de su hogar. Aquella vajilla no era tan elegante como la otra, desde luego.

Lenore no tardó en decidir cuál prefería, aunque se cuidó mucho de que su expresión no lo delatara de inmediato. Después de unos minutos de silencio en los que la amiga del señor Cavendish no dejó de removerse, ajena a la meticulosa observación que Lenore estaba llevando a cabo, anunció:

—Esta, sin duda. La porcelana con motivos florales tiene algo acogedor; creo que aportará un toque alegre a su baile, señora Ashford.

Marguerite se volvió hacia la señorita Deveraux, y Lenore temió haber coincidido con ella. Pese a que el silencio apenas duró unos segundos, fue suficiente para que su corazón se detuviera.

Sin embargo, la señora Ashford sonrió complacida.

—Justo lo que pensaba, querida. Sabía que comprendería mi punto de vista. Oh, no sabe cuánto lo lamento, querida Isabeau. —La señora Ashford se volvió hacia su nueva amiga y le cogió las manos—. Pero no debe entristecerse por ello. Hay muchas otras decisiones que tomar para el baile: está la música, la decoración, los

aperitivos...

—No se apure, Marguerite, no estoy molesta en modo alguno, y puede seguir contando con mi ayuda en todo cuanto precise. No pienso dejarla sola.

—Es usted todo corazón, querida.

—Será el mejor baile del verano. Tan solo necesita organizarlo con la ayuda de una dama de verdad, y para eso me tiene a mí.

La señorita Deveraux tomó del brazo a la señora Ashford y la condujo hasta la mesa, donde le señaló una mantelería que, para el gusto de Lenore, era demasiado recargada. Viendo la escena que sucedía justo delante de ella comprendió que su momento había pasado. Solo habían precisado su opinión y, una vez dada, podían prescindir de su persona. Dirigió una última mirada a las dos mujeres, que parecían haber sido amigas desde siempre, y lanzó un profundo suspiro.

Cuando se dio la vuelta, dispuesta a abandonar el salón, estuvo a punto de chocar contra alguien.

Edmund Cavendish.

Llevaba su sombrero de copa en la mano, como si estuviera a punto de salir, y la miraba fijamente con sus ojos negros. Lenore se quedó inmóvil, sin saber qué decir ni qué hacer, limitándose a devolverle la mirada.

—Sería bueno que... —El señor Deveraux caminaba detrás de su amigo y se detuvo al ver que este no se movía. Se asomó por encima del hombro de Edmund y la vio—. Ah, señorita Gray, es usted.

Lenore desvió la vista hacia el señor Deveraux y se las ingenió para inclinar la cabeza, todavía incapaz de articular palabra.

—Ed, ¿qué hacéis aquí? —La señorita Isabeau reclamó la atención del señor Cavendish, y este desvió la mirada hacia ella, pero no se

apartó de la puerta.

—Veníamos a invitaros a dar un paseo —respondió el señor Deveraux internándose en el salón mientras pasaba junto a su amigo—. Hace una mañana estupenda.

—Imposible, señor Benoit, tenemos un millar de cosas que preparar —replicó la señora Ashford señalando la vajilla que descansaba sobre la mesa.

—No creo que esos platos se muevan de aquí, querida Marguerite —adujo la señorita Deveraux colgándose del brazo del señor Cavendish—. Cuando volvamos, podremos seguir con nuestras tareas.

—Pe-pero...

—Si lo desea —atajó Lenore—, yo puedo quedarme con usted.

Marguerite sonrió con amabilidad mientras dejaba caer ligeramente los hombros.

—Lo cierto es que creo que debería venir con nosotros, señorita Gray. —El señor Deveraux se adelantó y le tendió el brazo—. Últimamente se la ve salir poco de su alcoba, y eso no es nada bueno para su salud.

—Benoit, si la institutriz ha dicho que se queda, no deberías obligarla a hacer algo que no desea —afirmó la señorita Isabeau con un tono que denotaba su desagrado.

—¿Qué me dice? —insistió el señor Deveraux ignorando a su hermana.

Lenore desvió solo un instante la vista hacia el señor Cavendish, pero fue suficiente para comprobar que su rostro estaba más serio que de costumbre. Cuando miró de nuevo al señor Deveraux, negó con la cabeza.

—Se lo agradezco mucho, pero...

—Tienen razón, querida, debería ir con ellos. —Marguerite se

había acercado a ella y le sonreía con cariño—. Un paseo le sentará bien y acabará por solucionar ese malestar que ha sentido estos días.

Lenore creyó ver por el rabillo del ojo que el señor Cavendish le dirigía una mirada, pero para cuando dio las gracias a la señora Ashford por su interés y se despidió de ella, Edmund ya había abandonado el salón junto a la señorita Deveraux.

A Lenore no le quedó más remedio que aceptar el brazo del señor Deveraux y emprender un paseo del que estaba segura se arrepentiría el resto de su vida.

—No sabía que hubiese estado indispuesta, señorita Gray —le dijo el señor Deveraux una vez que salieron de la casa.

—No ha sido nada, solo algo de cansancio.

—Supongo que debe ser agotador impartir lecciones durante todo el día.

Sorprendida, Lenore giró la cabeza hacia el señor Deveraux, cuyos ojos grises sonreían con calidez.

—Se equivoca, Francis es un muchacho muy aplicado. Sus conversaciones son de lo más interesantes y, aunque detesta la geografía y la literatura, le apasiona hablar de filosofía y matemáticas.

—Es un amante de los números, entonces.

—Parece que sí. Aunque el pensamiento humano también le atrae. Las grandes preguntas que se ha hecho el hombre a lo largo de la vida. —La vista de Lenore se perdió en algún punto del horizonte—. ¿Quiénes somos? ¿Hacia dónde vamos? Me hubiese gustado que estuviera aquí esta mañana para que nos hubiese acompañado, lástima que haya tenido que ir a visitar a los señores Moore. Habría podido comprobarlo por usted mismo.

Lenore se percató entonces del silencio que se había instalado y

volvió la cabeza hacia el señor Deveraux. Él la miraba de una forma extraña, casi con diversión.

—Ahora entiendo lo que quería decir mi buen amigo Edmund cuando me hablaba de usted.

—De... ¿de mí?

—No dejó de hacerlo desde que vino a Londres.

Lenore dirigió la vista al frente, donde caminaban el señor Cavendish y la señorita Deveraux. Hablaban en susurros y de vez en cuando miraban hacia atrás para después soltar una alegre carcajada.

—Ya, imagino lo que le habrá contado —aseveró ella, recordando el ultimátum que le había dado a su padre cuando intentó que la despidiera.

—Pues sí, me lo contó todo. —El señor Deveraux sonrió mirando hacia delante—. Jamás había escuchado de su boca tantos halagos, créame, Edmund no es dado a mencionar las virtudes de otro sin estar convencido de ello.

—¿Virtudes?

—No sea modesta, señorita Gray. Me contó que ha conseguido doblegar al obstinado Cavendish padre, que por fin ha permitido que el hermano de mi buen amigo ocupe su lugar en la familia, algo por lo que él lleva luchando más de dos años y ha sido incapaz de lograrlo. —Soltó una carcajada, pero entonces su mirada adquirió un tinte pensativo y su tono se suavizó—. De hecho, ese fue el detonante que empujó a Edmund a abandonar su hogar. Se negó a seguir viviendo en Rosegate cuando supo que su hermano había sido internado en un colegio londinense. Abandonó su casa y todas las comodidades que esta le ofrecía y se limitó a regresar para las vacaciones de verano, cuando lo hacía Francis. —Dirigió una mirada cargada de compasión hacia Lenore—. Fue duro para él comenzar

desde cero en la bulliciosa Londres, créame.

—Yo... no sabía...

Lenore volvió a contemplar la figura del señor Cavendish, la silueta de sus hombros y su sombrero de copa recortados contra la luz de la mañana, y de repente ya no le pareció tan altiva.

—Pero no hablemos del pasado, sino del presente, señorita Gray, que parece ser mucho más luminoso. Porque imagino que Edmund se habrá deshecho en elogios con usted. —Las cejas de Lenore se elevaron—. No solo consiguió convencer a su padre de que admitiera a Francis, sino que a su regreso de Londres encuentra la feliz noticia del baile. Tal acontecimiento era impensable que pudiera suceder en Rosegate, pero usted lo ha conseguido. Supongo que Edmund ya le habrá dado las gracias convenientemente, ¿me equivoco?

El señor Deveraux se quedó mirándola y Lenore no supo cómo expresar lo que pensaba sin molestar a aquel hombre.

—Lo cierto es... que no me ha dicho nada. Pero tampoco espero que lo haga —trató de suavizar la situación al ver los ojos sorprendidos de su interlocutor—, todos sabemos que a una institutriz no se la tiene demasiado en cuenta.

—No puede ser cierto lo que me dice. —El señor Deveraux meneaba la cabeza con evidente disgusto—. Ah, Edmund, tan valiente para unas cosas y tan... En fin, no se apure, antes o después lo hará. Mi buen amigo sabe otorgar el reconocimiento a quien se lo merece, como es su caso. Tuvo usted una gran ocurrencia al pensar en un baile.

—Bueno, en realidad la idea partió de la señora Ashford, yo solo di un pequeño empujón al señor Cavendish.

El señor Deveraux soltó una profunda carcajada.

—¡Un pequeño empujón...! —Sacudió la cabeza de nuevo y Lenore no supo si sonreír o no—. Es usted realmente encantadora.

No me extraña que el corazón noble y generoso de Edmund se deshaga en elogios cuando la menciona.

En la cabeza de Lenore se repitieron una y otra vez las palabras con la que el señor Deveraux acababa de describir a su amigo: un hombre de corazón noble y generoso. Un hombre bueno.

Cuando dirigió de nuevo la vista al frente y vio al señor Cavendish sonreír con evidente coqueteo a la señorita Deveraux, no pudo evitar preguntarse si ambos estaban hablando de la misma persona.

Capítulo 17

Lenore había intentado retrasar lo máximo posible el momento de bajar a tomar el desayuno. Prefería no encontrarse con nadie y, puesto que una de las criadas le había dado aviso de que Francis había pasado la noche con sus vecinos y todavía no había regresado, no sentía la obligación de compartir mesa con ninguno de los habitantes de la casa.

El baile Cavendish había sido el tema central durante las últimas semanas. Hacía años que no se celebraba un evento así en Rosegate Manor, lo que elevaba las expectativas de todos. Esto había hecho que la señora Ashford no dedicase un segundo de su tiempo a otro asunto. La señorita Deveraux, que para disgusto de Lenore seguiría alojada allí hasta después del baile, se había encargado de acompañar a la señora Ashford en todos los preparativos. De vez en cuando, Marguerite había vuelto a solicitar su opinión, pero la señorita Deveraux se encargaba de opinar por las tres. Por supuesto, siempre optaba por las opciones más ostentosas: candelabros de cristal tallado, centros de mesa con flores exóticas, figuras de azúcar importadas de París...

Tan solo unos meses atrás, y aunque nunca lo admitiría en voz

alta, Lenore habría estado de acuerdo con la mayoría de sus elecciones. Pero lo cierto es que ya no era la dama que había organizado grandes bailes y, no poco sorprendida por ello, su estancia en Rosegate la había enseñado a apreciar la belleza de lo sencillo.

De cualquier modo, la mañana ya estaba muy avanzada, y no podía retrasar por más tiempo la salida de su alcoba o todos pensarían que era una mujer dada a la holgazanería, lo cual estaba muy lejos de ser cierto.

No sin antes dejar escapar un largo suspiro, abandonó su habitación y descendió uno a uno los escalones de reluciente mármol que la conducirían directamente hasta el comedor. Por suerte, solo la señora Ashford se encontraba allí.

—Buenos días, querida. Me alegro de que haya llegado a tiempo para tomar el desayuno conmigo. Odio comer sola. Además, tenemos mil cosas que decidir todavía. El baile es esta misma noche y no podría soportar la idea que algo saliera mal.

—Buenos días, señora Ash...

—Oh, ya sabe que puede llamarme Marguerite, entre nosotras no son necesarias tales formalidades. Es usted casi como de la familia.

Lenore sonrió, pero sabía que esas palabras estaban muy lejos de ser ciertas. Ni siquiera al propio Francis se lo consideraba un miembro de la familia con pleno derecho. Muchísimo menos a ella, que no era más que una simple institutriz en cuya presencia apenas reparaban los habitantes de Rosegate.

—... y es una lástima que nos hayamos quedado tan solas usted y yo, ¡con todo lo que hay que hacer! En fin, de nada sirve lamentarse —continuó la señora Ashford en lo que parecía ser un monólogo eterno—. Sin embargo, no conviene demorarnos, hoy es la gran noche y aún quedan algunos detalles que deberíamos dejar cerrados

cuanto antes. Yo creo que podríamos aprovechar la ausencia de Francis para...

—No sabrá usted el motivo que lo retiene en casa de los señores Moore, ¿verdad? —la cortó Lenore, a sabiendas de que la señora Ashford era de esas personas que no se molestaban por ser interrumpidas. Al contrario, eso les daba un nuevo motivo para seguir hablando.

—Oh, no podría afirmarlo con seguridad, pero me atrevería a decir que Frankie busca lo que cualquier muchacho de su edad.

La señora Ashford se metió en la boca un pastelito de mantequilla mientras dirigía una mirada cómplice a Lenore. Ella, en cambio, se quedó mirándola fijamente.

—Desconocía que los señores Moore tuvieran una hija de la edad de su hermano —dijo al tiempo que se servía una taza de té.

—¿Una hija? —Marguerite depositó su taza de porcelana sobre la mesa—. No tienen ninguna hija. Ni hijos tampoco. El destino a veces es así de injusto, ¡qué le voy a contar a usted! Tan joven y condenada de por vida a permanecer soltera y cuidar de los hijos ajenos.

Lenore decidió ignorar la apreciación de aquella mujer. No quería mirar al futuro y pensar que esa era la única salida que le ofrecía.

—Entonces... —se aventuró Lenore, pero la señora Ashford la interrogó con la mirada—. Ha dicho que Francis buscaba lo que cualquier muchacho de su edad...

Marguerite tardó un momento en contestar, pero cuando lo hizo una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Un buen traje, señorita Gray. Francis solo quiere destacar en el baile de esta noche. Imagino que tendrá en mente alguna chica a la que conquistar y desea desplegar ante ella todos sus encantos. Y no hay mejor manera de hacerlo que luciendo un aspecto

deslumbrante. —Marguerite se dio unos toques en los labios con la esquina de su servilleta y se volvió hacia Lenore—. Y usted ¿ha pensado ya qué va a ponerse?

Ella bajó la mirada hacia su sencillo vestido de lana gris, nada apropiado para un baile, desde luego.

—¿No me irá a decir que pensaba acudir así? —exclamó la señora Ashford abriendo mucho los ojos—. Todo el mundo lucirá sus mejores galas. Imagínese, la señorita Deveraux ha obligado a su hermano a partir a primera hora de la mañana a Londres con la única intención de acompañarla a recoger un vestido. Me ha dicho que era de seda importada de Francia y que lo guardaba para lucirlo en una ocasión especial. Ya habrá supuesto usted que los hermanos Deveraux tienen raíces francesas y ya sabe lo que se dice de ellas... —Lenore frunció el ceño sin comprender. La señora Ashford se acercó y le confió en apenas un susurro—: Que usan sus deslumbrantes vestidos para cazar marido.

Lenore estuvo a punto de soltar que no le importaba lo más mínimo lo que hiciera la señorita Deveraux, pero se contuvo y tan solo carraspeó antes de hablar:

—No tengo más vestidos que los propios de una institutriz; porque, como comprenderá, no pensaba acudir a ningún baile.

—Por supuesto, querida, por supuesto. —Le sonrió Marguerite con amabilidad—. Y no debe preocuparse por ello. Estoy segura de que encontraremos algo para usted.

—Se lo agradezco mucho, pero no es necesario que...

—Por supuesto que lo es, ¡faltaría más! Su intervención fue crucial para que este baile se llevara a cabo. Bien merece usted lucir en todo su esplendor.

Lenore sonrió. Sabía que era inútil llevarle la contraria a la señora Ashford, pero también sabía que era imposible encontrar un vestido

para ella con tan poco tiempo de antelación. Sin embargo, decidió agradecer el interés de aquella mujer.

—Es usted muy amable.

—Tonterías. —Marguerite agitó la mano restándole importancia al asunto—. Solo hago lo que es de justicia.

—¿Qué es de justicia?

El señor Cavendish entró al comedor y Lenore bajó la mirada de manera instantánea hacia su taza de té.

—Oh, Ed, cuánto agradezco tu llegada. —Marguerite se puso en pie—. Acabo de concluir mi desayuno y no quería dejar sola a la señorita Gray, pero no puedo demorar por más tiempo mis obligaciones. Tengo un baile que preparar.

Y con sus últimas palabras dibujó una sonrisa y guiñó un ojo a su hermano, dispuesta a abandonar la sala.

—En realidad, yo... —comenzó a decir Lenore.

—No, no. Ni se le ocurra moverse, apenas ha tomado dos sorbos de té —la regañó Marguerite como lo haría una madre—. Seguro que a Edmund no le importará acompañarla. Además, es consciente de que un caballero que se precie jamás dejaría desayunando sola a una dama.

El señor Cavendish inclinó la cabeza en dirección a su hermana, pero dirigió una mirada de reojo a Lenore, que contenía el aliento.

—Por supuesto, Maguy, tienes toda la razón.

—Lo sé, siempre la tengo —apostilló la señora Ashford antes de desaparecer por la puerta.

Cuando el señor Cavendish se sentó en una de las sillas más cercanas a la puerta, Lenore bajó de nuevo la vista hacia su té, que empezaba a quedarse frío, mientras sopesaba la mejor forma de abandonar el comedor sin parecer demasiado descortés. Aunque lo cierto era que aquel hombre llevaba días ignorándola, exactamente

desde que había regresado acompañado de... sus amigos. No tenía sentido que se sintiera violenta por permanecer en silencio o por abandonar al señor Cavendish cuando él, literalmente, no le prestaba la más mínima atención.

Con este pensamiento, se puso en pie dispuesta a marcharse sin mediar palabra. No le debía nada a aquel hombre, por mucho que su amigo, el buen señor Deveraux, se empeñara en hablar de él como si fuera la mejor persona del mundo.

Sin embargo, apenas había dado su primer paso cuando las palabras del señor Cavendish la hicieron detenerse.

—Todavía no he tenido la oportunidad de darle las gracias por todo lo que ha hecho por... nosotros.

Lenore se congeló en el sitio, e inmediatamente rememoró la conversación que el señor Deveraux había tenido con ella el día anterior. No podía ser casualidad. Estaba claro que su amigo había obligado al señor Cavendish a decir aquellas palabras.

No supo si reír o indignarse.

—No tiene nada que agradecerme. Y ahora, si me disculpa...

Lenore inclinó la cabeza y se encaminó hacia la puerta, pero Edmund le cortó el paso.

—Sé... que no le he... —El señor Cavendish bajó la mirada hacia sus botas de cuero pulido—. No le he prestado la suficiente atención estos últimos días.

¿Atención? La desconcertaron las palabras que había escogido, y era evidente que no le resultaba agradable pronunciarlas. Pronto, la sorpresa dio paso a la irritación.

—En efecto, no, no lo ha hecho. —El señor Cavendish alzó la cabeza y clavó sus ojos negros en ella, lo que la obligó a tragar saliva para poder continuar—: Pero, a decir verdad, me importa muy poco si lo hace o no. Mi único cometido en esta casa tiene que ver

con su hermano menor, no con usted.

Lenore se hizo a un lado para sortear al señor Cavendish, pero este puso una mano sobre su brazo para retenerla. Ella se quedó inmóvil; y con su corazón latiendo de manera frenética, posó la mirada sobre el punto donde él la estaba tocando.

El señor Cavendish retiró la mano al instante.

—Comprendo... —murmuró, y tuvo que aclararse la garganta para continuar con voz más firme—. Comprendo que Francis sea su única preocupación, y es precisamente por todo lo que ha hecho por él por lo que me siento tan agradecido. Yo... nunca lo había visto tan feliz. Y no sabe lo que eso significa para mí. Por eso le ruego que acepte mis disculpas por no haberla tratado como se merece.

Los ojos del señor Cavendish seguían clavados en ella como estacas de tinta. Lenore se desarmó al recordar que ese hombre había tomado la decisión de abandonar su hogar y las comodidades que Rosegate le ofrecía cuando supo que su hermano había sido internado en un colegio londinense.

Apartó la vista y dio un largo suspiro antes de verse con fuerzas para volver a mirar al señor Cavendish.

—Disculpas aceptadas.

La comisura del labio de él se elevó mientras sus ojos permanecían fijos en los de ella.

Edmund Cavendish sonriéndole suponía una imagen inaudita. De repente, su rostro ya no parecía el de una estatua griega, elegante y fría. No. Ahora se veía cálido y galante, con los mechones oscuros acariciando su frente y una noche de verano danzando en sus ojos.

No fue consciente del tiempo que llevaba observándolo hasta que el señor Cavendish carraspeó. Ella apartó la vista sin saber bien dónde fijarla.

—Si tiene a bien acompañarme —dijo él haciéndose a un lado—,

me gustaría mostrarle mi agradecimiento enseñándole algo.

—Lo cierto es que debería ir a ayudar a su hermana con...

—Estoy seguro de que Maguy seguirá necesitando de usted dentro de unos minutos, ¿qué me dice?

Lenore intentó no volver a mirar el rostro del señor Cavendish, pero finalmente no pudo evitarlo, y al hacerlo no tuvo más remedio que aceptar su invitación con un asentimiento de cabeza. Edmund sonrió levemente y le ofreció su brazo. El suavísimo tejido de su chaqueta le acarició la mano cuando la joven lo aceptó y salieron juntos del comedor.

Ascendieron por la escalera hasta el segundo piso, giraron a la izquierda para recorrer el largo pasillo y Lenore se dejó guiar hasta una habitación situada al fondo de este. Volvió la cabeza un par de veces durante el trayecto, porque era consciente de que por aquella parte de la casa no había nadie.

Cuando el señor Cavendish metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una llave, ella dio un paso atrás; él no se dio cuenta y, simplemente, la introdujo en la cerradura y la giró.

La puerta se abrió con un quejido, muestra de que aquella habitación no se usaba de forma asidua. La luz apenas atravesaba las tupidas cortinas que ocultaban los ventanales, lo que sumía aquella polvorienta sala en la penumbra, apenas rota por un par de rayos de sol.

—Usted primero —la invitó el señor Cavendish.

Lenore no se movió un ápice de su sitio. Había escuchado historias acerca de los hombres que se aprovechaban de las muchachas del servicio, pero nunca había querido creer que fuesen ciertas. Ahora, en cambio, estaba viviendo su propia pesadilla.

Pero ella no era una inculta a la que se pudiese engañar con halagos y falsa gratitud. No, ella tenía muy claro lo que hacer, sin

importarle si perdía su empleo por defender su honor.

Se giró en redondo y elevó el mentón, enterrando su decepción y haciendo acopio de todo su coraje.

—Puede que el numerito de caballero arrepentido le haya dado resultado con alguna criada desafortunada, pero sepa usted que no será así conmigo. No soy tan estúpida como para creer que ha cambiado la opinión que tiene de mí solo por pedirme disculpas mientras se atragantaba con su propia saliva, y menos aun cuando me ha ignorado por completo durante los últimos días. —El señor Cavendish abrió la boca para decir algo, pero Lenore lo ignoró y siguió hablando con más fervor—. Olvídese si cree que voy a caer rendida a sus pies o que pienso acceder a entrar a una habitación a oscuras con su única compañía. Porque ni es usted lo suficientemente atractivo como para que lo haga ni todas las promesas que se invente me arrastrarán a hacerlo.

Lenore se giró para dar la espalda al señor Cavendish cuando él habló con voz queda:

—Siento que me tenga en tan baja estima, señorita Gray. —Ella se volvió para replicarle, pero no tuvo tiempo de hacerlo porque él entró con paso decidido a la habitación y descorrió las cortinas con un enérgico movimiento—. Tan solo deseaba mostrarle el taller de pintura de mi difunta madre.

La boca de Lenore se fue cerrando lentamente según iba siendo consciente de lo que acababa de suceder. Había insultado de la peor manera posible al señor Cavendish.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Lenore fue internándose en aquella sala llena de lienzos ocultos bajo sábanas blancas. Pinturas resecas sobre paletas y pinceles metidos en vasos vacíos completaban la imagen de un lugar idílico para cualquier artista. En uno de los rincones se podía ver, sobre un caballete, el retrato de

una mujer. Lenore se acercó y lo contempló largamente.

—Es...

—Mi madre —completó Edmund situándose a su lado.

Los ojos azules y la tez pálida de aquella hermosa mujer le resultaron sumamente familiares.

—Francis se parece tanto a ella...

—Lo sé, es su vivo retrato.

Lenore se volvió hacia el señor Cavendish, que contemplaba el cuadro con un brillo especial en los ojos. Cuando él se giró para mirarla, Lenore apartó la vista.

—Yo... siento lo que he dicho...

—¿Se refiere a lo de que no soy lo suficientemente atractivo?

Lenore levantó la cabeza como un resorte y sus mejillas amenazaron con estallar en llamas cuando vio la media sonrisa del señor Cavendish. Bajó de nuevo la mirada, incapaz de enfrentarse a la de él.

—Me... me refería a que yo... que usted...

—No se preocupe, la culpa es mía. Debí haberle explicado dónde pretendía llevarla. —Lenore alzó la cabeza de nuevo y esta vez pudo sostener la mirada de Edmund, que sonreía abiertamente—. Aunque supongo que debe tener muy mala opinión de mí cuando me cree capaz de hacer cosas tan horribles como las que ha insinuado.

—Yo no tengo mala opinión de usted —se defendió ella, pero vio el brillo divertido en los ojos de él y supo que solo bromeaba.

—¿No? Y entonces ¿qué es lo que opina de mí, si puede saberse?

Lenore abrió la boca dispuesta a responderle, pero aquello era terreno pantanoso, así que decidió meditar bien su respuesta.

—Veo que no lo tiene muy claro —añadió él, ampliando su sonrisa.

Así no podía pensar con claridad.

Él caminó hasta el amplio ventanal que ahora permitía pasar la luz

del sol y le hizo un ademán con la cabeza para invitarla a acercarse.

Lenore lo hizo y vio desde allí el pequeño jardín al que solía ir a pintar y del que tanto disfrutaba. El arco de rosas, los bancos de piedra, el camino de grava..., su pequeño refugio.

—Ese era el jardín donde mi madre solía pintar cuando no lo hacía en esta sala. —Edmund se volvió hacia ella y la miró con intensidad —. Tal y como hace usted.

Lenore apartó la vista de la ventana y posó los ojos en los de él. Quiso decir algo, pero no encontró nada apropiado, así que dejó que el silencio se extendiese sobre ellos mientras los rayos de sol acariciaban su piel. Casi sin ser consciente, Edmund dio un paso al frente y se acercó a ella un poco más. Y entonces...

—¡Señorita Gray!

La voz de Francis resonando por el pasillo la hizo volver a la realidad y separarse de forma brusca del señor Cavendish. Sintió el rubor de sus mejillas y pidió al cielo que Francis no la descubriese allí, en aquella habitación.

—No... no deberíamos estar aquí —dijo ella, dándose la vuelta y caminando hacia la puerta.

—No se apure, nadie sube nunca a esta sala.

—No se trata de que nos descubran en este lugar, sino de que resulta del todo inapropiado que estemos... a solas.

Lenore sintió de nuevo el calor en sus mejillas, incapaz de volver el rostro al señor Cavendish, que de repente parecía no escatimar en sonrisas, y se marchó sin añadir nada más.

Capítulo 18

El espejo le devolvió la imagen de una joven hermosa, demasiado para tratarse de una institutriz, tal y como había apostillado alguien días atrás.

Pero lo cierto era que Lenore no veía el fulgor que arrancaba la seda color marfil de su vestido ni los encajes de las mangas que dejaban entrever sus brazos. Tampoco le llamaba la atención el entalle del corpiño, que resaltaba su cintura, ni el recogido perfecto de su cabello dorado.

No. Era incapaz de percibir toda aquella hermosura que el espejo le mostraba, porque ella solo alcanzaba a ver la verdad que se escondía tras la imagen de su propio reflejo.

La de una impostora.

Cuando escuchó de nuevo golpear la puerta, supo que debía salir antes de que la excitación de lo que estaba por suceder se apoderase de él y entrase a buscarla. Suspiró profundamente, se armó de valor y adoptó la identidad falsa que tan útil le había resultado durante las últimas semanas y de la que ya no podía desprenderse.

Había mentido a todos, y ahora eso le oprimía el pecho hasta

dejarla sin aliento.

Lenore se giró para dar la espalda a esa imagen que le revolvía el estómago, se acercó a la puerta y compuso una sonrisa forzada en sus labios. Mientras lo hacía, sintió cómo su corazón la acusaba de traidora por primera vez desde que decidió tomar las riendas de su propia vida.

—No puedo creer que los hombres sean tan impacientes. —Marguerite entró en su alcoba como una exhalación—. No hay quien les haga entender que... ¡Oh, querida, estás preciosa!

Los ojos de la mujer brillaron al contemplar a Lenore.

—Le agradezco profundamente que me haya prestado este vestido, pero creo que es demasiado para...

—Tonterías. Una mujer nunca está *demasiado* hermosa. —La señora Ashford se acercó a ella y la tomó de las manos con cariño—. Además, si hay alguien que lo merece es usted, por haber logrado que se celebre en Rosegate el primer baile en años.

—En realidad, lo conseguimos las dos. No se quite usted mérito, señora Ashford.

—Marguerite, querida, llámeme Marguerite.

Lenore asintió, aunque era muy consciente de que había líneas que no debía traspasar si no quería que su corazón la traicionara. Y encariñarse de la hermana del señor Edmund Cavendish era una de ellas.

Unos golpes en la puerta arrancaron un suspiro a Lenore.

—Creo que deberíamos salir si no queremos que alguien pierda la paciencia.

—De vez en cuando viene bien hacer esperar a los hombres. —Marguerite le guiñó un ojo con complicidad—. No conviene que piensen que somos fáciles de conquistar, ¿no es cierto?

—Como comprenderá, yo no pretendo conquistar a nadie. —Se vio

en la obligación de aclarar—. Asisto al baile obligada por su padre. De otro modo, el señorito Francis no podría...

—Lo sé, querida, lo sé, y se lo agradezco sobremanera. Pero no he venido hasta aquí por eso, sino para traerle esto.

Marguerite se giró para coger una caja de terciopelo azul que había dejado en el tocador al entrar en la habitación. Cuando la abrió para mostrar su contenido a Lenore, ella se quedó sin aliento. La señora Ashford sostenía entre sus manos un deslumbrante collar de perlas, y cuando le pidió a Lenore que se diese la vuelta para poder ponérselo, ella negó con la cabeza de manera reiterada.

—Vamos, señorita Gray, no sea modesta. Un baile es la ocasión ideal para que una hermosa joven pueda mostrar sus encantos sin que la tachen de ser superficial ni presumida. Ha de aprovechar la oportunidad.

No sin un deje de culpabilidad, Lenore dejó que le pusiera el collar. Cuando se giró, Marguerite la contempló largamente.

—No sé cómo agradecérselo, señora Ash... Marguerite.

Esta hizo un gesto con la mano restándole importancia, pero en su mirada se hizo patente el afecto que había crecido entre ambas las últimas semanas. Lo cierto era que Marguerite era una mujer mucho más apacible cuando no tenía que estar pendiente de sus hijos. Más que reprochárselo, Lenore no podía sino compadecerse de su carácter sobreprotector.

—No hay nada que agradecer, querida. Tenerla a usted aquí supone una alegría para mí. —Se acercó un poco más y, aunque no había nadie más en la sala, bajó el tono cuando añadió—: Y, entre nosotras, prefiero que sea usted la que brille por encima de la señorita Deveraux. No me malinterprete, aprecio a la amiga de mi hermano, pero hay algo en ella que no acaba de convencerme, como... No lo sé, como si nos estuviera ocultando algo.

Lenore tuvo que cerrar la boca para no dejar escapar un leve jadeo, pero Marguerite no se dio cuenta y avanzó hacia la puerta.

—Vamos, querida, no queremos que el baile dé comienzo sin nosotras. —La señora Ashford se volvió hacia ella para admirarla una última vez—. Recuerde que solo debe ser usted misma y todos la adorarán.

Lenore se forzó a dibujar una sonrisa mientras su pecho la oprimía por momentos. Había mentido a todos, pero lo más desolador era sentir que se había mentido a sí misma.

Su única intención había sido huir de una vida impuesta, escapar de los brazos de un hombre. ¿Todo para qué? ¿Para que ahora su corazón la traicionase haciéndola suspirar por otro?

Dirigió un último vistazo a la imagen del espejo. No era la de una institutriz sumisa y obediente. Era la de quien deseaba ser en ese momento: una dama deslumbrante dispuesta a conquistar el corazón de un hombre.

No, Lenore ya no quería ser institutriz. Solo quería volver a ser ella misma.

Pero no podía.

La señora Ashford abrió la puerta y él sonrió al verla.

—Está usted... increíblemente hermosa, señorita Gray —dijo el señorito Francis, ofreciéndole su brazo.

—Es usted todo un caballero —respondió ella, inclinando su cabeza como si todo se tratara de un juego.

Sin embargo, a Lenore le pareció ver que el muchacho se ruborizaba, y se sintió culpable de nuevo. Tal vez, a lo largo de los días y sin ser consciente de ello, le había dado pie a pensar algo que no era. Quizá su cercanía y su confianza habían crecido demasiado entre ellos y, aunque ella lo veía solo como un adolescente encantador, puede que él hubiese interpretado mal su

comportamiento.

A pesar de ello, Lenore aceptó el brazo de Francis, porque en ese momento nada podía hacer.

—Recordad que no debéis apresuraros al descender por la escalera ni al caminar por el salón. La lentitud es siempre muestra de elegancia. —La señora Ashford caminaba con estudiada parsimonia por delante de ellos mientras hablaba. Por supuesto, ignoraba que Lenore ya había asistido a decenas de bailes y no necesitaba de sus instrucciones—. Tampoco os debéis dejar intimidar por el resto de invitados. Lo mejor siempre es sonreír y asentir con la cabeza. Cuanto menos ofrezcáis vuestra opinión, mejor impresión se llevarán de vosotros. En realidad, a la gente no le gusta conversar, lo que realmente le agrada es ser escuchada y admirada, así que os recomiendo que seáis comedidos con vuestras palabras. Hay muchas personas ahí abajo a las que no conoceréis, pero eso no os debe abrumar, yo iré presentándoos a algunas para que no estéis exentos de atenciones. Por lo demás, Francis, nunca hables con una señorita que no te haya sido presentada antes; y usted, señorita Gray..., bueno, usted limítese a aceptar todos los bailes que le pidan. Con eso estará más que ocupada.

Marguerite rio ante su propia apreciación y Lenore intentó sonreír como muestra de agradecimiento a sus palabras, pero lo cierto era que no pensaba bailar con nadie esa noche. Su intención desde el principio había sido pasar desapercibida, dado que no había podido hacerse con la lista de invitados y no tenía ni la menor idea de quiénes acudirían al baile. Y, aunque dudaba que hubiera alguien conocido estando tan lejos de su hogar, nunca se podía estar seguro de ello. Aunque, a decir verdad, el increíble vestido que le había prestado la señora Ashford junto al espléndido collar de perlas hacían que fuese casi imposible no reparar en ella, lo que la

preocupaba sobremanera.

—Y hasta aquí los acompaño —concluyó Marguerite finalmente—. A partir de ahora, seguirán ustedes solos. Mi última recomendación es ¡que disfruten del baile!

Cuando la hermana de Francis los abandonó, Lenore sintió algo de vértigo, y sin ser muy consciente de ello, aferró con más fuerza el brazo del señorito Francis.

—No tema, señorita Gray, no la dejaré sola.

Lenore lo miró y lamentó profundamente haber mentido a ese muchacho cuyo corazón todavía era puro y limpio.

—Gracias —musitó, sintiendo que la garganta se le cerraba.

Continuaron avanzando por el largo corredor hasta llegar a lo alto de la escalera central. Desde allí se divisaban las puertas de la mansión abiertas de par en par mientras un buen número de invitados eran recibidos por el servicio y acompañados al salón donde tendría lugar el baile. A los pies de la escalera se encontraba el padre de los Cavendish junto a su primogénito. Ambos inclinaban la cabeza para dar la bienvenida a los asistentes.

Lenore pensó que era una suerte que padre e hijo estuvieran ocupados en esos menesteres, pues le hubiera resultado muy embarazoso que la observaran mientras descendía los escalones. De cualquier modo, no les sería fácil llegar al salón sin pasar junto a ellos y, por otra parte, antes o después tendría que encontrarse con el señor Cavendish, no podía evitarlo durante toda la noche. No habían vuelto a verse desde su encuentro en la salita de pinturas. Lenore todavía no sabía cómo sentirse al respecto.

No obstante, en el momento en que empezó a descender la escalera, Edmund se giró, como si alguien acabara de advertirle que debía hacerlo. Sus miradas se cruzaron y Lenore sintió la presión del corpiño impidiéndole respirar. Intentó calmarse, desviando la mirada

y centrándose en un punto cualquiera de la entrada, pero sus ojos se posaron en el busto que siempre solía estar oculto por un sombrero de copa.

Se dijo a sí misma que aquello era un error, que debía mantener la cabeza fría y desterrar los sentimientos que ese hombre despertaba en ella, pero no le resultaba nada fácil cuando sentía los ojos negros del señor Cavendish siguiendo cada uno de sus pasos.

Cuando finalmente logró llegar al final de la escalera, no le quedó más remedio que saludarlo. Él la miraba de una forma extraña.

—Está usted arrebatadoramente hermosa, señorita Gray. —Edmund inclinó la cabeza a modo de saludo y ella hizo lo propio, ruborizada por el abierto halago—. Francis, eres un hombre afortunado de poder disfrutar de una compañía tan especial.

—Lo sé, querido hermano —respondió el aludido, hinchando el pecho como un gallo presumido.

—Espero que no te importe permitir que te la robe un momento para gozar aunque sea de un solo baile a su lado.

—Si ella acepta, yo no tengo inconveniente. —Francis la miró con una amplia sonrisa—. No obstante, deberá bailar primero conmigo.

—¿Qué me dice, señorita Gray, me concederá un baile antes que a mi hermano o debo esperar a que lo haga primero con él?

—Yo... en realidad... no tenía intención de...

—Tal vez deberíais dejar de abrumar a la señorita Gray con vuestros ofrecimientos —intervino Cavendish padre con voz grave, y Lenore nunca se alegró tanto de escuchar su voz—. Estoy seguro de que es una joven muy capaz de decidir por sí misma con quién desea bailar y con quién no, y os lo hará saber a su debido tiempo. Y ahora es momento de seguir dando la bienvenida al resto de los invitados. Si nos disculpa, señorita.

Las palabras cordiales que le dirigió la dejaron casi tan

descolocada como lo había hecho la disputa de los hermanos por saber a quién iba a conceder su primer baile, por lo que a duras penas consiguió hacer una inclinación de cabeza antes de darse la vuelta para dirigirse al salón.

Cuando atravesaron las puertas dobles de madera oscura, descubrieron la suntuosidad de aquella mansión en todo su esplendor. Lenore había recorrido decenas de veces la sala principal, pero nunca había disfrutado de ella decorada con todo lujo de detalles, haciendo muestra de la grandiosidad de los Cavendish.

El amplio espacio se veía interrumpido por las columnas corintias que sostenían el alto techo. Las paredes estaban cubiertas de seda en tonos verde esmeralda y sobre ellas relucían las molduras doradas de los espejos, que multiplicaban la luz de la impresionante lámpara que colgaba del techo. En los laterales descansaban sillones tapizados y mesitas con copas y bandejas de porcelana con fruta confitada. Lenore sonrió al percatarse de que finalmente Marguerite había elegido la vajilla que ella le había aconsejado.

Lirios, rosas y camelias impregnaban el aire con su perfume, mezclándose con el aroma de la cera derretida y el barniz de la madera. Aunque era el primer baile que Lenore vivía en Rosegate Manor, todo aquello le resultaba tremendamente familiar. Era el olor a casa.

Al fondo, violines, flautas y cellos se preparaban para ejecutar la primera de las piezas que sería la alegría y el regocijo de cuantos se hallaban en aquel lugar.

Lenore dirigió una mirada rápida a su alrededor, temiendo encontrarse con alguna cara conocida. Conforme vio a damas y caballeros pasar a su lado sin reconocer ni uno solo de sus rasgos, su espíritu se fue serenando lentamente.

Poco después, se hallaba junto a Francis en el centro del salón,

contemplando la entrada de Cavendish padre y su hijo, junto al resto de los invitados. Desde donde se encontraba, pudo ver con claridad cómo los ojos de Edmund recorrían la sala y no se detenían hasta tropezarse con los suyos. Ella desvió la mirada rápidamente.

Entonces fue cuando la vio.

El porte regio y el tocado de plumas malva la hacían inconfundible, pero Lenore solo reparó en la mirada intrigada que le dirigía su tía Augusta desde el extremo opuesto del salón.

No podía acercarse a ella ni explicarle por qué participaba en aquel baile, ni mucho menos el motivo que la había llevado a ostentar ese precioso vestido y aquel collar de perlas. Resultaría demasiado llamativo que osara conversar con una dama de tal alta posición de forma tan directa, por lo que bajó la mirada mientras se mordía el labio inferior.

Tenía que encontrar la manera de hablar con su tía. Y debía hacerlo pronto.

Capítulo 19

Se dispuso a soltar el brazo de Francis para poder hacerle una señal a su tía con la única intención de que ambas lograsen acercarse lo suficiente como para intercambiar unas palabras. Como salido de la nada, el señor Cavendish apareció frente a ellos, frustrando su plan.

—Espero que no haya olvidado mi propuesta, señorita Gray —advirtió con esa media sonrisa en su rostro.

Por un momento, Lenore se olvidó de su tía Augusta, su vestido prestado y su plan de evitar al señor Cavendish. Se dejó atrapar por los ojos negros y el rostro anguloso de Edmund, olvidando con ello que se había hecho pasar por institutriz y que lo había estado engañando desde el mismo momento en que sus vidas se habían cruzado. Durante un instante, lo olvidó todo, y solo quedaron ellos dos en mitad de una sala vacía en la que se escuchaba una melodía lejana que los invitaba a danzar juntos hasta el amanecer.

Sus pensamientos se deshicieron como las nubes de verano cuando escuchó la voz de lady Deveraux a su espalda.

—¿Es que no piensa presentarnos, querido Edmund?

Cuando Lenore se dio la vuelta para enfrentarse a ella, pudo ver

cómo el rostro de esa mujer pasaba de una sonrisa forzada a un rictus de desprecio. Sus labios carnosos, pintados de un rojo vibrante que contrastaba con el blanco de su piel, se transformaron en una fina línea. De alguna manera, aquel cambio le produjo algo de satisfacción a Lenore, a pesar de que debía reconocer que la señorita Deveraux estaba especialmente hermosa aquella noche.

—Vaya, qué desilusión... —admitió, meneando la cabeza—. Y yo que pensaba que podría hacer nuevas amigas y resulta que solo se trata de la anodina institutriz a la que esta noche le ha dado por disfrazarse de distinguida dama.

—Isabeau —comenzó el señor Cavendish—, esas no son maneras de dirigirse a...

—*Vous êtes une femme insupportable* —interrumpió Lenore con un francés impecable.

Los hermanos Cavendish volvieron la cabeza al tiempo, pero ella no apartó la vista de la señorita Deveraux, cuyos ojos la taladraban sin piedad.

Lenore vio cómo tragaba saliva varias veces y abría la boca otras tantas, aunque de su garganta no salió una sola palabra. Finalmente, la señorita Isabeau atinó a decir:

—*Je... je ner por vous... surfle.*

La sonrisa de Lenore se ensanchó cuando comprobó que, tal y como ella pensaba, esa mujer no tenía de francesa más que el nombre.

—Querrá usted decir *je ne puis vous souffrir.* Tenga en cuenta que en un correcto francés...

Sin darle tiempo a terminar, la señorita Deveraux se giró y le ofreció la espalda para después ser engullida por los invitados que comenzaban a ocupar el centro de la sala, animados por la música que ya empezaba a sonar.

—¡Habla usted francés! —exclamó el señorito Francis con evidente admiración.

—Parece que nuestra institutriz es una caja de sorpresas, querido hermano.

—Nuestra no, Edmund. *Mi* institutriz. —A Lenore le pareció que el señorito Francis ponía demasiado énfasis en sus palabras y que su rostro no se mostraba tan cordial con su hermano como en otras ocasiones—. Y ahora, si nos disculpas, es nuestro baile.

Francis la arrastró al centro de la sala y se situaron junto al resto de los participantes. Mientras ella trataba de fingir que no conocía bien los pasos para no levantar sospechas, reparó en la concentración del muchacho para seguir el ritmo. Parecía que la disputa por el primer baile había hecho mella en él, así que pensó que tal vez unas palabras de elogio ayudarían a cambiarle el ánimo.

—No imaginé que bailara usted tan bien, señorito Cavendish. No me habrá mentido al afirmar que nunca antes había asistido a un baile, ¿verdad?

—Yo jamás le mentiría, Lenore —respondió él con voz solemne—. Al igual que nadie construye una casa sobre barro, una relación no puede construirse sobre falsedades.

Al escuchar aquellas palabras sintió que las piernas le temblaban. Se había dicho a sí misma una y otra vez que todo era fruto de su imaginación, que resultaba del todo imposible que ella hubiese despertado en Francis sentimientos distintos a los que corresponden a una relación entre institutriz y pupilo: afecto y respeto.

Sin embargo, la mirada penetrante que le dirigía el señorito Cavendish en ese instante nada tenía que ver con la de un ferviente pupilo a su maestra.

—Señorito Francis, yo...

—No es necesario que diga nada, Lenore —aseguró él dando una

vuelta sobre sí mismo mientras la música seguía sonando—, leí la carta que guarda en su tocador. Sé que no debí hacerlo, pero lo hice. Y no me arrepiento.

A Lenore empezó a darle vueltas la cabeza. No sabía si era el hecho de bailar, el bullicio de la gente o la idea de que su tía debía de estar mirándola en ese mismo instante sin comprender por qué actuaba de esa manera.

—Debo decirle —continuó Francis, ajeno al efecto que sus palabras estaban produciendo en Lenore—, que fue para mí un enorme alivio comprobar que la diferencia de edad no pesa sobre usted como tampoco lo hace sobre mí. Sé que muchas personas me consideran aún demasiado joven para tomar esposa y que, de hecho, les costará aceptar que sea usted mayor que yo y, además, mi institutriz, pero debo decirle que nada me importa lo que piensen los demás, porque...

Lenore dejó de escuchar al pobre muchacho que continuaba con lo que parecía ser una propuesta de matrimonio algo atropellada y se detuvo en seco, interfiriendo con ello en el baile de los participantes de su alrededor.

Aquello no podía estar sucediendo.

¿Cómo había sido tan estúpida de permitir que Francis se enamorase de ella? ¿Cómo era posible que no se hubiese percatado de ello y lo hubiera atajado a tiempo? Ahora... ahora...

Por suerte, la pieza llegaba a su fin y la música en seguida dejó de sonar. Francis la miraba con un brillo esperanzado en los ojos, a la espera de su respuesta.

A Lenore se le encogió el corazón.

Apreciaba a ese muchacho, lo apreciaba de veras, pero jamás lo había visto de otra forma que no fuese la de un pupilo al que instruir o la de un joven amigo al que ayudar. Y nunca podría hacerlo.

En ese momento no tenía más remedio que hacérselo ver, y sabía que no sería nada fácil, porque no quería hacerle daño. Tragó saliva y trató de hablar con voz suave pero firme.

—Señorito Cavendish, debo decirle que creo que interpretó usted mal lo que leyó en la carta. Mis apreciaciones no fueron en ningún momento referidas a usted, por lo que debo decirle que agradezco sus palabras, pero mis sentimientos no van más allá del aprecio que una institutriz siente por...

—Espero que ahora sí se me permita bailar con usted, señorita Gray. —La voz grave de Edmund irrumpió entre ellos.

Lenore se volvió y no pudo evitar quedar atrapada unos segundos por la sonrisa del caballero que le tendía la mano.

Edmund Cavendish estaba deslumbrante aquella noche. El traje negro se amoldaba a sus hombros con un ajuste impecable, y el chaleco de seda gris pálido reflejaba la luz de las lámparas como si la habitación girara en torno a él. El cabello oscuro, perfectamente peinado, enmarcaba una línea de mandíbula que parecía tallada con intención. Sí, desde luego, Lenore había mentido aquella mañana: Edmund era, de forma innegable, lo suficientemente atractivo como para tentarla.

Apenas fue consciente de que estaba dando un paso al frente para aceptar la mano del señor Cavendish cuando escuchó la voz de Francis en casi un murmullo.

—Eras tú.

Ambos se volvieron hacia él, repentinamente conscientes de la situación. El rostro del muchacho se fue transformando conforme pasaba de la sorpresa al entendimiento, y finalmente a... la traición. Dio un paso hacia su hermano mayor.

—Francis, ¿qué...?

—Siempre has defendido que se me tratara como a un adulto,

pero al final ha resultado que eras tú quien nunca me ha visto como tal. —Lenore abrió la boca, pero el muchacho no se detuvo—. Ni me respetas a mí ni... —Desvió la mirada a ella—. Ni respetas mis sentimientos.

Francis no les dio oportunidad de decir nada, porque se marchó de la sala dando largas zancadas sin volver la vista atrás.

Edmund dirigió una mirada interrogante a Lenore, cuyo rostro había perdido el color, pero al ver que ella no decía nada musitó una disculpa claramente irritada y salió de manera apresurada tras su hermano. Ella se quedó sola, en mitad del salón, justo cuando la música estaba a punto de comenzar. Dirigió un vistazo rápido y localizó a su tía, que en ese momento se encontraba hablando con el padre de los Cavendish. Al instante supo lo que debía hacer.

Se acercó de manera cautelosa, segura de que su tía sabría cómo solucionar la delicada situación en la que se encontraba metida, y se colocó junto a ellos para tomar una copa de la mesa.

Su tía no tardó en comprender.

—Vaya, no recuerdo que me haya presentado aún a esta hermosa joven, querido Bernard.

Cavendish padre se volvió hacia Lenore y esta vio cómo su tía le guiñaba un ojo.

—Oh, es la señorita Gray, la institutriz que usted misma me recomendó, ¿recuerda?

—Por supuesto, por supuesto —aseguró tía Augusta dirigiendo una sonrisa a Cavendish padre—. Pero resulta del todo imposible reconocerla tal y como va vestida.

—Bueno, decidí que entre sus funciones debía figurar el acompañar a mi hijo en todo momento y supongo que en un baile se le permite a una institutriz variar su atuendo.

—¿A su hijo?

—Francis, ¿se acuerda de él?

—Desde luego, cómo iba a olvidarme de Francis si es la viva imagen de mi queridísima Vivienne.

—Cierto, Francis es idéntico a... mi amada esposa. —La mirada de Cavendish padre se desdibujó por un instante, pero enseguida se volvió hacia Lenore de nuevo—. Señorita Gray, supongo que debe agradecerle a la señora Augusta Blackwood su presencia en esta casa, ¿no cree?

—Desde luego, siempre estaré en deuda con usted, señora Blackwood.

Lenore inclinó la cabeza hacia su tía y esta le respondió con el mismo gesto, aunque vio con claridad que estaba conteniendo una mueca divertida.

—Si fuese usted tan amable de acompañar a esta anciana a dar un paseo por la sala, daría por saldada su deuda —habló su tía con un suspiro.

—De haber sabido que se encontraba tan cansada se lo habría ofrecido yo mismo, Augusta —objetó Cavendish padre.

—Oh, de ninguna manera, usted tiene que atender a sus invitados. Mire, allí mismo lo reclaman. —La tía de Lenore señaló con su barbilla a alguien al otro lado de la sala—. Vaya, vaya sin demora, esta joven me atenderá.

Cavendish padre se apartó de ellas con reticencia mientras Augusta se agarraba del brazo de su sobrina, dispuesta a buscar un lugar seguro donde ambas pudieran ponerse al día.

—Veo que no ha perdido usted el tiempo, señorita *Gray* —soltó de pronto su tía.

—Yo... —Lenore bajó la mirada sin saber bien qué decir—. Tengo mucho que contarte, tía. Estoy en un aprieto. Esta noche se me ha declarado el hijo del señor Cavendish.

—Shhh —chistó su tía entre dientes mientras miraba a uno y otro lado con una sonrisa—, aquí hay demasiados oídos indiscretos. Ríe suavemente como si acabara de contarte algo gracioso y deja que te lleve a un lugar donde podamos hablar con tranquilidad.

Sin embargo, al otro lado de la sala, alguien observaba con curiosidad cómo las mujeres abandonaban el baile y decidió salir tras ellas.

Cuando tía y sobrina llegaron al jardín, caminaron hasta encontrar un lugar alejado del resto de los invitados donde, con toda seguridad, nadie las escucharía.

—¿Amas a ese hombre? —soltó de pronto Augusta.

Lenore la miró con los ojos muy abiertos. ¿Era amor lo que sentía por Edmund? Deseaba verlo y pasar las horas con él, le gustaba su media sonrisa y esa forma que tenía de fruncir el ceño cuando no estaba de acuerdo con algo. Admiraba su tenacidad y el amor que profesaba por su familia. Pero ¿era eso amor?

—Es una pregunta sencilla, Lenore, ¿lo amas o no? —Ella bajó la mirada en un intento por disimular su rubor—. Está bien, no necesito que me respondas. Está claro que sí. Pues acepta su petición.

Lenore levantó la vista.

—Pe-pero él no...

—Has dicho que se te había declarado esta noche, ¿no? Pues no debes preocuparte por nada, yo misma hablaré con el señor Cavendish y conseguiré que tu padre cambie un compromiso por otro.

—No lo entiendes tía, quien se me ha declarado ha sido Francis, el hijo menor. No Edmund, a quien yo... amo.

En el mismo momento en que pronunció las palabras comprendió que eran ciertas. Amaba al hombre al que había estado engañando y sabía que, en cuanto se enterase de todo, la odiaría para siempre.

—Oh, vaya, eso lo cambia todo... —La señora Blackwood se llevó una mano a la barbilla y meditó un instante—. Bueno, encontraré una solución, seguro que se me ocurrirá algo. Por ahora volvamos al baile antes de que alguien se percate de nuestra ausencia.

Lo que ni tía ni sobrina podían imaginar es que era tarde para eso. Una dama de cabellos dorados y labios de rubí salió de entre las sombras justo cuando ellas desaparecieron. Mantenía una ceja elevada y una sonrisa ladina en su rostro cuando de su boca brotó un susurro con sabor a venganza.

—*Oh la la.*

Capítulo 20

Augusta Blackwood entró en la sala con la misma solemnidad que la solía acompañar siempre. La espalda recta, mirada al frente, barbilla levantada y labios fruncidos. Nadie osaría acercarse a ella esperando que le contase los últimos cotilleos, porque todos sabían que la señora Blackwood era una mujer de pocas palabras y largas miradas.

Sin embargo, Lenore se demoró unos minutos para no levantar sospechas. Y cuando entró en el salón, más de una mirada se giró hacia ella, sobre todo la de varios caballeros a los que ignoró de manera deliberada, esperando con esto poder evitar tener que intercambiar unas palabras de cortesía con ellos. De hecho, mientras no fuese presentada, no correría peligro.

No había hecho más que poner un pie en la sala cuando la señora Moore la asaltó, acompañada de su esposo.

—Oh, señorita Gray, menos mal que la encontramos.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó ella, dejándose llevar por el tono alarmista de las palabras de los vecinos de Rosegate Manor.

—No, no tema. Es solo que no encontramos a Francis por ninguna parte y estamos preocupados. Aunque estoy segura de que usted

sabrá dónde podremos dar con él.

Lenore paseó la vista por toda la sala en un intento desesperado por localizarlo y no dar a entender la verdad: que no tenía idea de dónde se había metido el señorito Cavendish. Al fin y al cabo, era su responsabilidad.

—Pues... lo cierto es que... —carraspeó intentando hacer tiempo, pero no había ni rastro de Francis por ninguna parte—. Bueno, supongo que estará bailando con alguna dama. Al fin y al cabo, es su primera fiesta, no querrá que lo pase pegado a la pared como una joven debutante, ¿no?

Lenore sonrió de manera cómplice tratando de ocultar su nerviosismo, y por suerte la señora Moore le correspondió con otra sonrisa.

—Por supuesto, eso mismo hemos pensado nosotros —intervino el señor Moore—. Pero debo decirle que, desde que comenzó a sonar la música, no hemos hecho otra cosa más que analizar cada una de las parejas que danzan al son de la melodía, y lo cierto es que hace mucho que no lo vemos. Es más, podría afirmar, sin miedo a equivocarme, que la única dama con la que lo hemos visto bailar ha sido usted.

Lenore tragó saliva mientras deseaba con todas sus fuerzas que los señores Moore no hubiesen visto la abrupta salida del salón de Francis.

—Es cierto que bailamos, él me insistió reiteradamente en que así fuera. Me atrevería a afirmar que lo hizo porque no se animaba a pedírselo a ninguna otra dama —mintió ella—. Lo cual, por otra parte, resulta de lo más lógico, teniendo en cuenta que se trataba de su primer baile.

—Por supuesto, querida —admitió la señora Moore posando la mano en el brazo de Lenore—, no piense ni por un instante que la

culpamos de ello, de ninguna manera. Lo único que pretendemos es averiguar quién es la dama a la que Francis pretendía impresionar esta noche y en la que tenía tanto interés.

Lenore se quedó petrificada.

¿Qué sabían los amables vecinos de Rosegate Manor acerca de los sentimientos de Francis? ¿Acaso les había hablado de ella?

—¿Se encuentra bien, señorita Gray? Parece que se ha puesto usted pálida de repente.

—Sí, sí, estoy bien. Es solo que... hay demasiada gente y...

—Imagino que, para una institutriz acostumbrada al silencio de los libros y las aulas, un baile es el acontecimiento más escandaloso y agobiante al que se la pueda someter. Venga conmigo y sentémonos aquí un momento. Señor Moore, vaya a por un poco de ponche para nuestra querida amiga. —La vecina de los Cavendish la acompañó hasta uno de los sofás más alejados de la zona de baile—. Verá cómo eso la revitaliza.

Una vez que se hubo sentado, Lenore intentó coger aire muy despacio y dejarlo escapar con la misma lentitud. Debía serenarse si no quería que todas las miradas de la sala acabaran posándose sobre ella. ¿Hasta qué punto llegaban los sentimientos de Francis si habían alcanzado los oídos de los vecinos?

—¿Qué tal, querida, se encuentra mejor? —preguntó la señora Moore sin dejar de darle aire con su abanico.

—Mucho mejor, gracias. —Lenore sonrió esperando convencerla, aunque la mirada maternal de aquella mujer le decía que no la creía —. ¿Y dice usted que Francis pretendía impresionar a... una dama?

—Oh, sí, así es. Supongo que a usted se lo puedo contar. Al ser su institutriz tiene todo el derecho a saber cuanto le suceda al muchacho, ¿no es cierto? —Lenore asintió con la cabeza, aunque no creía que su puesto le otorgase la facultad de invadir la intimidad del

señorito Cavendish—. Pues, como bien sabe, Francis vino el otro día a nuestro humilde hogar. Según dijo a todo el mundo, era una visita de cortesía, pero lo que realmente quería de nosotros era que le enseñásemos a bailar.

—Podría habérselo pedido a cualquiera de sus hermanos —musitó Lenore casi para sí.

—Yo también pensé lo mismo, no se lo voy a negar. —La señora Moore se inclinó hacia delante como si fuese a contar una confidencia a Lenore—. Pero, por lo visto, Francis no quería que sus hermanos supieran nada del asunto. No me pregunte por qué, pues ignoro la respuesta.

Sin embargo, Lenore no necesitaba preguntar, porque ella sí que la conocía. Ahora tenía muy claro que el señorito Francis no había pedido ayuda a su hermano Edmund porque, de algún modo, sentía celos de él.

—La cuestión es que —continuó la señora Moore— finalmente se atrevió a confesarnos que había una dama de la que estaba completamente enamorado. ¡Imagínese, señorita Gray, nuestra sorpresa ante tal confesión, cuando Francis no es más que un muchacho!

—Lo es —corroboró ella, dando un profundo suspiro.

—Por este motivo, mi marido y yo nos vemos en la obligación de averiguar el nombre de la dama y confiar la situación a su padre. —El corazón de Lenore empezó a latir con fuerza—. No podemos consentir que un muchacho como Francis se nos eche a perder por alguna desalmada cazafortunas. Porque estará de acuerdo conmigo en que, sin lugar a dudas, la mujer de la que cree haberse enamorado nuestro joven amigo debe tratarse de alguien del servicio, ya que él no abandona la mansión más que para regresar a su colegio de Londres.

—Yo... no creo que Francis... —Lenore no supo cómo defender al señorito Francis sin involucrarse a sí misma—. Jamás lo he visto conversar con nadie del servicio y créame que paso con él prácticamente todo el día.

En cuanto pronunció aquellas palabras, se dio cuenta de que había cometido un grave error. Estaba claro que acababa de colgarse la medalla de la culpabilidad cuando lo único que había pretendido era...

—Sé muy bien lo que piensa, querida, pero con los hombres nunca se puede estar segura. Creemos que los conocemos, pero no es cierto. —La señora Moore miró a ambos lados antes de seguir hablando—. Fíjese en Edmund, a él sí que lo hemos visto bailar. Demasiado, de hecho. Lo que me preocupa es no verlo en este momento.

Lenore frunció el ceño ante las palabras de la señora Moore.

—¿Le preocupa Edmund?

—No es él precisamente quien me preocupa, usted ya me entiende —la mujer hizo un ademán con la cabeza que otorgó aún mayor fuerza a sus palabras—, sino su compañía. A estas alturas ya sabrá lo que dicen de él...

—¿Qué dicen?

La señora Moore se acercó a ella un poco más y susurró:

—Lo cierto es que no son palabras que deba escuchar una señorita, pero su fama de conquistador cruza las fronteras de Rosegate Manor. Se dice que siente predilección por las damas de baja alcurnia y las ilusiona con promesas de matrimonio, aprovechándose de su posición, ya sabe. Sin embargo, todos sabemos que ese joven no tiene intención alguna de tomar esposa.

Cuando la señora Moore se enderezó, Lenore se quedó mirando al frente. Las parejas que se deslizaban por el salón en perfecta

armonía se detuvieron cuando la música dejó de sonar.

—Siento haber tardado tanto —se disculpó el señor Moore ofreciendo a Lenore una copa—. Me entretuve hablando con la señorita Deveraux, una mujer extraordinaria. Por cierto —dijo volviéndose hacia su mujer—, me ha preguntado por ti, querida. Creo que deberías ir a saludarla. Si no tiene inconveniente la señorita Gray, por supuesto.

Lenore asintió con la cabeza, porque se vio incapaz de articular palabra, y los señores Moore se alejaron de allí dispuestos a dejarse deslumbrar por la señorita Deveraux.

La música, el murmullo de la gente intercambiando los últimos cotilleos, el sonido de las copas al brindar, el perfume de las flores y el colorido de los canapés que se veían sobre las mesas se entremezclaban en la cabeza de Lenore dejándole un sabor agridulce.

Si bien era cierto que había conseguido engañar a todo el mundo haciéndoles creer que era realmente una institutriz, ahora también ella se sentía embaucada.

Desde que puso un pie en aquella mansión todo había ido de mal en peor. De hecho, varias veces había estado tentada de abandonar aquel lugar y probar suerte en cualquier otro. Sin embargo, la idea de que sus acciones habían logrado mejorar la vida del señorito Francis la habían ayudado, al principio, a no desfallecer. No obstante, aquello se había vuelto en su contra, y ahora ella era la causa del profundo dolor que sentía el muchacho.

Por otra parte, había sido tan estúpida como para creer que las atenciones que tenía el señor Cavendish hacia ella eran realmente sinceras. Debió haberse dejado llevar por su instinto cuando él le mostró la sala que utilizaba su madre para pintar. Pero no lo hizo, sino que se dejó atrapar por aquellos ojos negros y esa media

sonrisa que, ahora lo sabía, habían jugado con los sentimientos de multitud de doncellas tan ilusas como ella misma.

Recorrió la sala con la mirada en busca de su tía Augusta, pero no la vio.

Y entonces se dio cuenta de que no podía echar siempre mano de ella cuando estuviera en apuros. No, tenía que aceptar sus propios errores y afrontar las consecuencias de sus actos.

El problema era que no se veía capaz de hacerlo, porque en esos momentos solo sentía indignación y un profundo odio hacia el hombre que había estado jugando con ella.

Y lo peor de todo era que se lo había permitido.

Capítulo 21

No había podido dormir absolutamente nada en toda la noche y aun así se negaba a abandonar su alcoba. Sabía muy bien que lo único que estaba haciendo era huir de la realidad, pero no conseguía obtener la energía necesaria para enfrentarse a ella.

Estaba convencida de que tanto Edmund como Francis hacía rato que se habían levantado. De hecho, podía imaginarlos en ese mismo instante desayunando juntos, enfrentando sus miradas. El primero, sabedor de que su hermano parecía dispuesto a arrebatarle a la ignorante de la que había decidido aprovecharse esta vez. El segundo, herido en su honor al descubrir que su propio hermano pretendía robarle a la mujer de la que creía estar enamorado.

No, no podía hacer frente a aquello.

Volvió la vista de nuevo hacia su baúl, que descansaba abierto desde hacía más de una hora sobre el suelo de la habitación. Durante la noche había tomado la decisión de marcharse de allí, pero no comprendía por qué le costaba tanto hacerlo.

Unos nudillos golpearon la puerta de su alcoba, sobresaltándola. Las palabras se negaron a brotar de su garganta y el silencio fue la única respuesta que obtuvo la persona que intentaba acceder a su

habitación.

Lenore esperó inmóvil lo que le pareció una eternidad; y cuando creía que el intruso había desistido, volvió a escuchar los golpes sobre la madera lacada.

—¿Está ahí, señorita Gray? —La voz de Marguerite se escuchó al otro lado de la puerta.

Lenore soltó el aire que había estado conteniendo y se dijo a sí misma que no podía seguir alargando esa situación por más tiempo.

—Pase, señora Ashford.

La puerta se abrió y la sonrisa de Marguerite se borró en el instante en que puso sus ojos sobre ella.

—No tiene buen aspecto, querida. ¿Acaso no ha dormido bien? Se la ve preocupada. Debería haber bajado a desayunar. Un té le habría asentado el estómago y... —El soliloquio de la señora Ashford se tornó en silencio cuando divisó el baúl de Lenore—. ¿Va usted a alguna parte?

La mirada de Marguerite no era de asombro o sorpresa, sino más bien de pesar, lo que hizo que a Lenore se le encogiera el corazón. No quería disgustar a esa mujer que la había tratado como a una amiga.

—Todavía no se lo he comunicado a su padre, por lo que le agradecería que no dijera nada hasta que hablase con él.

La señora Ashford se asomó al pasillo y después volvió a entrar, cerrando la puerta tras de sí.

—Creí que estaba contenta en Rosegate. Hubiese jurado que... Bueno, me daba la sensación de que se la veía a usted feliz aquí.

Lenore bajó la vista a sus zapatos negros que estaban prácticamente ocultos bajo la falda gris que solía llevar siempre desde que empezó a trabajar en esa casa.

—Agradezco profundamente las atenciones que ha tenido para

conmigo, señora Ashford, pero no puedo permanecer aquí por más tiempo.

—Si lo dice por la señorita Deveraux, debe saber que...

—No me preocupa en absoluto lo que la señorita Deveraux haga o deje de hacer. Esa mujer no tiene nada que ver con mi decisión.

—Entonces... no lo entiendo. —Lenore se giró y le dio la espalda, incapaz de sostener la mirada a la hermana de Edmund y Francis—. Señorita Gray, sabe que puede confiar en mí. Si hay algo que le preocupa solo tiene que decírmelo. Estoy segura de que podremos solucionarlo.

—Créame cuando le digo, señora Ashford, que hay cosas para las que es imposible hallar solución y no queda más remedio que apartarlas de nuestra vida.

—Si me permite la pregunta, ¿no serán sus sentimientos los que la empujan a tomar la decisión de partir de Rosegate?

Lenore no respondió. Tenía un nudo en la garganta que no le permitía hablar. Tampoco se dio la vuelta para enfrentar la mirada de Marguerite, no podría hacerlo aunque quisiera. Se veía incapaz de contarle que había roto el corazón de su hermano menor al haber permitido que se enamorase de ella. Al igual que le era imposible reconocer que se había enamorado de Edmund, un sinvergüenza sin escrúpulos. Por ello, se limitó a mantener la mirada fija en su equipaje y a retener las lágrimas que pugnaban por salir.

Finalmente, Marguerite dio un paso al frente y puso una mano sobre su hombro.

—Querida, no debe avergonzarse de lo que siente. El hecho de ser una institutriz no la hace menos mujer que cualquiera de las damas de la alta sociedad londinense. —Lenore se volvió y vio una dulce sonrisa en el rostro de la señora Ashford que la hizo sentirse aún peor—. Recuerde que, para algunos, la posición social no es lo más

importante.

Marguerite tomó sus manos y las apretó suavemente.

No, no podía decirle a esa mujer qué clase de hombre era realmente su hermano. Le partiría el corazón.

Porque estaba muy claro que ella no lo conocía. No tenía ni idea de la persona en que se había convertido. Hacía varios años que Marguerite había pasado a ser la señora Ashford y por tanto había dejado de tener contacto con él, por lo que ignoraba el denigrante comportamiento del señor Cavendish.

Lenore la miró a los ojos y suspiró. Después de meditarlo un instante, comprendió que sería incapaz de hacerle daño, así que decidió mentirle una vez más.

—Puede que esté en lo cierto y deba dejar de pensar en ello.

—Por supuesto, querida, por supuesto. Lo mejor será que baje conmigo. Ya verá cómo mañana ve las cosas de otro modo.

Un asentimiento de cabeza fue suficiente para que la señora Ashford volviese a ser la misma de siempre, una mujer inquieta que no sabía estar callada. Y aunque insistió varias veces, Lenore consiguió convencerla de que fuese bajando mientras ella se quedaba para terminar de arreglarse.

Una vez que cerró la puerta, Lenore se quedó contemplando su propia imagen en el espejo.

—Está claro que te has convertido en una experta mentirosa, *señorita Gray.* —Pasó una mano por su mejilla para limpiarse las lágrimas—. Pero eso no te ha traído más que problemas. Es cierto que lograste escapar de un destino terrible, pero has caído en la trampa más vieja de todas. Huiste de los brazos de un hombre para caer en los de otro. No se puede decir de ti que seas una joven inteligente, desde luego.

El sarcasmo tiñó cada una de sus palabras, hasta que su propio

reflejo le resultó tan acusador que le hizo apartar la vista. Entonces, como si la acabara de invocar, escuchó en su cabeza las palabras de su tía Augusta, de la que ni siquiera fue capaz de despedirse la noche anterior: «Solo debes proponértelo y podrás forjar tu propio destino. Ser mujer jamás podrá ser un impedimento cuando juegan a tu favor la tenacidad, la valentía y, sobre todo, la razón».

¿Cómo podía forjar su propio destino? ¿Acaso no lo había intentado y había fracasado estrepitosamente?

Sí, lo había hecho. Ahora regresaría a su hogar y afrontaría las consecuencias de sus actos, pero no sin antes intercambiar unas palabras con el señor Cavendish. No pensaba abandonar esa casa sin dejarle bien claro lo que pensaba de él.

Salió de su alcoba dispuesta a bajar las escaleras, pero se topó con Marguerite en mitad del largo corredor, esperándola.

—Por un momento pensé que tenía que entrar de nuevo a buscarla.

—Disculpe, he tardado un poco más de lo previsto. ¿Bajamos?

—Oh, si no le importa, antes querría enseñarle algo. —Marguerite la tomó del brazo y tiró de ella sin darle tiempo a responder.

Lenore pensó que, ya que iba a abandonar esa casa, debía concederle al menos eso. Sin embargo, conforme avanzaron por el pasillo, una extraña sensación se fue apoderando de ella.

—Señora Ashford...

—Puede llamarme Marguerite, querida, se lo he dicho un millar de veces. Y no debe preocuparse, no tardaremos más que un momento. Ya verá cómo después habrá merecido la pena haberme acompañado.

Las puertas se fueron sucediendo una tras otra hasta que llegaron al final del corredor. Antes de que Lenore pudiera decir nada, la señora Ashford abrió la puerta de la sala a la que días atrás la había

llevado Edmund. La misma en la que, ahora lo sabía, pretendía convencerla de que se entregara a él.

—Señora... —comenzó a decir ella.

Pero sus labios se sellaron al ver quién se hallaba en el interior de la habitación.

El mismísimo Edmund se encontraba en el centro de la sala, mirándola con aquellos penetrantes ojos negros. Lenore apretó los puños y sus labios se transformaron en una finísima línea.

—Pase, pase —la invitó Marguerite empujándola suavemente por la espalda hasta conseguir que entrase en la habitación—. Yo los esperaré abajo.

Cuando Lenore se giró para mirar a la señora Ashford, solo pudo ver una pícara sonrisa en su rostro antes de que cerrase la puerta.

No entendía el comportamiento de aquella mujer, pero al menos acababa de brindarle la oportunidad de expresarle a ese cretino lo que pensaba de él antes de marcharse de aquella mansión para siempre.

Se volvió para mirar de frente al señor Cavendish y lo vio ante ella, demasiado cerca.

—Le pido disculpas por el modo en que mi hermana la ha traído hasta aquí, pero al ver que no abandonaba su alcoba, no se me ha ocurrido otra forma mejor de hacerlo. —Lenore frunció el ceño ante sus palabras—. Supongo que a estas alturas ya imaginará lo que estoy deseando decirle, y... espero de corazón que su respuesta sea la que anhelo, pues de no ser así...

—Yo que usted... —comenzó a decir Lenore con irritación, pero Edmund la interrumpió.

—Señorita Gray, cuando supe que mi padre había contratado a una institutriz para mantener a raya a mi hermano, me puse realmente furioso y volqué de manera injusta toda mi ira contra

usted. Sin embargo, ni mis acciones ni mis palabras lograron hacerla desistir en su empeño por demostrar la clase de mujer que es: fuerte, valiente y luchadora. —El señor Cavendish dio un paso al frente y Lenore tuvo que alzar la vista para poder mirarlo a los ojos —. Ha sido capaz de doblegar la voluntad de mi padre, algo que hasta ahora nadie había logrado conseguir; también ha traído la alegría a esta casa, que se hallaba sumida en el silencio y la tristeza. Y, por si esto fuese poco, ha obtenido el beneplácito de mi padre para que mi hermano ocupe el lugar que le corresponde. Estos motivos serían más que suficientes para que mi corazón hubiese quedado prendado de usted para siempre, pero lo que realmente ha conseguido que la ame de una manera que supera toda razón es que, a pesar de que la he ignorado deliberadamente durante estas últimas semanas, ha sido capaz de contener sus impulsos y se ha comportado como una auténtica dama. Por ello, me atrevo a hacerle una única pregunta: ¿me concedería el extraordinario honor de ser mi esposa?

El corazón de Lenore latía de manera errática a pesar de que sabía que todo cuanto había dicho el señorito Cavendish eran palabras vacías que solo pretendían que cayese rendida a sus pies para luego deshacerse de ella como si fuese ropa usada. Pero su corazón parecía no querer ser consciente de eso.

Tuvo que coger aire varias veces antes de responder, para poner sus pensamientos en orden. Cuando lo hizo, alzó la barbilla en un intento de disimular el temblor de sus manos, del que no estaba segura si se debía a su nerviosismo o a la ira que empezaba a correr por sus venas.

—Siento mucho que haya gastado su valioso tiempo en ponerme a prueba a fin de averiguar si era o no digna de convertirme en su esposa. Una lástima que haya realizado semejante esfuerzo en

balde. También es irónico que piense que una mujer está obligada a demostrar que lo es cuando a un caballero le basta con parecerlo, aunque no lo sea. No obstante, aunque su proposición fuese honesta, que me consta que no lo es, me sentiría igualmente complacida en rechazarla. Jamás me desposaría con un hombre como usted: taimado, mentiroso y deshonesto. —El ceño del señor Cavendish estaba fruncido cuando abrió la boca para defenderse, pero Lenore lo detuvo alzando la mano—. No trate de disculparse. Es demasiado tarde. Puede que ni su padre ni sus hermanos sepan quién es usted en realidad, pero yo lo sé. Y espero de corazón que algún día pague por sus actos.

Se detuvo para recuperar el aliento, agitado por la fiereza que había imprimido a sus palabras.

—N-no entiendo...

El señor Cavendish la miraba con evidente confusión. Seguramente era la primera vez que una de sus presas oponía resistencia, la primera vez que una dama descubría sus sucias intenciones. Lenore le dedicó una última mirada cargada de repulsa.

—¿Quería una respuesta? Mi respuesta es «no». Buenos días.

Pronunció las dos últimas palabras como quien lanza una piedra a un pozo antes de abandonarlo para siempre. Salió de la estancia con paso firme y la mirada borrosa, dispuesta a hablar con Cavendish padre y anunciarle su inminente marcha. No pensaba permanecer en esa casa ni un minuto más de lo estrictamente necesario.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que, mientras descendía las escaleras, casi se dio de bruces con el señor Deveraux.

—Buenos días, señorita Gray. Esperaba verla esta mañana para despedirme de usted. —Lenore lo miró sin escuchar realmente sus palabras—. Mi hermana y yo partimos hacia Londres después del almuerzo. No podemos demorar por más tiempo nuestro regreso.

Negocios, ya sabe.

Sí, podía imaginar la clase de negocios en los que Edmund y Benoit se verían inmersos en las libertinas noches londinenses.

—¿Se marchará el señor Cavendish con ustedes?

El rostro del señor Deveraux pareció mostrar sorpresa al escuchar la pregunta.

—¿No ha hablado mi buen amigo con usted todavía?

—Sí, precisamente acabamos de mantener una agradable conversación —replicó ella con evidente sarcasmo—. Y sería para mí una alegría saber que él también se marcha con ustedes. De hecho, Londres se me queda demasiado cerca.

—¿Cerca? No... no entiendo.

—Sí, una isla remota en mitad del océano sería el lugar ideal para que el señor Cavendish pasase el resto de sus días.

Dicho esto, continuó su descenso por la escalera hasta el despacho del señor de la casa.

Capítulo 22

No podía creer que su tía se hubiese quedado a dormir en Rosegate y no se lo hubiese dicho. Aunque, pensándolo bien, tenía todo el sentido. Lenore no había salido de su alcoba en toda la mañana y, además, lo último que sabía de tía Augusta era que se había distanciado de ella en el baile para no levantar sospechas. Después fue cuando Lenore se enteró de la verdadera cara de Edmund y subió a su cuarto, de donde no había vuelto a salir hasta hacía un momento en que Marguerite había ido a buscarla y...

Lo peor de todo era que de lo último que había hablado con su tía había sido de lo sucedido con Francis y cuáles eran sus sentimientos hacia el primogénito de los Cavendish. Por eso, cuando entró al despacho de Cavendish padre y la vio allí, su mundo se vino abajo. Estaba convencida de que a esas alturas ya le habría contado que estaba enamorada de..., se sentía estúpida solo de pensar en ello. Y todavía se sintió peor cuando el padre de los Cavendish la invitó a dejar su despacho de manera inmediata sin dar lugar a réplica.

Por si esto fuera poco, su feliz idea de abandonar la mansión y no volver a ver jamás a ninguno de los Cavendish se tornó del todo imposible, pues recibió un aviso por parte del ama de llaves para

que fuese puntual al almuerzo. La mujer se esforzó en dejar claro que dicha invitación tenía poco de cordial y que no daba lugar a negativa. Más aún cuando descubrió el baúl de Lenore junto a su cama.

Siguiendo tales instrucciones, se hallaba en esos momentos sentada a la mesa del salón presidida por Cavendish padre, que no le quitaba el ojo de encima. A la derecha de él se encontraba su primogénito, mientras que a la izquierda estaba su tía.

Ella había puesto mucho cuidado en llegar lo más pronto posible para ocupar el lugar más alejado de la cabecera de la mesa, como era lo indicado. Y, una vez allí, bajó la mirada y esperó al resto de comensales mientras se repetía a sí misma, una y otra vez, que ni su tía ni Cavendish padre se atreverían a decir nada de sus sentimientos sin haber hablado antes con ella.

De hecho, lo más probable era que el señor de la casa hubiera declinado de manera cortés la oferta de tía Augusta de comprometer a su hijo con una mujer que había decidido desobedecer a su padre y escapar a escondidas de su casa.

Sí, no tenía nada que temer. Y, aun así, la mirada penetrante del padre de los Cavendish la inquietaba sobremanera.

Los últimos en acceder al salón fueron los hermanos Cavendish, cuyos rostros mostraban las desavenencias que aún perduraban entre ellos. Lenore no podía dejar de sentirse culpable porque hubiese permitido que Francis se enamorase de ella, pero ¿acaso el corazón atiende a razones? Si así fuera, ella no sentiría nada ante la presencia del inmoral de Edmund y, sin embargo, no pudo evitar que su pulso se acelerase cuando lo vio atravesar el salón.

Su semblante transmitía a la perfección lo que sentía en su interior. Había sido descubierto y su objetivo de hacerse con los favores de una institutriz le había sido arrebatado. Lo habían

humillado al exponer sin tapujos qué clase de hombre era, pero Lenore no se arrepentía ni lo más mínimo.

—La felicito, querida Marguerite —dijo la señorita Deveraux rompiendo el silencio—, el baile de ayer fue todo un éxito. ¿No le parece, señorita Gray?

A punto estuvo Lenore de dejar caer la cuchara sobre el plato. Si había algo que jamás esperaría de esa mujer era que la tratase con amabilidad solicitando su opinión. Preparó una respuesta ácida, acorde a quien había realizado la pregunta, pero los ojos de Marguerite se posaron anhelantes sobre ella y, dado que había permanecido inusualmente callada, sintió lástima y decidió responder con amabilidad.

—En verdad lo fue.

—Me alegra que su opinión coincida con la mía. —La señorita Deveraux inclinó la cabeza y dibujó una sonrisa de lo más extraña—. Y supongo que también estará de acuerdo conmigo en que fue un momento ideal para intercambiar *confidencias*.

Esta vez Lenore no pudo evitar atragantarse con la sopa y tuvo que taparse la boca con la esquina de la servilleta en un intento por disimularlo. ¿Qué había querido decir con eso de «intercambiar confidencias»?

Por suerte, tía Augusta también había percibido el timbre venenoso en la voz de la señorita Deveraux y se adelantó.

—Un baile suele ser motivo de cotilleos y chismes a los que no siempre hay que dar crédito, señora...

—*Señorita* Deveraux —replicó la hermosa mujer alzando la barbilla —. Mi apellido procede de...

—Pasé tres años viviendo en Francia, jovencita, no necesito que me dé lecciones de lingüística.

—¿De veras? —intervino el hermano de la señorita Deveraux—. Es

fabuloso encontrar a alguien que conozca nuestro país de origen. Lo cierto es que nuestro padre viajó a Londres de niño y jamás hemos estado allí. ¿Cómo es?

—París no tiene tanto glamour como nos quieren hacer creer, joven, pero debo admitir que sus calles no huelen a pescado como las de Londres.

La respuesta de tía Augusta arrancó una risa al señor Deveraux, mientras que su hermana desvió la mirada hacia su plato, apretando los labios con firmeza.

—Desde luego, tiene usted toda la razón. El olor nauseabundo del puerto puede ser a veces asfixiante, ¿verdad, Edmund?

El aludido apenas asintió de forma leve.

—¿Vive usted cerca del puerto, señor Cavendish? —preguntó Augusta Blackwood con la mirada fija en él—. Me ha dicho su padre que tiene... negocios en Londres.

Antes de contestar sin emoción alguna, Edmund dirigió una mirada fugaz hacia Lenore, que a la tía Augusta no le pasó desapercibida.

—Mi buen amigo Benoit y yo abrimos hace un par de años un bufete de abogados. Pero no, no queda cerca del puerto.

—Me complace saberlo —dijo Augusta Blackwood sin añadir nada más, lo que hizo que el señor Cavendish la mirase con extrañeza.

Pero Lenore sabía exactamente lo que significaban sus palabras. Planeaba el futuro de su sobrina, en Londres, junto al señor Cavendish. Y no fue la única que se percató de la apreciación y el tono de las palabras de Augusta.

La señorita Deveraux dejó el tenedor sobre la mesa y entrecerró los ojos.

—¿Ha estado alguna vez en Londres, señorita Gray? ¿O quizá debería decir... señorita *Blackwood*?

El apellido resonó por la sala mientras todos los rostros se volvían hacia ella. Hasta el señor Ashford, que siempre se limitaba a comer de forma parsimoniosa cuanto le ponían en el plato, alzó la vista y volvió la cabeza. Lenore dejó de respirar, con los ojos aún clavados en el rostro triunfante de la señorita Deveraux.

Hasta aquí había llegado su farsa. Aquí acababa todo. Si había llegado a oídos de la señorita Deveraux, no había escapatoria posible. Se sintió empequeñecer bajo las atentas miradas de todos los presentes, humillada hasta el tuétano.

El primero en romper el silencio fue Francis, que, sentado junto a ella, la miraba como si estuviera viendo un espíritu.

—¿Qué... qué está diciendo, Lenore?

La figura del muchacho se desdibujó por culpa de las lágrimas que acudieron a sus ojos. ¿Tenía sentido negarlo, acaso? ¿No había sido su reacción lo suficientemente reveladora?

—Yo... Se trata de... una larga historia que no podrías comprender.

—Porque no soy más que un niño, ¿verdad? —La voz de Francis se terminó de romper mientras se ponía en pie de un salto—. Me equivoqué con usted, es igual que el resto de los habitantes de esta casa.

Aquel reproche la hirió en lo más profundo de su ser, y no pudo más que contemplar cómo el señorito Francis abandonaba la estancia haciéndola sentir despreciable mientras el resto alternaban la mirada entre Augusta Blackwood, la señorita Deveraux y ella. Desde luego, tenía problemas mayores a los que enfrentarse.

Entonces, sus ojos se encontraron con los de Edmund, que también se había puesto en pie a pesar de que su hermana lo increpaba con insistencia para que tomara asiento de nuevo.

—Oh, querido Ed, ¿no me digas que no lo sabías? —arremetió la señorita Deveraux elevando las cejas con fingida preocupación, pero

él ni siquiera la miraba—. Pues al parecer nuestra querida señorita Gray nos ha estado mintiendo y, en realidad, no es una institutriz, sino la sobrina de la señora Blackwood. Ah, hoy cualquiera se cree con derecho a tomarnos el pelo.

Tía Augusta, que había permanecido sorprendentemente callada hasta el momento, se puso en pie de manera inmediata.

—Ya he oído suficiente. No le consiento que hable así de mi sobrina.

—Oh, no importa lo que yo diga de ella, han sido sus propias acciones las que han dejado claro qué tipo de persona es.

—Exijo ahora mismo que...

—¡Basta! —gritó el señor Cavendish golpeando la mesa con fuerza —. No permito este tipo de comportamientos en mi casa. No admitiré que se ponga en entredicho el honor de esta familia.

—Es tarde para eso, padre —espetó Edmund con dureza—, cuando se nos ha mentido en nuestras propias narices.

***

El carruaje traqueteaba balanceando los cuerpos de las dos damas que había en su interior. Lenore miró a su tía, pero esta no apartó la vista de la ventana.

—Lo he hecho todo mal —murmuró en un hilo de voz.

Tía Augusta se mantuvo en silencio, y cuando Lenore pensó que ya no iba a hacer ninguna apreciación, comenzó a hablar con voz solemne:

—Poner la vista en el pasado para aprender de él demuestra sabiduría. Hacerlo para proferir quejas indica necedad.

Lenore suspiró. Sabía que su tía tenía razón, pero no podía evitar repasar cada momento de los últimos tres meses de su vida y

arrepentirse de ello.

Incluso lo sucedido ese mismo día había sido un completo desastre. No se había despedido de Francis, quien se había refugiado en casa de los señores Moore, sin duda para no tener que verla de nuevo. Edmund había partido a Londres de manera inmediata tras la comida, junto a los Deveraux. Su tía le había insistido en que no hablase con Cavendish padre, pues no estaba de humor para tratar con nadie tras lo ocurrido y, además, ya se había encargado ella de despedirse de él de parte de las dos.

Además, le apenaba no haber intercambiado unas últimas palabras con Marguerite, pero su marido le comunicó que se había retirado a su alcoba y que necesitaba estar a solas, por lo que le rogó que no la molestase.

Desvió la vista hacia la ventana y vio cómo el paisaje se movía veloz tras los cristales. No importaba lo que dijese su tía. No importaba si era necia o no. Sentía todo lo sucedido y, aunque no le pesaba haber escapado del compromiso al que su padre quería obligarla, tampoco estaba orgullosa de cómo había actuado. Huir no era nunca la opción acertada, y es lo que había hecho desde el mismo momento en que decidió no enfrentarse a su padre.

—Te haré la pregunta solo una vez —volvió a hablar su tía con los ojos de halcón fijos en ella—, así que piensa bien tu respuesta antes de contestar. ¿Amas a ese hombre?

El golpeteo de las ruedas contra las piedras del camino fue la única contestación que recibió la señora Blackwood.

Capítulo 23

Esta vez Lenore no pudo retener las lágrimas. Había luchado mucho por contenerlas durante las dos semanas que llevaba alojada en casa de su tía, pero en ese momento le resultó del todo imposible.

Cuando logró serenarse de nuevo, tomó entre sus manos la carta que había abandonado sobre la cama y comenzó a leerla de nuevo.

Querida Lenore,

Le ruego me disculpe por haber sido tan desconsiderada con usted el día que se marchó de Rosegate Manor. Comprenda que fue para mí un duro golpe saber que había rechazado a mi hermano, tal y como él mismo me confesó antes de partir a Londres, y esto sumado a la noticia de su auténtica identidad... Admito que me vi superada por la situación, pero no trato de justificar mi comportamiento con ello.

Debo admitir que la juzgué con dureza al considerar que había dado esperanzas a Edmund cuando la verdad es que no pensaba corresponder con su afecto al amor que mi hermano

le profesaba. Aquello me dolió profundamente, pues estaba segura de que sentía algo por él.

Sin embargo, también debo ser sincera con usted y confesarle que no apoyé en un principio los sentimientos de mi querido Edmund. No me siento orgullosa, pero comprenderá que, dada la diferencia de posición y fortuna, temía que su afecto no fuese más que una treta para ascender en sociedad. Ahora sé que esto no podía estar más lejos de ser cierto, pero en aquel momento temí que se tratara de una cazafortunas. De hecho, cuando Edmund me comunicó lo que sentía por usted, yo misma lo animé a pasar unos días en Londres para que tratara de olvidarla. A su regreso, me confió que no había dejado de pensar en usted ni un solo momento y que había decidido pedirle a su amigo que lo acompañara para presentarle a la mujer que sería su esposa. Yo lo conminé a ignorarla, a fin de poner a prueba su amor. Ahora que había traído consigo a otra mujer hermosa dispuesta a brindarle todo tipo de atenciones, era el momento de saber si la amaba tanto como él creía.

Días más tarde me confesó que ni la belleza de la señorita Deveraux ni el cariño de su amigo, el señor Benoit, habían sido capaces de apartarla de su mente. Y que estaba decidido a pedirle matrimonio.

Como comprenderá, después de ver sufrir a mi hermano de esta manera, sentí su rechazo como un acto imperdonable. Descubrirlo tan abatido tras su negativa me rompió el corazón. Y ese fue el motivo de que me negara a despedirme de usted el día que se marchó.

No obstante, apenas unos días más tarde, llegó a mis oídos

la conversación que mantuvo con usted nuestra querida vecina, la señora Moore, el día del baile. Me confió que le había compartido una información delicada acerca de un primo lejano nuestro, Edmund Kingsley, y de su despreciable comportamiento con las damas en general y las mujeres del servicio en particular.

Según las palabras que me transmitió mi hermano sobre la conversación que mantuvieron tras su proposición y lo que me contó la señora Moore, he deducido que usted se formó la equivocada idea de que mi hermano Edmund era el Edmund al que se refería nuestra vecina. Y nada más lejos de la realidad, puesto que, como le he dicho, ese otro Edmund es nuestro primo Edmund Kingsley, un libertino con el que apenas tenemos contacto y que acudió al baile por razones que aún escapan a mi conocimiento.

Por este motivo, le ruego tenga en cuenta de nuevo la proposición de mi queridísimo hermano, el cual me consta que está destrozado, según me cuenta su amigo Benoit en su última carta. Y si, por alguna causa, pesa sobre usted lo que Frankie pueda sentir al respecto, debo decirle que nuestro padre lo ha eximido de volver este año al internado londinense y permanecerá en nuestra casa por tiempo indefinido. También le alegrará saber que ha conocido a una joven dama que resulta ser sobrina de los señores Moore y que ha venido a pasar con ellos el invierno. Se los ve muy felices juntos y todo parece indicar que, con el tiempo, entre ellos habrá algo más que amistad.

Permítame que le dirija una última súplica. Si, tal y como yo anhelo, guarda en su corazón sentimientos de afecto hacia mi

apreciado Edmund, le ruego responda a esta misiva para que yo pueda alimentar esa esperanza que él cree del todo perdida. De no ser así, no ha de preocuparse, guardaré igualmente un grato recuerdo de usted. Al fin y al cabo, consiguió transformar la oscura Rosegate Manor en un hogar lleno de luz.

Gray o Blackwood, de cualquier manera, reciba un sincero abrazo de la que espera ser siempre su amiga,

Marguerite Ashford

Cuando dobló el papel, tuvo que limpiarse las mejillas de nuevo, pero ello no consiguió evitar que se sintiera tan ruin como desdichada.

Había mentido e insultado de la peor manera al hombre que amaba; porque sí, lo amaba. Desde el mismo instante en que se acercó a la orilla del río y vio al verdadero Edmund, al que reía con sus sobrinos, al que luchaba por los derechos de su hermano, al que no se dejaba atrapar por una cara bonita con acento francés. Al hombre que le había abierto su corazón y le había mostrado lo más íntimo que tenía: la salita que guardaba los recuerdos de su difunta madre.

Por mucho que Marguerite pensara que una carta podría solucionar el malentendido, no sería así. Hacía falta mucho más que una disculpa para que pudiera volver a mirar a la cara al señor Cavendish. Haría falta tiempo. Un tiempo que ella no tenía, pues su padre se había enterado de su regreso y había exigido verla de manera inmediata.

De hecho, ya llegaba tarde, por lo que se lavó la cara con el agua de la jofaina para disimular las lágrimas derramadas y se retocó uno de los tirabuzones que enmarcaban su rostro. Aunque el vestido de

muselina color crema que llevaba ahora era mucho más agradable que su tosco vestido de institutriz, no pudo evitar, de alguna forma, echarlo de menos.

Se dirigió a la puerta, pero alguien la abrió al otro lado antes de que pudiera hacerlo ella.

—Lenore.

Tía Augusta la miraba con el rostro descompuesto, lo que la alarmó de manera instantánea.

—¿Sucede algo, tía?

—Hay... alguien que desea verte.

Lenore se imaginó a su padre, hecho una furia, esperando en la salita. Suspiró profundamente y pensó que había llegado el momento de enfrentarse a la realidad. No volvería a huir.

—Dile a padre que ahora mismo estoy con él.

—No es tu padre, Lenore.

Ella frunció el ceño. Nadie sabía aún que había regresado de ese largo viaje por Europa al que, según su tía, se había marchado a principios de verano.

—Si no es él, ¿quién...?

—Es el hijo de los Cavendish quien pregunta por ti.

¿Francis? ¿Qué pretendía conseguir presentándose en casa de su tía de aquella forma? ¿Y cómo había conseguido obtener esa dirección?

Enseguida comprendió que debía haber sido Marguerite quien se la había facilitado.

—Por favor, tía, dígale que en un momento estoy con él.

Cuando Augusta Blackwood desapareció por la puerta, Lenore dejó caer sus hombros. No deseaba enfrentarse a Francis, pero sabía que debía hacerlo. Creía haberle dejado claro que nunca podría haber entre ellos nada más allá de una buena amistad, pero

por lo visto no había sido así. Se armó de valor a sabiendas de que debía terminar con esas esperanzas de una vez para siempre, y salió de la habitación con ese firme propósito.

Capítulo 24

Conforme Lenore fue descendiendo los escalones de la casa de su tía, se fue percatando de lo difícil que le resultaría hablar con Francis. No quería hacer daño al muchacho, pero sabía que no había otra forma de hacerlo. Se aferró con fuerza al pasamanos y cogió aire un par de veces antes de llegar al final de la escalinata.

Estaba a punto de entrar en la salita cuando vio un objeto que llamó poderosamente su atención. Un sombrero de copa permanecía inerte sobre la mesita situada al fondo de la habitación.

Su corazón dejó de latir.

No era Francis quien había ido a verla, sino Edmund. En ese momento comprendió el semblante de su tía al darle la noticia.

Justo antes de entrar, escuchó a su tía pedir al señor Cavendish que tomase asiento y a él negarse después de agradecer su ofrecimiento.

Por un momento, pensó en darse la vuelta y regresar a su alcoba. No estaba preparada para enfrentarse a esos ojos negros que tantas emociones provocaban en su interior. Pero no tenía sentido demorar por más tiempo aquel encuentro, así que se armó de valor y entró en la sala.

Edmund estaba allí, de pie, mirándola. Tenía ese aire desolador que Marguerite había descrito en su carta, lo que hizo que a Lenore se le encogiese el alma.

Quería decirle que lo sentía, que todo había sido una confusión, que había sido una estúpida por no haber dudado en ningún momento que la señora Moore se refería a él cuando le contó...

Daba igual lo que dijera. Nada sería suficiente para disculparla.

—Ya estás aquí, querida.

Tía Augusta la invitó a acercarse y ella apartó la mirada de esos ojos negros que no dejaban de observarla para ir hasta donde se encontraba su tía.

Edmund se mantuvo en pie mientras ella tomaba asiento en el sofá, junto a Augusta.

El silencio se extendió sin que ninguno de los dos lograse apartar la mirada del otro. Ni Edmund abrió la boca ni Lenore bajó la vista. Todo parecía haber quedado congelado como en uno de esos cuadros de Rossetti.

—¡Por el amor de Dios! —estalló finalmente tía Augusta—. Podemos quedarnos así toda la eternidad, pero preferiría que nos dijera lo que ha venido a hacer aquí, joven.

Lenore volvió la cabeza hacia su tía, mortificada. No podía creerse que estuviera presionando al señor Cavendish de esa manera.

—Tía, no creo que...

—Tiene razón, señora Blackwood —la interrumpió Edmund, dando un paso al frente—, he irrumpido en su casa y tiene todo el derecho del mundo a conocer el motivo. Sin embargo, me gustaría primero que me dejara a solas con...

—¡No necesito que nadie me anuncie, pardiez! —Se escuchó una voz grave y unos pasos firmes—. Y menos aún en casa de mi propia hermana.

Un hombre de aspecto fornido y frente despejada atravesó el umbral de la puerta y se plantó en mitad de la sala.

—¿Es así como tratas a tu padre? —Un dedo acusador señaló a Lenore y ella se levantó inmediatamente.

—No creo que sea este el momento más adecuado para conversar, padre. —Lenore hizo un ademán con la cabeza para que el señor Blackwood reparase en la presencia de Edmund—. Lo mejor será que me acerque más tarde a casa y hablemos con tranquilidad.

—Sí, querido hermano —apuntó Augusta Blackwood acercándose a él y tomándolo del brazo—, será lo mejor.

Pero el padre de Lenore se sacudió la mano de su hermana de malas maneras y su rostro enrojeció de cólera.

—Si crees que vas a casarte con este cazafortunas de pacotilla y a romper el compromiso que tanto me costó conseguir, estás muy equivocada, Lenore.

—Señor Blackwood, yo...

—¡Cállate! No te he negado la entrada a mi casa por gusto, sino porque no quiero saber de ti ni de tus intenciones, sean cuales sean.

Lenore se volvió hacia Edmund.

—¿Ha ido a... a hablar con mi padre?

—Por supuesto que ha venido —gruñó el señor Blackwood de nuevo—. Se habrá puesto su mejor traje esperando engañarme con eso, pero está muy equivocado. Distingo a un mentiroso en cuanto lo veo. Y este lleva la culpabilidad escrita en el rostro. Así que ahora mismo vendrás conmigo a casa y harás lo que yo te diga.

—No, padre.

—¿Cómo has dicho?

—Que no pienso ir con usted y mucho menos casarme con ese hombre al que me prometió y que no conozco de nada. Es... es un anciano.

—Solo tiene algo más de cuarenta años —adujo el señor Blackwood como si fuera una cifra cualquiera—. ¿Acaso prefieres a este jovenzuelo que se casa contigo por tu dinero?

Tía Augusta meneó la cabeza.

—Hermano, creo que mi cuñada era una persona encantadora, pero aún me pregunto cómo se pudo enamorar de un hombre tan idiota como tú.

El rostro del señor Blackwood se contrajo de pura indignación, pero Lenore no pudo reprimir una sonrisa.

—El señor Cavendish —continuó explicando Augusta Blackwood con una mezcla de condescendencia e irritación— es hijo de mi buen amigo Bernard Cavendish, el viudo de Vivienne. Te he hablado de ella miles de veces, ¿recuerdas? En concreto, nuestro querido Edmund es el hijo mayor de los Cavendish y, por tanto, heredero de una gran fortuna. Así que dudo mucho de que su interés por Lenore sea precisamente económico.

—¿Los... los Cavendish? —farfulló el señor Blackwood, mirando con renovado interés a Edmund.

—Así es —aseguró la tía Augusta, tomándolo de nuevo del brazo —. Y ahora, si tienes a bien acompañarme, creo que el señor Cavendish tenía algo que preguntarle a nuestra querida Lenore, ¿no es así?

Edmund intercambió una mirada cargada de significado con tía Augusta, y esta vez la mujer pudo sacar a su hermano de la sala, sin detener con ello sus incesantes murmullos.

—Señorita Gr... Blackwood.

—Señor Cavendish.

Edmund y Lenore se situaron uno frente al otro y comenzaron a hablar casi al tiempo.

—He venido hasta aquí para decirle...

—Permítame que antes le pida mis más sinceras disculpas.

—No tiene por qué hacerlo. No es usted culpable del comportamiento de su padre.

—No es por eso por lo que..., bueno, sí, por eso también, pero lo que quería decir es que siento... —Lenore tragó saliva sin saber cómo continuar sin hacer daño a ese hombre que la miraba como nadie nunca antes lo había hecho—. Siento todo lo que le dije en la salita de su madre. Fui una estúpida al creer que la señora Moore hablaba de usted cuando dijo que se aprovechaba de las mujeres del servicio y... no sé cómo pude pensar que sería capaz de realizar tales actos cuando yo...

Lenore bajó la vista al suelo porque no podía hacer frente a esos ojos negros que seguían brillando con afecto a pesar de lo que ella había hecho. Pero Edmund la tomó de la barbilla y alzó su cabeza para poder seguir mirándola a los ojos.

—¿Cuando usted...?

—Cuando yo... —musitó Lenore— sabía perfectamente que usted jamás actuaría de ese modo, porque...

—Porque...

—Porque sé cómo es, lo conozco, y... y usted...

Sin dejar de mirarla con intensidad, Edmund tomó su mano e hincó una rodilla en el suelo.

—Lenore, la amo desde el momento en que la vi con ese vestido manchado de barro y esa mirada desafiante en el rostro. La amé cuando fue a hablar con mi padre para defender sus derechos y cuando la contemplé desde mi ventana recorriendo el jardín con la mejilla manchada de pintura. La amaba cada vez que su mirada se enfrentaba a la de la señorita Deveraux y no se dejaba amedrentar por ella a pesar de que su condición de institutriz la situaba en una supuesta desventaja. —El rostro de Edmund se emborronó y tuvo

que alzar la mano libre para secarse las lágrimas—. Es usted la mujer más valiente que conozco y jamás me perdonaré el haberla hecho sufrir con mi comportamiento. Debe saber que nunca he sentido ni sentiré nada por Isabeau Deveraux, y si le permití que me acompañara a Rosegate Manor fue por respeto a mi amigo Benoit. De otro modo yo...

—No... no es necesario que me dé explicaciones —logró balbucear Lenore.

—Sí que lo es —insistió Edmund incorporándose de nuevo—. Porque me marché a Londres sin decirle nada, y luego regresé y la ignoré por completo. Y después, cuando llegó el baile y la vi con ese vestido, no pude seguir controlando el impulso de acercarme a usted y me dejé llevar por mis sentimientos. Entiendo que mi comportamiento debió de resultarle de lo más extraño y comprendo perfectamente su negativa a la proposición que le hice, pero lo cierto es que llevaba pensando en usted desde que la conocí, aunque solo mi hermana Marguerite conocía mis verdaderos sentimientos. También lamento el comportamiento que tuve en su último día en Rosegate Manor. Me dejé llevar por el dolor de saberme engañado, pero en seguida comprendí los motivos que la llevaron a abandonar su apellido y ocultarse en nuestra casa. Es más, conocer su historia no ha conseguido sino lograr que admire incluso más su fortaleza y valentía. Por eso le pido... le suplico que reconsidere mi propuesta y me haga el hombre más feliz del mundo aceptando ser mi esposa.

Con el pecho a punto de estallarle de pura felicidad, Lenore se limitó a asentir con la cabeza, pues le era imposible articular palabra.

—La amo, señorita Blackwood, y debe saber que estoy a punto de besarla.

Sin darle tiempo para reaccionar, Edmund se inclinó y selló con sus labios el profundo amor que le había profesado, cálido y real

como una promesa eterna. Lenore sintió que su algo en su pecho se rompía y liberaba el torrente de sentimientos que había estado reprimiendo durante meses, inundándola por dentro con una certeza incuestionable.

Sí, sin duda amaba a ese hombre con todo su corazón y con todo su ser. Y nada ni nadie podría evitar que pasara junto a él el resto de su vida.

Epílogo

—¡Vivienne! —gritó Lenore cuando vio a la pequeña corretear por el salón—. Una señorita no se comporta como un potrillo salvaje.

—Déjala, Lenore —habló el padre de la niña con cariño, cogiéndola en brazos—. Al menos hoy. Es un día especial. ¿Verdad, hija?

—Oh, Edmund, si sigues siendo tan permisivo con ella acabará convirtiéndose en alguien tan insoportable como su tío Francis.

—Eh —protestó el aludido—, yo no soy...

Edmund y Lenore empezaron a reír, y Francis comprendió que solo le estaban tomando el pelo.

—Muy bonito lo de aprovechar para meterse conmigo justo hoy —añadió fingiendo un enfado que no sentía—. Como si no estuviese ya lo suficientemente nervioso.

—Tienes razón, Francis, discúlpanos. —Lenore se acercó a él y le colocó el pañuelo que llevaba al cuello, como lo haría una madre. Después dio un paso atrás y se quedó mirándolo—. Estás impecable.

—Lo está —corroboró Edmund—. Y ahora, señora Cavendish, ¿me harías el favor de coger a nuestra hija? Yo debo acompañar a mi hermano hasta el altar. No sería adecuado que el novio llegase más

tarde que la novia.

Edmund guiñó un ojo a su hermano y este amplió su sonrisa.

Cuando Lenore los vio salir juntos, se quedó un buen rato mirándolos, hasta que reparó en el sombrero de copa que había sobre el pequeño busto de la entrada y meneó la cabeza.

—Ah, Vivienne, tu padre ha vuelto a dejarse el sombrero.

—Un día perderá la cabeza. —Lenore dibujó una sonrisa al escuchar a su espalda la voz de Cavendish padre—. Solo espero que mi nieta haya salido a su madre, cuya cabeza está mucho más amueblada que la de mi hijo.

—Se lo agradezco —dijo ella con sinceridad mientras dejaba a la pequeña en el suelo para que diese rienda suelta a la energía que caracteriza a los niños—, pero me temo que la pequeña Vivienne tiene más de Cavendish que de Blackwood.

El hombre se volvió hacia ella y le sonrió.

—Me basta con que sepa apreciar la pintura tanto como usted y como mi querida esposa.

—Haré todo lo que esté en mi mano porque así sea, se lo aseguro.

Las palabras de Lenore fueron más que suficientes para su suegro. Después, se volvió para coger el sombrero de su esposo y se colgó del brazo que le ofreció Cavendish padre.

Ambos descendieron juntos la misma escalera en la que años atrás se conocieron.

—¿Sabe una cosa, querida? Todo esto es gracias a usted.

Lenore paseó la mirada por el inmenso jardín que lucía espléndido tras las lluvias de primavera.

—No creo que todo esto tenga nada que ver conmigo —aseguró ella con modestia—. Francis...

—No me refiero a la boda. —Cavendish padre guardó silencio un instante y ella esperó con paciencia a que él continuara—. Cuando

llegó aquel día a esta casa nos trajo la luz que hacía tiempo yo mismo me había encargado de hacer desaparecer después de que nos dejara Vivienne. Pero usted se encargó de recordármela continuamente, tanto cuando pintaba en el pequeño jardín como cuando manifestaba sus opiniones sin ningún pudor. Su carácter rebelde y decidido me hizo comprender que, a pesar de haberse ido, el espíritu de mi esposa seguía de alguna forma entre nosotros.

—Por eso no me negó nada de lo que le pedí... —comprendió Lenore en un susurro.

El señor Cavendish asintió con la cabeza. Daba la impresión de haber dedicado mucho tiempo a meditar aquel asunto.

—Era como si Vivienne me hablase a través de usted y me recriminase el comportamiento que había tenido con mis hijos durante los últimos años.

—No es culpa suya que el dolor... —Cavendish padre alzó la mano para detener sus palabras.

—No me ocultaré bajo excusas sin sentido. Acepto mi culpa e imploro su perdón y el de mis hijos.

—Yo no tengo nada que perdonarle. —Lenore miró al frente y divisó el jardín abarrotado de invitados y a Francis sonriente, bajo un arco de rosas blancas—. Y me atrevería a afirmar que sus hijos lo perdonaron hace tiempo.

A Lenore le pareció ver un brillo en los ojos de su suegro, pero no pudo asegurarlo puesto que el hombre se alejó de ella cuando Marguerite lo llamó.

—¡Padre, padre! —La cuñada de Lenore caminaba deprisa sin mirar atrás—. Oh, padre, la ceremonia está a punto de empezar. La novia llegará de un momento a otro y debemos estar en nuestros puestos si no queremos que todo el mundo se preocupe por nosotros.

—Querida hija, dudo mucho de que los invitados estén pendientes de nosotros.

—Pues, aunque no te lo creas, la señora Milton me ha preguntado por ti. ¿Verdad, querido? —Marguerite se volvió hacia su marido, que caminaba tras ella con las manos a la espalda, pero no esperó a que este le respondiera, sino que continuó hablando—: Y me ha dicho que...

Las palabras de Marguerite se perdieron entre el tumulto de la gente, mientras que el señor Ashford le guiñaba un ojo a Lenore antes de continuar su paso tras su esposa, lo que le arrancó una sonrisa.

Lenore cerró los ojos y aspiró el perfume de las rosas mientras una dulce melodía empezaba a sonar a lo lejos. Cuando los abrió de nuevo, dirigió la vista hacia el arco floral bajo el que se hallaban los novios y vio una media sonrisa y unos ojos negros clavados en ella. Alzó la mano para mostrarle el sombrero de copa y Edmund amplió su sonrisa. De manera inconsciente, Lenore se llevó la mano al pecho y aferró el camafeo de su madre. Sabía que estaría orgullosa de ella.

Descendió los escalones y se encaminó hacia donde se encontraba su esposo. Posó los ojos en él una vez más, y el orgullo de haberse convertido en su esposa la envolvió por completo.

Amaba a ese hombre como jamás había amado a nadie. A Edmund. Su Edmund.

Fin

Agradecimientos

Escribir una novela a cuatro manos es todo un reto, más aún cuando hay 200 km entre ambas escritoras. Esta historia ha nacido entre comentarios en un Drive compartido y llamadas interminables a la hora de la cena. Por eso queremos dar las gracias a Martín y JC, por acompañarnos con paciencia y cariño durante todos estos meses (ya podéis dejar de estar celosos del señor Cavendish, volvemos a ser vuestras).

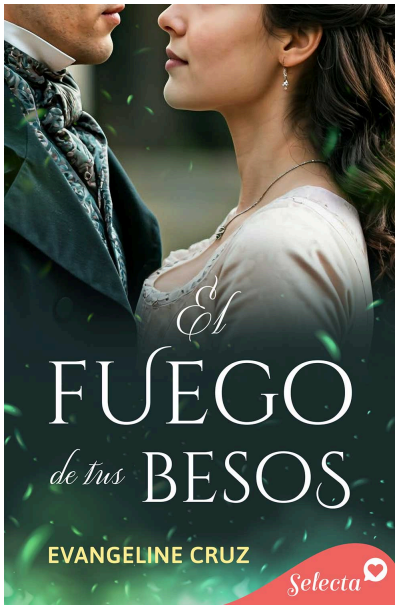
Gracias a Lola por darnos la oportunidad de publicar esta novela, y a todo el equipo de Selecta Ediciones por cuidar cada detalle.

Y, sobre todo, gracias a ti, que estás leyendo estas palabras, por creer en el amor verdadero y apoyar a estas dos autoras.

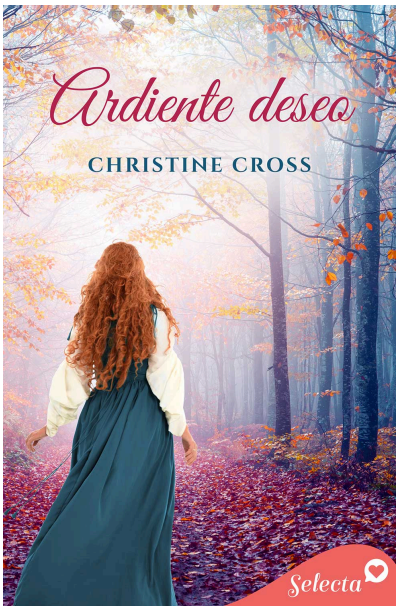
Si te ha gustado

La impostora

puedes disfrutar de estas



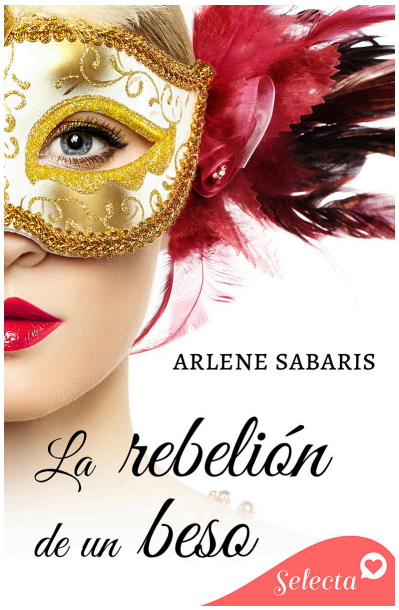



Ardiente deseo
CHRISTINE CROSS
Selecta


ISABEL JENNER
Oriente en tus ojos


NOA ALFÉREZ
CADA VEZ QUE
Te amo
Los hermanos Craven 1
Selecta


El Club de los solteros 1
A LA CAZA DE UN MARQUÉS
JULIANNE MAY
Selecta


ARLENE SABARIS
La rebelión de un beso
Selecta


Mía Heywood
Suspiros prohibidos
Selecta

Lenore Blackwood lo tenía todo, excepto las riendas de su propia vida. Por eso, renunció a su título a cambio de su libertad.

Ahora, oculta bajo una falsa identidad como institutriz, ¿podrá esconder también los deseos de su corazón?



Lenore Blackwood está prometida con un desconocido… pero no piensa obedecer.

Con la ayuda de su tía, una solterona adinerada y excéntrica, huye de su hogar y se esconde, como institutriz, en una mansión aristocrática con el nombre Lenore Gray.

Allí deberá hacerse cargo de los nietos de un viudo anclado al pasado y enfrentarse a su hijo mayor, **Edmund Cavendish**, un escéptico abogado que no aprueba la presencia de una institutriz en la casa.

Cuando la convivencia haga **inevitable la tensión entre ambos**, ¿podrá Lenore seguir encubriendo su identidad?

Y lo que es aún más difícil, **¿será capaz de enmascarar sus sentimientos?**

Ana M. Luján es amante de la literatura romántica y de la fantasía.

En 2020 publicó con Selecta, bajo el pseudónimo de Anne Marie Cross, Secretos de alcoba, una trilogía escrita a cuatro manos.

En 2023 vio la luz su primera novela de fantasía, Bajo Tus Alas. Actualmente, compagina la docencia con el maravilloso arte de escribir.

Instagram: @Anarelatos

TikTok: @anamlujan

X: @AnaMLujan_

Paula Serrano es una cantautora y escritora conquense que desde muy pequeña descubrió su gran pasión: contar historias.

Sus primeros relatos recibieron diversos galardones y, más tarde, sus historias pasaron a tomar forma de canción, las cuales también han sido premiadas. En 2023 lanzó su disco Mis 4 Gatos, que supera el millón de reproducciones en plataformas digitales.

Tras formarse como editora, ha decidido seguir compartiendo historias a través de sus novelas, abriéndose al mundo editorial con *La Impostora*, escrita a cuatro manos junto a Ana M. Luján.



Edición en formato digital: diciembre de 2025

© 2025, Paula Serrano y Ana M. Luján
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-47-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La impostora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre las autoras
Créditos